

# LA KABBALAH DEL DINERO

## Índice de contenidos

### 1. LA KABBALAH DEL SUSTENTO

«HAGAMOS UN TRATO»

DINERO REAL *VERSUS* DINERO COMO TRABAJO CONGELADO  
CREAR ABUNDANCIA

### 2. LOS LÍMITES DE LA RIQUEZA

PERDER EL TIEMPO

APRENDER POR MOTIVO PROPIO: EL ESTUDIO QUE LLEVA A LA  
GANANCIA NO PERSONAL

LÍMITES ECOLÓGICOS Y FÍSICOS

¿QUIÉN ES REALMENTE RICO?

NADIE PUEDE QUITARTE LO QUE ES TUYO

### 3. AMASAR RIQUEZAS EN OTROS MUNDOS

LOS CICLOS DE LA RIQUEZA

¿NO PUEDE O NO QUIERE? ACEPTAR LO INCOMPRESIBLE

POSEER *VERSUS* TENER

### 4. MESURAR LA RIQUEZA EN TÉRMINOS DE LO QUE NO TENEMOS

NO ROBAR

ROBO DE TIEMPO

ROBO DE EXPECTATIVAS

ROBO DE INFORMACIÓN

UN OBSTÁCULO DELANTE DE UN CIEGO

ROBO DE REPUTACIÓN

*TSEDAQÁ*: EL ANTÍDOTO CONTRA EL ROBO

LA TÉCNICA DE LA *TSEDAQÁ*

TERAPIA DE LA *TSEDAQÁ*

LA *TSEDAQÁ* COMO NEGOCIO

### 5. RIQUEZA INCREMENTADA POR TENER MENOS

ECOLOGÍA Y JUSTICIA

APRENDIZAJE Y ECOLOGÍA

REGALOS Y PROPINAS

MENOS ES MÁS

APRENDER DEL LADRÓN

EL ARTE DE LA PROPIEDAD

### 6. VIVIR EN EL MUNDO MATERIAL

¿QUÉ SABEN LOS RABINOS DEL DINERO?

LA RUEDA DEL ÉXITO Y EL FRACASO

SABER QUÉ PEDIR

LOTERÍAS Y MILAGROS

SOCIEDADES Y CONTRATOS

«IMPLICÁNDOSE»

DEUDAS

PRÉSTAMOS E INTERÉS

VERDADERO NEGOCIO

PRECIOS Y BENEFICIOS

LA BÚSQUEDA DE UN PRECIO JUSTO

TRATANDO CON LOS PRECIOS

PRECIOS Y CALIDAD DE VIDA

COMPETENCIA

### 7. AGENTES DEL SUSTENTO

SUERTE

ANGELES

### 8. OBSTÁCULOS A LA RIQUEZA

### 9. MUERTE Y RIQUEZA: ¿PUEDE LLEVÁRSELA CONSIGO?

### 10. DINERO EN EL MUNDO VENIDERO

# 1

## La kabbalah del sustento

Un aforismo judío nos cuenta que una persona muestra su carácter de tres maneras: por el vaso (esto es, el apetito), el bolsillo (su relación con el dinero) y el enfado\*. Aquí nos ocupamos del «bolsillo» y cuánto descubrimos de nosotros mismos cuando tratamos con él. En el bolsillo de todo el mundo, las cuestiones sobre la supervivencia y sus límites salen a la luz; cuestiones relacionadas con el exceso, la propiedad y la inseguridad. La misma tradición dice: «El sendero más largo es el que lleva del corazón al bolsillo». No podemos pasar del corazón al bolsillo sin contemplar la vida como un todo y todos sus significados. La manera en que nos relacionamos con nuestro bolsillo revela quiénes somos y dónde estamos en el inmenso mercado de valores que llamamos realidad. Éste es el mercado de intercambios e interacciones de toda clase, de los que hemos aprendido el concepto de economía de mercado. Representa la infinita cantidad de pequeños y grandes negocios que tienen lugar en el universo en cualquier momento dado. Estos negocios son posibles por medio de una increíble diversidad de «monedas». Estos «dineros», que pueden ser estudiados a través del modelo de nuestro cotidiano dinero ordinario, son el centro principal de este libro.

La tradición judía tiene mucho que decir en esta investigación. El estereotipo de los judíos se asocia a la imagen del amor al dinero. Han visto a sus patriarcas —Abraham, Isaac y Jacob— convertidos en los personajes principales de chistes sobre tacañería y avaricia. Su mayor símbolo de impureza, el cerdo, ha sido considerado con sorna su mejor amigo en forma de una hucha. Se han caricaturizado con largas narices, supuestamente para guiarlos por los bajos fondos de nuestros sistemas financieros.

Evitaré hacer apologías, que de forma inevitable me llevarían a admitir mi parcialidad. Sin embargo, me gustaría invitar al lector objetivo, familiarizado con las veredas de este mundo, a compartir un análisis menos sentencioso. Les hablo a aquellos que comprenden que, por encima y por debajo de consideraciones sobre el bien y el mal, la experiencia humana se distingue por el constante ajuste de nuestras intenciones cuando entran en contacto con la realidad. Nuestra capacidad para transformar la experiencia en cultura y tradición permite que las generaciones futuras se relacionen con un cuerpo rígido de moral y ética, que pueden desarrollar, criticar y mejorar. Este proceso nos lleva al autoconocimiento de nuestra propia humanidad.

De alguna manera, los judíos son indispensables para la memoria colectiva de Occidente. Sobre ellos, Occidente proyecta muchas de sus fantasías sociales, así como muchas de las experiencias sublimadas y reprimidas de la civilización, que tienden a manifestarse en los que se perciben como «otro».

De hecho, las características «negativas» proyectadas sobre los judíos con frecuencia son reveladoras de sus esfuerzos culturales hacia comportamientos que son todo lo contrario a estos estereotipos. Las personas a menudo fantasean sobre el rabino que come cerdo tras las puertas cerradas del templo, el sacerdote que mantiene citas en el Confesionario o el político que hace transacciones fraudulentas desde el sótano del Senado. Con estos pensamientos, traicionamos la gran carga puesta sobre aquellos cuya tarea es, al menos nominalmente, cuestionar nuestros instintos y reacciones animales. En otras palabras, la cultura (que nos desafía precisamente de esta manera) crea en nosotros un deseo de su propio desmoronamiento, por el desenmascaramiento de sus proposiciones teóricas antihumanas de lo correcto e incorrecto, construcción y destrucción.

Los judíos, que crearon y promovieron lo que llegaría a ser la herencia ética de Occidente, fueron víctimas de una reacción contra las restricciones que imponían en la

conducta humana. Ellos originaron la ley fundamental «no matarás», y, aún así, se les carga con *el* gran «asesinato» histórico. Los judíos de la Edad Media —un periodo de urbanización caracterizado por la negligencia de los asuntos higiénicos y sanitarios—, cuyas costumbres tradicionales eran conocidas exactamente por su contenido higiénico se describen, sin embargo, como mugrientos y regocijándose en la suciedad. A pesar de estar obligados por severas prescripciones dietéticas se les acusa de practicar rituales caníbales que implicaban a niños cristianos. Finalmente, a los judíos se les carga con la fama de estar obsesionados con el dinero. A su Dios, del que no se les permite hacer imágenes, se le atribuye el símbolo de un dólar. Es cierto que los judíos respetan el dinero, ya que en él ven un contenido que habla de la verdadera distancia entre el corazón y el bolsillo.

El más profundo significado de dinero —y, en un sentido más amplio, de ganarse la vida (*parnasá*, sustento)—se trata en la tradición judía tanto de forma ética como con valerosa humanidad. *La kabbalah del dinero* es un ofrecimiento de visiones internas rabínicas y místicas de una ecología del dinero, que implica la riqueza de todas las formas de intercambio, transacción e interdependencia. En él tomaremos la «*kabbalah*» por ser, por encima de todo, una metodología para entender en profundidad cosas que parecen ser superficiales, descubriendo dimensiones de nuestra realidad cotidiana no comprendidas hasta ahora. Nos referiremos ampliamente a «los rabinos» (incluidos los comentaristas citados en el Talmud así como figuras legendarias del mundo *jasídico*), como los custodios de un método de interpretación que entiende la realidad con dimensiones superpuestas en múltiples capas. El «descortezado» de estas dimensiones, desde la más manifiesta y evidente a las que están escondidas y ocultas, es lo que ha llegado a conocerse como *kabbalah*. Literalmente, el término viene de la raíz verbal «recibir» (*quibel*) y apunta a la antigua tradición transmitida y recibida de generación en generación. En su simplificación más básica, propone que, a través de lo simple, podamos llegar a lo complejo, de lo concreto a lo abstracto, del detalle a la imagen general. Aquí aplicaremos este método al concepto de «dinero».

Los rabinos nos cuentan que, a través del dinero, establecemos día a día situaciones que descubren nuestro fanatismo e ilusiones y nos ponemos en evidencia de un modo que en otro caso sólo la práctica y la experimentación empírica podrían hacer. Somos como reaccionamos, somos lo que creemos, y nuestro dinero es una extensión de nuestras reacciones y creencias. Basados en el dinero que entra y sale de nuestras vidas, estructuramos nuestra comprensión del mundo. Éste es uno de los principales factores al determinar nuestra comprensión de la realidad; cuántas cosas y personas tienen valor para nosotros y cuánto valemos para ellas.

Los rabinos, después de analizar minuciosamente el dinero, han elegido tratarlo del mismo modo en que consideran nuestra existencia corporal. Reconocen, sin pasar por alto la importancia del alma y la intención, que la verdadera realidad del cuerpo es una herramienta indispensable para comprender quiénes somos y qué camino debemos tomar en la vida.

En consecuencia, invito al lector a pasearse por el mundo familiar del bolsillo. Propongo una visita por este mundo de mercados, un viaje a las sombras proyectadas por el dinero sobre dimensiones emocionales y espirituales. Miraremos nuestros intercambios de una manera en la que veremos cómo la larga sombra de nuestras almas se aparta de nuestro dinero y llegamos a aceptar nuestros límites humanos de riqueza.

En realidad, el dinero usualmente se ha visto como algo sucio de lo que nos avergonzamos de hablar. Las personas tienen menos problemas para hablar a los amigos sobre asuntos sexuales íntimos de los que tienen para compartir el tamaño de sus cuentas bancarias o sueldos. Los niños muy raramente saben cuánto ganan sus padres.

Aun así, el dinero no es algo malo. El filósofo español Ibn Zabarra preguntó: «¿Cuál es la causa de la muerte?» «La misma vida». Similarmente podemos preguntar: «¿Cuál es la causa del dinero?» La respuesta es que no ha nacido como un medio de opresión o un instrumento de codicia, sino que el dinero—de forma sorprendente— surge del deseo humano de justicia y la esperanza de un mundo mejor. Con el tiempo, el dinero ha absorbido trazos fundamentales de la naturaleza humana, que ahora pueden entenderse prestando mucha atención a los valores con los que lo relacionamos y su simbolismo. Sí, los judíos respetan el verdadero dinero (esto es, el no corrupto), dinero que multiplica las posibilidades de sustento y deja tiempo libre para el estudio espiritual, para aprender. Saben que este tipo de aprendizaje es como la savia, es la vida misma. ¿Qué clase de dinero es este que puede ser el tema de escritos sagrados? ¿Qué clase de dinero es este que las personas religiosas se ocupan de él? ¿Qué clase de dinero es éste que también puede ser utilizado como moneda en el mundo venidero o en el paraíso? ¿Cómo debemos tratar con un mercado de existencia que menosprecia los significados y desinfla nuestro tiempo y valores, mientras al mismo tiempo incrementa nuestra insatisfacción y trae una recesión de nuestro potencial? Los rabinos han propuesto respuestas a algunas de estas preguntas en su búsqueda de una «moneda fuerte».

### «Hagamos un trato»

Quien quiera vivir en santidad, que viva de acuerdo con las verdaderas leyes del comercio y las finanzas.

*Talmud babilónico, Baba Qama 30a*

«Hagamos un *gesheft*» —hagamos un trato, un negocio— son palabras que, pronunciadas en la tierra, desencadenan una gran conmoción en el Cielo. Sagrado es el instante en el que dos individuos hacen uso de su buena conciencia en la tentativa de establecer un intercambio que optimice la ganancia para los dos. Hacer negocios en el mundo como imaginaban los rabinos pone a prueba todos nuestros esfuerzos hacia la cultura, la espiritualidad y la responsabilidad individual, que se extiende más allá de nuestras propias necesidades, hasta las de los demás. Sólo dos personas justas pueden embarcarse en un *gesheft*, no evitarlo por cobardía y salir de él con la máxima ganancia para uno relativizada por la máxima ganancia para el otro y la mínima pérdida para el universo. Este tipo de transacción, que presupone el uso no depredador de recursos y la satisfacción de las necesidades de todos los participantes, establece un nuevo tipo de naturaleza, un orden natural en el que no estamos meramente sujetos al caos externo o a una supervivencia casual. Es una naturaleza en la que la supervivencia no viene determinada simplemente por la capacidad puramente física de un individuo, sino que nuestros conceptos de justicia y el discernimiento de la sabiduría introducen una dimensión sagrada en la realidad. Este nuevo tipo de naturaleza la he designado como el «mercado». El mercado menos desarrollado es en el sentido rabínico, el más cercano a la naturaleza primitiva, es decir, a un desierto. El mercado es, por consiguiente, donde la capacidad de sobrevivir de cada individuo está de acuerdo con su propia percepción de lo que es la supervivencia. La supervivencia es la habilidad de sustentarnos físicamente y vivir de acuerdo con nuestras responsabilidades. Estas responsabilidades son fundamentales para que puedan producirse intercambios en un mercado rabínico y no en la naturaleza. La infiltración de intereses inmediatos que no han sido limitados por responsabilidades envenena el mercado y contribuye a las posibilidades caóticas que pueden sucedernos. Tan fuerte es este concepto rabínico de semejanza entre mercado y naturaleza, a pesar de sus diferencias esenciales, que se cuenta la siguiente historia:

A un rabino muy justo, se le permitió visitar tanto el purgatorio (*gehena*) como el paraíso (*gan Edén*, Jardín del Edén). Primero lo llevaron al purgatorio, donde oyó terribles gritos provenientes de los más atormentados seres que nunca había visto.

Cuando se acercó, vio que estaban sentados en una gran mesa de banquete dispuesta con la más exquisita platería y porcelana y repleta de los alimentos más deliciosos imaginables. Incapaz de entender por qué estas personas sufrían tanto, el rabí miró con mayor detenimiento y vio que tenían los codos invertidos, de modo que no podían doblar los brazos y llevarse la comida a la boca.

Luego el rabino fue conducido al paraíso, donde oyó carcajadas y sintió una atmósfera festiva de júbilo. Sin embargo, para su asombro, se encontró con la misma escena, con las personas sentadas en una suntuosa mesa de banquete repleta de los mismos manjares que había visto antes; todo era lo mismo, incluso los codos invertidos. Sólo un detalle era distinto, cada persona le llevaba la comida a la boca a su vecino o vecina.

El purgatorio es un mundo sin mercado, donde una cierta dificultad es suficiente para destruir nuestra habilidad para disfrutar del banquete. En el paraíso, además del placer de los manjares que disfrutamos, calmamos nuestra frustración cada vez que le llevamos la comida a la boca a nuestro vecino. Sin embargo, es importante percibir que, tanto el purgatorio como el paraíso, mercado y naturaleza, pueden ser confundidos externamente como siendo la misma situación. La distancia entre esta visión interna de alimentarse mutuamente y la de no alcanzar uno mismo la comida es muy grande. Nos enfrentamos a esta diferencia cada día de nuestras vidas.

### Dinero real *versus* dinero como trabajo congelado

En la popular colección de dichos rabínicos conocida como *Ética de los Padres (Pirqué Abot)*, leemos: «Si no hay harina, no hay Tora. Si no hay Tora, no hay harina».

La primera de estas declaraciones es suficientemente clara: cuando no podemos conseguir harina —es decir, bienes materiales para mantenernos—, no se puede esperar que nos preocupemos por el estudio y el crecimiento espiritual (Tora). La segunda declaración no es tan obvia. Apunta al origen de la harina, no la que se encuentra en la naturaleza, sino la harina del mercado. La Tora hace el mercado factible al imponer límites sobre las necesidades humanas y los medios aceptables para satisfacerlas y al recordarnos las responsabilidades inherentes en todas las transacciones materiales.

Al hablar de esta «harina», no estamos hablando de cualquier tipo de dinero o bienes, porque para la adquisición de bienes la Tora no es necesaria. No obstante, todo dinero honestamente materializado en el mercado, lejos de la naturaleza, es motivo de alegría y esperanza, una señal segura de vida. Ganamos verdadero dinero mediante justos intercambios, que optimizan los beneficios de todos los directa o indirectamente implicados. Como el Dios Uno es el guarda universal de justicia, el verdadero dinero está garantizado por Dios, tiene «liquidez» en el cosmos.

¿Qué es el dinero, después de todo? El dinero es un símbolo importante de un acuerdo, que implica que todos deseamos vivir en un paraíso como se describe en la historia. Este acuerdo fue consolidado en las primeras experiencias de intercambio de la humanidad y avanzó por la emergencia de un modo de supervivencia que estaba tan distante de la naturaleza que, en sí mismo, no garantizaba la supervivencia. Apartándose de sus primeras experiencias de trueques, los seres humanos llegaron a confiar en que una moneda hecha de un raro metal de un cierto peso garantizaba el mismo valor real que el pollo por el que había sido intercambiado. Un poseedor de monedas ciertamente podía no consumirlas para su propia supervivencia como podía hacer con un pollo, pero sabía que tenía algo de idéntico valor. Con el tiempo, empezamos a confiar en el mercado hasta tal punto que fue posible sustituir las monedas valiosas, por haber pocas, por monedas que no tenían el más mínimo valor. El papel y los metales inferiores, aparte de no tener el valor nutricional de un pollo, ni siquiera tienen el mismo valor nominal. Estas monedas prometían diez, cincuenta o cien unidades de pollo. A esta promesa, se

daba fe por el acuerdo anteriormente mencionado y con el tiempo, se hizo incluso más asimilada y aceptada como resultado de un deseo colectivo de crear un mercado. Esta promesa estaba certificada por Dios.

Los dos tipos distintos de símbolos de este acuerdo toman sus nombres del escenario de confianza en que surgieron. Al primero, como resultado de su «peso», se le dio nombres como *pound*, *peso* o *shéquel* (literalmente «peso» en español y hebreo) y pesaba el equivalente del valor real del pollo. Al segundo tipo de símbolo, los rabinos lo llaman *zuz* (derivado de una raíz hebrea que significa «en movimiento», «circulando»), una moneda de antaño cuyo peso y valor real nada tenían que ver con el pollo. El *zuz* (plural, *zuzim*) es la moneda de los rabinos. A pesar de no tener valor en sí mismo, es un símbolo de la interdependencia de la humanidad, del contrato aceptado y del hecho de que todos entendemos la diferencia entre «purgatorio» y «paraíso». De este modo, nace la confianza fundamental de que Dios certifica todos los *zuzim*.

El dinero, *zuzim*, no es malo en sí. Muy al contrario, refleja nuestro deseo de organización, civilización, coexistencia pacífica y, a largo plazo, de ecología (en otras palabras, de Tora). Este acuerdo sólo puede existir en una atmósfera de confianza. La confianza con frecuencia se idolatra como una creencia en la institución de la inversión, en el sistema financiero, en instituciones gubernamentales o el Estado, o como un patriotismo. Sin embargo, de hecho, el acuerdo sólo puede existir si hay una absoluta confianza. No por casualidad encontramos en varias monedas de la familia del *zuz* (que no tiene valor inherente), como en el dólar, la extraña frase «Confiamos en Dios». Ésta es otra versión de la palabra *amén*, una palabra hebrea relacionada con la que significa confianza, *emuná*. Algunos han visto la palabra *amén* como un acrónimo hebreo del aserto *El Mélekh Neemán*: Dios es un rey fiel. Esta frase empapa un pedazo de papel impreso de fe y certifica su valor en una transacción. Sin embargo, por encima de todo, debe responder de que el dinero es dinero real y representa la supervivencia y las responsabilidades que conlleva; las mismas responsabilidades que conciben que una moneda tenga un valor que no existe para los que no forman parte del acuerdo.

El dinero real es muy distinto del que se encuentra en la naturaleza. Para nuestra percepción humana, el dinero que se encuentra en la naturaleza podría funcionar como un elemento idólatrico, como el becerro de oro; puede llevarnos a creer que su valor radica en el objeto en sí mismo, más que en la conservación del acuerdo. Preservar el acuerdo, producir dinero real y corresponder con el mercado no es tarea fácil. Es tan difícil como posibilitar la era mesiánica, tan difícil para nosotros, seres humanos, como optimizar nuestra humanidad.

El valor del dinero real aumenta cuando lo gravamos con responsabilidades que son parte de los niveles de unidad y sociabilidad que una comunidad lucha por alcanzar, y su valor decrece cuando evita estas responsabilidades. Esta depreciación es el cruel destino de todo símbolo que pierde su significado.

El dinero no sólo es el intercambio de bienes gravados de manera responsable («harina»), sino también algo que es simbólico de trabajo tasado de manera responsable. Para los rabinos, el dinero en este sentido es equivalente a «trabajo congelado». Digamos que el valor del trabajo es  $x$  (suministro de este trabajo) multiplicado por  $y$  (unidades de dificultad intelectual o ingeniería implicada) multiplicado por  $z$  (esfuerzo físico incurrido). El producto final se congela hipotéticamente se congela en forma de dinero. En consecuencia, una unidad de dinero debe representar esta multiplicación en la que ninguna de las variables puede ser cero, a no ser que el valor del dinero sea cero. Tampoco pueden tomar valores que tiendan al infinito o elevarse peligrosamente, porque existen límites reales al valor de cualquier trabajo.

Un intento de hacer que una de estas variables tienda al infinito crea inflación en el

mercado (poco trabajo y mucho dinero). Incluso cuando desproporcionadamente valoramos una de las variables (haciéndola tender al infinito) y forzamos a otra a valores cercanos al cero —creando de este modo un proceso de compensación donde el dinero es generado aparentemente de forma proporcional al trabajo— debemos tener cuidado de no generar dinero falso. Cuanto más desarrollada está una comunidad, más cuidado debe tener en evitar el desequilibrio entre estas variables. Existe un límite a la cantidad de «trabajo congelado» que podemos tener en el banco, correspondiente a los límites puestos a nuestra energía humana y período de vida. Por consiguiente, cuando una sociedad distribuye la riqueza derivada del trabajo desproporcionadamente a un solo individuo, significa que esta sociedad ha producido dinero falso. Volveremos sobre este tema más adelante cuando discutamos los límites de la riqueza y el sustento.

### Crear abundancia

He sido pobre y he sido rico. ¡Creedme, rico es mejor! Mejor rico y sano que pobre y enfermo.

#### *Refranes yídish*

Los rabinos vieron la pobreza como una tragedia sin parangón. En el *Midrash (Éxodo Raba 31:14)*, leemos: «Nada en el Universo es peor que la pobreza; es el más terrible de los sufrimientos. Una persona oprimida por la pobreza es como alguien que lleva a las espaldas el peso de todos los sufrimientos del mundo. Si todo el dolor y todo el sufrimiento de este mundo se pusieran en un platillo y la pobreza en el otro, la balanza se inclinaría hacia la pobreza».

Para combatir este enemigo universal, que tiene componentes naturales y humanos, los rabinos desarrollaron el concepto del *yishuv olam*, el esfuerzo de «asentamiento del mundo». Derivado de Génesis 2:15, donde a los seres humanos se les asigna la tarea de «labrar y cuidar» la tierra, este concepto establece que constantemente debemos intentar, aunque manteniendo una relación honesta con el mundo, aumentar la calidad de vida en conjunto. Es el deber de cada uno de nosotros expandir la riqueza —y no sólo la propia— en el mundo en el que estamos.

Definamos la riqueza como el más elevado nivel de organización posible para el entorno, de tal modo que todo lo vivo y todo lo esencial para la vida exista sin escasez. En otras palabras, cuanta más abundancia creemos para una necesidad humana dada, *sin generar la escasez de otra necesidad*, mejor. Éste es el deber de toda persona, mejorar la calidad de vida alrededor de ella.

Crear abundancia sin crear escasez en este vasto universo, que se extiende más allá de nuestra capacidad humana de medida y juicio, es muy difícil. En caso de duda, es siempre mejor disfrutar de la no escasez que de la abundancia. Si transformamos algo en abundancia y de este modo generamos escasez, nos estamos dando una tarea doble, la de crear abundancia y la de tener que rea-bastecer, a causa de esta abundancia, lo que se ha hecho escaso. Como resultado de esta dificultad, el justo, si tenía dudas, eligió no crear abundancia. Sin embargo, es nuestro deber crear el máximo de abundancia para todos sin crear escasez. En el lenguaje del mercado rabínico, ésta es la condición ideal en que «una parte no pierde y la otra gana». Esta condición es de suma importancia para cualquier mercado cuyo objetivo sea crecer y enriquecer el entorno. Los justos son responsables de hacer que esto suceda. Veamos un ejemplo desarrollado por los rabinos. Según la «ley de vecinos» judía (*dina de bar-mitsra*), si una persona tiene unas tierras que limitan con las de otra, el vecino automáticamente tiene la primera opción de adquisición. El precio de venta debe estar en el precio de mercado del área, de modo que no hay pérdida para el vendedor, y el comprador gana con la transacción porque la expansión de su propiedad representa un incremento en su valor. Así, uno de los participantes gana y el otro no pierde nada.

Otro ejemplo de este concepto se encuentra en el Talmud (*Ketuvot* 103a): Rubén alquiló su molino a Simeón bajo la condición de que éste molería el grano para él como pago. Sin embargo, más tarde Rubén se hizo rico y compró otro molino donde podía moler el grano sin coste. Como ya no necesitaba a Simeón para que moliera para él, si pedía una compensación en dinero en lugar del acuerdo de molienda, Simeón podía negarse. Pero si Simeón tuviera muchos clientes para los que moler en su molino, de tal manera que, con el tiempo y el esfuerzo necesitado para moler para Rubén pudiera hacerlo para otra persona y no sufrir ninguna pérdida, Simeón se vería obligado a estar de acuerdo con el pago. Esta decisión se establece para que no llegue a comportarse como los habitantes de Sodoma, que rechazaron hacerse favores mutuos, incluso sin coste para ellos.

Hacer favores es una obligación y las implicaciones de negarse a hacer favores son similares a las del robo. Si impedimos que alguien gane algo, aunque no nos proporcione ninguna ganancia a nosotros, estamos robando el potencial patrimonio de la humanidad. Nuestra responsabilidad se extiende a todo lo que controlamos directa o indirectamente; va más allá de lo que poseemos para incluir aquello en lo que influimos. El acto de evitar que alguien tenga algo es comparable a quitárselo. Si obstaculizamos la riqueza del mercado en el que estamos, contribuimos a la escasez e impedimos que se materialicen las fuerzas del sustento. Al hacer esto, estamos impidiendo que la calidad de vida aumente en este cosmos inmediato e infringiendo la ley de «asentamiento del mundo». A veces, es difícil darse cuenta de que la actitud de «una persona no pierde y otra gana» cae en la misma categoría que la de «una persona le quita a otra».

Adquirir riqueza es una necesidad humana y luchar contra la escasez es esencial, ya que clarifica el camino al sustento garantizado por Dios para alcanzar su destinatario. Sin embargo, ¿hay restricciones a nuestra actividad de enriquecimiento, aparte del requisito de no dañar el mundo creando algún tipo de escasez en el mismo acto de enriquecimiento?

## 2

### Los límites de la riqueza

¡No es que tener dinero sea tan bueno; es no tenerlo lo que es tan malo!

Las pecaminosas ciudades de Sodoma y Gomorra descritas en el libro del Génesis representan una sociedad enferma, porque sus habitantes son incapaces de ayudarse en el «asentamiento del mundo». Al negarse a ayudar a otro de tal manera que «uno no pierda y otro gane», los ciudadanos de Sodoma y Gomorra crearon un mercado mísero, similar al purgatorio descrito en el capítulo 1, en el que los codos invertidos no cooperan. Sin embargo, es curioso que a otra sociedad aparentemente distinta se la acuse, también en el Génesis, de tener el mismo tipo de «mercado enfermo». Me estoy refiriendo a la generación de Babel (hebreo por Babilonia), la antigua ciudad donde las personas intentaron construir una torre para llegar al Cielo. Como castigo, Dios las dispersó a todas por la faz de la tierra.

Según los rabinos, el mayor error de Babel fue transformar actividades sociales y económicas en un fin sí mismas. En este caso, incluso si tenemos una situación en la que las personas con los codos invertidos se alimentan ellas mismas, no la podemos llamar paraíso. En nuestra historia, uno de los grandes placeres del paraíso era, no simplemente tener acceso a la comida que estaba en la mesa, sino la posibilidad de llevar a cabo, a través de esta comida, algo incluso más placentero, un intercambio. Un codo invertido constantemente llevándonos comida a la boca puede ser frustrante en extremo si el propietario del codo no sabe lo que está haciendo y no presta atención a

nuestro ritmo y capacidad como receptores de la comida. Podemos encontrarnos perdiendo el apetito aunque tengamos cucharas y tenedores acercándonos de forma insistente, forzándonos a algo que, como niños, experimentamos extremadamente desagradable.

Cuando los rabinos intentan explicar que las actividades económicas pueden santificarnos, se están refiriendo al mecanismo interno que utilizamos para «elear» e «instruir» nuestra dimensión física, nuestros propios cuerpos. Reb Samuel de Sochochov solía decir: «El alma no necesita elevación espiritual, es pura. Es el cuerpo el que necesita ser purificado por nosotros, seres humanos, porque ésa fue razón del Creador para crearlo». O como otro maestro solía decir: «No tenemos un alma, somos un alma. Tenemos un cuerpo».

Esta extraña división entre «cuerpo» y «alma», que a veces tiene sentido y a veces nos induce a error, quizá pueda aplicarse a la esfera del placer como la diferencia entre placer «inmediato» y placer «acumulativo». Satisfacer el cuerpo es tan sencillo como hacerlo sufrir; todo viene determinado por la velocidad de nuestras neuronas. Si nuestras neuronas son el límite de velocidad y la manera más rápida de generar experiencias gratificantes (de placer o dolor), entonces, relativamente, la velocidad de las experiencias del alma es la más lenta posible. Las experiencias del alma sólo son realmente completadas y nos resultan evidentes después de que ciertas fases de nuestra vida hayan pasado. Las experiencias del cuerpo fácilmente se sacian con la repetición y conllevan, como una consecuencia, una conciencia de la muerte. El alma relee estas mismas experiencias y las traslada a la existencia, y existir es extremadamente placentero. Asumiendo y viviendo de acuerdo a nuestras responsabilidades, optimizamos nuestro potencial, creamos riquezas y «asentamos el mundo» para el gran mercado del cosmos.

Todo esto es para decir que el enriquecimiento del cuerpo está limitado por el enriquecimiento del alma y que debemos evitar hacer énfasis de las experiencias corpóreas a expensas de las experiencias del alma. La norma aquí es clara: la abundancia que genera escasez es una doble pérdida de tiempo.

He intentado identificar caminos en que la abundancia genera escasez en nuestra experiencia, o en los límites de la riqueza, ahora añadiendo la palabra «humana»— a nuestra definición de riqueza. Existen límites impuestos por el tiempo y temas ecológicos y morales. Estudiemos estos límites en este orden, pues los dos primeros son más genéricos, mientras que el tercero requiere un análisis más profundo del mercado e, indirectamente, del «dinero» o intercambio.

#### Perder el tiempo

Es mejor no hacer nada que transformar algo en nada.

#### Refrán yidish

Cuando interpretan el versículo de Proverbios 6:6 que dice « ¡Observa a la hormiga, perezoso! Mira sus andanzas y sé sabio», los comentaristas rabínicos explican que las hormigas son un símbolo del trabajo desperdiciado, «Necesitan sólo dos granos de trigo para sobrevivir toda la temporada y sin embargo trabajan incesantemente para ahorrar una fortuna». La pregunta es: ¿qué deberíamos aprender de esto? Es decir, ¿qué deberíamos hacer con nuestro tiempo? Mucha de nuestra acumulación de riqueza es el resultado de no tener nada que hacer o nada mejor que hacer. Nuestra mortalidad y cuestiones existenciales nos llevan, cuando tenemos tiempo libre, a optar por combatir la escasez y de este modo acumular tiempo para cuando sí tengamos algo que hacer. En la tradición judía, la cuestión de qué hacer con nuestro tiempo tiene una respuesta habitual, el estudio. El tiempo debe dividirse entre el estudio, el trabajo y las necesidades fisiológicas (comer, dormir, eliminación y ocio). Todo nuestro tiempo libre,

una vez que nuestras necesidades fisiológicas y de trabajo han sido colmadas, debe dedicarse al estudio. Por consiguiente, el trabajo o las unidades de escasez convertidas en abundancia tienen un límite adicional en el límite del tiempo físico de los seres humanos.

Debo clarificar que lo que el judaísmo entiende por estudio es literalmente el estudio de la Tora, de aquellos valores que nos hacen más humanos en nuestra capacidad de percibir la realidad comprendiéndola y sentir compasión por los otros, entendiéndolos a través de nuestra propia naturaleza. Este estudio promueve la llegada del paraíso y debe ser culturalmente favorecido. Nuestra cultura debe enseñar a los que todavía no han colmado todas sus necesidades que no es una buena idea pasar todo su tiempo intentando satisfacerlas. Podemos considerarnos diferentes de la generación de la Torre de Babel, ya que buscamos alcanzar el límite de nuestras necesidades y luego nos proponemos empezar nuestros estudios, pero, de hecho, como las personas de Babel, cometemos el error de perder el tiempo (bitul zemán). Nuestro tiempo tiene un propósito fundamental, que es llevarnos a ser más y conocer más nuestro potencial. El tiempo que dedicamos a otras actividades es también tiempo gastado en el sendero de la vida y del conocimiento del Yo (razón por la que el mercado lo santifica), pero esta clase de tiempo está sujeta a límites reales que, cuando son rebasados, representan un uso inapropiado del tiempo destinado a las experiencias del alma. Estas experiencias del alma, a pesar de estar influidas por el tiempo pasado en otras actividades, sólo llegan a realizarse cuando nos reservamos algún tiempo real para ellas. Con esto en mente, es mejor no hacer nada que transformar algo en nada. Es mejor hacer frente a la desolación que enriquecernos más allá de nuestros propios límites y no hacer nada con nuestro tiempo. Tener que tratar con esta nada nos lleva al estudio, el verdadero tipo de estudio que no implica expectativa de ganancia personal.

Aprender por motivo propio:

el estudio que lleva a la ganancia no personal

Me gustaría abrir un pequeño paréntesis sobre el estudio, ya que afecta a nuestra riqueza y es un bien de suma importancia para el mercado. Un mercado contaminado por demasiado tiempo generado mediante el bitul zemán o, como diríamos ahora, pérdida de tiempo de estudio) se corroe hasta el punto de que el valor real de lo que circula, disminuye. La depresión, apatía y falta de sentido en la vida que se produce con demasiado tiempo desperdiciado son precios elevados que el mercado debe pagar por esta pérdida. Así que lo importante para nosotros es estudiar; sin embargo, ¿qué se quiere decir exactamente con esto?

Maimónides dijo que nosotros los humanos sólo nos desarrollamos mediante nuestra percepción de la recompensa o remuneración asociada al estudio. Cuando somos niños, estudiamos para ganar la recompensa de un caramelo que nos dé el maestro. Más tarde, estudiamos por los cacahuets. En la adolescencia, estudiamos pensando en ganarnos la vida. Al llegar a la edad adulta, estudiamos para ser dignos de honor y disfrutar del respeto de los demás. Sin embargo, sólo cuando alcanzamos la madurez ciertamente estudiamos sin nada en absoluto en mente.

En hebreo, decimos que estudiamos lishmá, «por motivo propio», para existir. Esto no es tan extraño como parece. Después de todo, debemos comer, dormir y trabajar para existir. Cuando trabajamos más de lo necesario, producimos bitul zemán, existencia desperdiciada. También tiene sentido que si estudiamos y trabajamos para crear abundancia y eliminar la escasez y si ya hemos reunido riqueza, entonces todo nuestro estudio y todo nuestro trabajo, por definición, pasan al objetivo de nada en absoluto. Si insistimos en pensar que el objetivo de estudiar y trabajar es la riqueza más allá de sus

límites posibles, entonces estaremos insistiendo en transformar algo en nada. ¿Por qué, entonces, se nos compara con la generación de la Torre de Babel cuando perseguimos la riqueza primero, para dedicarnos más tarde a estudiar «para nada»? Porque esta riqueza, de manera muy parecida a la torre que intentaba alcanzar el cielo, fracasa en la proyección al futuro. Nadie puede garantizar su propia riqueza en el futuro, porque no hay cantidad de riqueza acumulada que pueda compensar la escasez. En consecuencia, debemos ayudar a los que todavía no han alcanzado la madurez y que aún están lejos de cualquier clase de estabilidad material, de modo que estas personas entiendan que también deben dedicar parte de su tiempo al estudio que no lleva a ninguna parte.

Según la tradición judía, incluso nuestro salario es un pago por nuestro bitul zemán (pérdida de tiempo que podía haber sido dedicado al estudio), así que mediante nuestro trabajo productivo alguien más puede beneficiarse directa o indirectamente de su propio zemán (tiempo reservado al estudio). El tiempo es uno de los límites impuestos a la riqueza. El tiempo es dinero, pero no todo el tiempo del que disponemos debe ser convertido en dinero.

#### Límites ecológicos y físicos

Si la riqueza se define como abundancia que no crea escasez, debe haber más límites impuestos a esta riqueza. El sustento que se conserva en la naturaleza sólo debe transformarse en sustento concreto cuando es necesario. No hay mejor manera de almacenar sustento que en la naturaleza. Durante el éxodo de Israel de la esclavitud en Egipto, encontrar sustento en el desierto fue un problema importante. La Biblia describe cómo una ración diaria (maná) caía al suelo cada mañana milagrosamente. Cuando los hebreos intentaron reunir más que su ración diaria, no sólo el excedente se estropeó, sino que el entorno también quedó afectado, reduciendo el deseo de producir sustento. Una vez más vemos que, a no ser que sea necesario, es mejor no hacer nada que transformar algo en nada. Debemos ser muy cuidadosos para que nuestro beneficio no sea meramente aparente. Un beneficio hoy que nos costará caro mañana no es riqueza; muy al contrario, es una doble pérdida de tiempo. Con frecuencia nos vemos obligados a comportarnos así para sobrevivir, pero un mercado sofisticado debe evitar esta clase de situación, que va contra la ley del yishuv olam, asentamiento del mundo.

#### ¿Quién es realmente rico?

El Talmud dice: ¿quién es realmente rico?

Rabí Yosé solía decir: Uno que tenga un baño cerca del comedor.

Rabí Meír solía decir: Uno que obtenga paz interior de su fortuna.

Shabat 25b

Rabí Meír tira del sentido común cuando dicen que los verdaderamente ricos son los que adquieren la máxima calidad de vida sin crear escasez para ellos u otros, que viven según sus responsabilidades, evitan «perder el tiempo» y no extraen sustento de la naturaleza más allá de lo que es verdaderamente necesario. Rabí Meír llamó a esta la «paz interior» proveniente de la fortuna de uno. En otras palabras, no es sencillo ser realmente rico. Encontramos una interesante descripción de un falso rico escrita por Bahya Ibn Paquda en su obra maestra del siglo once xi, Deberes del Corazón:

«Cree que sus ideas sobre temas financieros son sus pensamientos más sofisticados... Sus sueños le llevan a las expectativas más increíbles, tales como que sus varias clases de propiedad no son suficientes para él. Es como un fuego que quema más intensamente cuando se pone más leña. Tiene el corazón entusiasmado por sus sueños. De forma ansiosa, espera la estación en que los bienes deben ser almacenados y otra vez el momento en que deben venderse. Estudia la situación del mercado, le da vueltas al alza o caída de los precios de los bienes y vigila cómo varían las tasas en distintas partes del

mundo. Ni calor, frío, tormenta, océano o distancia pueden alejarle de los lugares más distantes. Hace todo esto esperando llegar a un fin, una situación que de hecho no tiene y puede causarle mucho dolor, tribulación y esfuerzo desperdiciado. Si en verdad consigue algo de lo que había esperado, probablemente se le permitirá, respecto a su fortuna, sólo la tarea necesaria para tener cuidado de ella, dirigirla y guardarla de toda clase de peligros, hasta que finalmente acabe en manos de la persona a quien estaba destinada».

Ser rico es un arte en el que empezar requiere la simpleza de no olvidar nunca por qué deseamos ser ricos. Al mismo tiempo, este requisito no nos excusa de los ideales de riqueza y debemos procurar no exagerar con esta «simplicidad». Debemos adaptar nuestras necesidades al sustento que se nos concede, pero no perder de vista el objetivo final de incrementar la calidad de vida para nosotros y demás. Los «ingenuos» pueden ser dañinos para el mercado y el cosmos.

El escritor yídish I.L. Peretz cuenta una interesante historia sobre un personaje que llama el «silencioso Bontche». Bontche era un hombre sencillo que llevaba una vida sin ambiciones, ocupándose de su trabajo de limpieza de las calles. Humilde y sin hijos, nunca discutió con nadie, e incluso al morir fue enterrado como un indigente, sin ni siquiera una lápida. Sin embargo, entre los habitantes del Cielo, había mucho entusiasmo. Nunca habían recibido a un alma tan noble y todos acudieron a la corte celestial para dar la bienvenida a este espíritu puro. El propio Creador insistió en presidir el juicio, y el fiscal celestial estaba furioso cuando comprendió que argumentaría sobre una causa perdida. Bontche estaba ante los ángeles, el Creador y el acusador, que rechazó presentar cargos. Entonces el Creador empezó a hablar, elogiando a Bontche y diciéndole: «Tu vida en la Tierra fue tan maravillosa que todo lo que hay aquí en el Cielo es tuyo. Sólo tienes que pedir y se te dará lo que quieras. ¿Qué deseas, oh, alma pura?».

Bontche miró con recelo al Creador y, quitándose el sombrero, dijo: «¿Cualquier cosa?».

«¡Cualquier cosa!» —contestó el Creador.

«Entonces quería leche y café y pan con un poco de mantequilla».

Ante estas palabras, la decepción resonó en los Cielos. El Creador estaba profundamente avergonzado y el acusador no hizo ningún esfuerzo por controlar su risa. Bontche no era un hombre justo, era tan sólo un ingenuo.

En la vida se requiere de nosotros lo mejor. Es cierto que este «mejor» depende de muchas variables, pero lo mejor nos es requerido en cualquier caso. No hay otra manera. La propia definición de vida implica saber cómo administrar el máximo de riqueza y el máximo de respeto hacia las personas y cosas de nuestro entorno. Este equilibrio no sólo trae paz interior, sino que también incrementa en conjunto la riqueza del mercado y mejora el mundo en el que estamos.

Nadie puede quitarte lo que es tuyo

Un día, el interfono sonó y la voz de mi secretaria dijo: «¿Rabí? Hay un joven aquí que dice que es cabalista y quiere hablar con usted. ¿Le hago subir?».

No era frecuente que un cabalista llamara a mi puerta, así que asentí. Una tranquila figura solemne entró y se presentó en un inglés entrecortado: «Mi nombre es Moishe, soy cabalista, y estoy aquí para venderle unos libros». Mientras empezaba a exponer la mercancía, examiné a este inusual joven para intentar extraerle alguna información.

Me contó que había entrado en el país con un millar de libros, que habían sido confiscados en el aeropuerto. Sin embargo, había conseguido recuperarlos, a pesar de la falta de papeles de importación y su ignorancia de la ley brasileña. Me dijo: «La parte difícil es escribir libros sobre kabbalah. Suceden todo tipo de cosas malas cuando uno

emprende este trabajo. El «otro lado» (Sitrá ajará, el lado del mal) hace todo lo que puede para detenerte: la tienda donde compra el papel se incendia, las máquinas se estropean, etcétera... Pero una vez que el libro está impreso y encuadernado y se convierte en parnasá (sustento), entonces nada puede hacerse contra ti».

Mientras consideraba esta idea, Moishe decidió darme la dirección en la que estaba y, para encontrarla empezó a vaciar los bolsillos, poniendo varios fajos de billetes en mi mesa. Le pregunté: «¿Va por las calles con todo ese dinero? ¿No sabe que es peligroso? Tenemos frecuentes atracos por aquí». Me miró con sorpresa y dijo: «También hay una regla que dice que lo que es verdaderamente tuyo, nadie puede cogértelo... si es parnasá, por supuesto».

Más tarde, llegué a saber que Moishe viajaba por la ciudad en autobús para vender los libros cabalísticos que había traído consigo. Cuando nos encontramos de nuevo, le pregunté: «¿Cómo se las arregla para vender libros en hebreo a personas que no pueden entenderlos?» Explicó: «Les digo que estos libros, incluso si son difíciles de leer, son buenos libros para tener, que el mero hecho de tenerlos en la estantería invita a bendiciones».

Lo que realmente me impresionó fue la determinada actitud de Moishe y la manera en que reafirmaba que, por encima de todo, un gran vendedor andaba suelto por las calles, luchando por el sustento. Le resultaba obvio que una cierta cantidad de sustento estaba ya garantizada y que este sustento no dependía de su esfuerzo consciente de vender o ganar más.

En la tradición judía, tenemos un debate paralelo referido a la «libre voluntad» y la seguía (literalmente, «tesoro»). La libre voluntad es un esfuerzo consciente dirigido a obtener o hacer algo, mientras que la seguía es una fuerza interna inherente al alma e independiente de nuestra toma de decisiones. El sustento es una interacción entre estas dos fuerzas. De la misma manera en que algunas de las actividades necesarias para mantener la vida son activas —tales como hacer, atacar o escapar—, otras son pasivas y tienen lugar fuera de nuestra conciencia, aunque impliquen un esfuerzo por nuestra parte: respiración, digestión y el latir del corazón, por ejemplo.

Según los rabinos, todos tenemos movimientos innatos de sustento; algunos son activos y representan la suma de nuestros esfuerzos conscientes; otros son pasivos, como un «tesoro» escondido en nuestra alma, que surge en forma de suerte, pongamos por caso, o un don para los negocios.

Esto lo reconocemos con ciertos modos de intuición. Las experiencias de intuición nos ayudan a comprender que quienes somos es un resultado no sólo de educación e información, sino también de «regalos» que provienen de fuentes desconocidas. A través de ellas, podemos identificar recursos de los que no tenemos un control absoluto, pero que están disponibles y nos son accesibles. Puede trazarse un paralelo, por ejemplo, con la vista o el oído. Estos dos sentidos mezclan reacciones simpáticas y parasimpáticas. Vemos y oímos independientemente de cualquier control consciente de estos sentidos, pero somos capaces de dirigirlos según nuestros deseos. De la misma manera, podemos combinar nuestra seguía, nuestro regalo o reacción «para-simpática», con la libre voluntad, o deliberación consciente, para dar forma a la conducta.

Lo que Moishe quería decir es que nuestra seguía no puede ser dañada por las fuerzas del mal, o por el «otro lado», mientras que nuestra libre voluntad sí puede. Moishe también quería apuntar que la parnasá no puede ser robada. Es posible robar cosas, pero no sustento, ya que éste ya tiene en consideración las posibles pérdidas y sombras que pueden avvicinársenos. Se nos pueden quitar bienes y monedas, pero no el sustento. Del mismo modo, un libro que puede ser obstaculizado cuando se está escribiendo se hace inmune una vez se convierte en un vehículo de sustento. En consecuencia, no debemos

dejarnos abatir por episodios desastroso en la historia de nuestra parnasá. Consideremos la siguiente historia contada por el gran maestro jasídico Rabí Nahmán de Bratislava:

En cierta ciudad, vivió un hombre pobre que se ganaba la vida extrayendo arcilla, que vendía. Un día, mientras estaba excavando, encontró una piedra preciosa. Intentó valorarla, pero descubrió que nadie en la ciudad ni en las ciudades vecinas tenía suficiente dinero para comprarla, tan grande era su valor. Así que tuvo que viajar a Londres para valorarla en un mercado apropiado.

Como era muy pobre, el hombre tuvo que vender todo lo que tenía, y con este dinero consiguió llegar al puerto. Al llegar allí, se dio cuenta de que no tendría suficiente dinero para comprar un billete a Inglaterra, así que buscó al capitán del barco y le mostró la piedra preciosa. El capitán quedó muy impresionado y le dejó embarcar, pensando que el propietario de tal gema debía ser una persona muy rica y respetable. El capitán le dio un camarote de primera clase en el barco, con todos los lujos usualmente destinados a los muy ricos. El hombre, ahora muy satisfecho con su alojamiento, se deleitaba con la piedra preciosa, especialmente durante las comidas, ya que mejora la digestión comer con buen humor y ánimo. Sin embargo, un día se durmió junto a la piedra que estaba en la mesa. Uno de los sirvientes entró en la habitación para limpiarla y, sin advertir la piedra, sacudió el mantel por la ventana al mar.

Cuando el hombre se despertó y se dio cuenta de lo que había sucedido entró en tal desesperación que casi perdió la cabeza. ¿Qué le haría el capitán ahora que no podía pagar el viaje y el alojamiento? Seguramente le mataría. Finalmente decidió mantener el buen ánimo, como si nada hubiera sucedido. A partir de entonces, el capitán le tomó gusto a pasar un par de horas al día con este hombre y un día le dijo: «Sé que es un hombre inteligente y honesto. Me gustaría comprar trigo para vender en Londres, pero temo que se me acuse de obtener dinero de los tesoros del rey. Permítame comprar estos bienes en su nombre y se lo recompensaré». El hombre estuvo de acuerdo.

Tan pronto como llegaron a Londres, el capitán murió de repente, y todo el trigo continuó perteneciendo al hombre. El trigo valía mucho más que la gema original.

Rabí Nahmán concluía diciendo: «La piedra preciosa no estaba destinada a ser suya y la prueba de ello es que no lo fue. El trigo estaba destinado a ser suyo y la prueba de ello es que lo fue. La razón de su éxito fue que sabía cómo controlar su falta de éxito». La falta de éxito es una expresión momentánea de parnasá, sustento. El ciclo mayor — de seguía, tesoro— permanece inalterado. Si damos tiempo a este ciclo, se recompondrá. En yídish decimos: «Un poquito de suerte vale más que una libra de oro» o, incluso, «En el mundo de los negocios, la buena seguía te lleva más lejos que las decisiones correctas». La seguía no es suerte, es la combinación de quiénes somos y de nuestra importancia para nuestro propio entorno. Podemos compensar la ausencia de seguía con gran esfuerzo, pero los que disfrutan de este «tesoro» se dan cuenta de que las cosas les llegan con mayor facilidad. Por supuesto, una buena seguía no es garantía de riqueza, ya que debe de estar capacitado en el arte de interactuar con el mercado y transformar la seguía en riqueza.

### Los ciclos de la riqueza

La kabbalah, cuando se aplica al dinero, trata de nuestros intercambios con el mercado. Como hemos visto, la kabbalah se refiere no sólo a lo que recibimos, sino también al equilibrio entre lo que recibimos y lo que nos estaba disponible. Esto puede sonar como una enorme racionalización, ya que sabemos por nuestra experiencia del día a día que los que consideramos que son ricos están fuertemente preocupados por este equilibrio.

No intentaré demostrar que estas personas no sean realmente ricas. Los rabinos, cuando se acercan al problema teológico de por qué el justo sufre mientras el malvado prospera (tsadiq we-ra lo, resha we-tov lo - justo con una vida ruin, perverso con una vida buena), evitan utilizar sistemas lógicos para explicar este fenómeno. El mundo en el que vivimos es aparentemente injusto y, por muy triste que pueda parecer, no existe un mecanismo de débito automático concerniente a la justicia. Es tan difícil vivir con este hecho que el salmista nos dice:

El hombre estúpido no entiende esto: Si brotan como hierba los impíos, si florecen todos los obradores de maldad, es sólo para ser destruidos para siempre.

Salmos 92:7-8

Los rabinos, utilizando un enfoque reencarnacionista que existe en la tradición judía, explican que existe siempre un retorno, que todo es visitado de nuevo en todo el mundo por la ley de la retribución (joq ha-gemul). La justicia revisita las fechorías desde otra dimensión de tiempo y realidad. Si las galaxias han sido transformadas en moléculas humanas y las moléculas humanas en galaxias, entonces todo debe volver, aunque el radio del ciclo es a veces tan grande que a simple vista parece más una línea recta, que corre por la tangente.

Estos gigantescos ciclos de revisitación son análogos al concepto budista de karma. El karma son los costes y beneficios de cualquier mercado. Hoy los identificamos con temas ecológicos, donde ya estamos empezando a oír los ecos de lo que antes nunca nos hubiera alcanzado. En el pasado, el radio del ciclo era demasiado grande, pero ya no. El terrateniente que deforestó sus tierras parecía disfrutar de todos los beneficios y ninguno de los costes. Hoy en día, estos costes son tan concretos que sus descendientes pueden incluso maldecirlo, o el gobierno puede imponerle verdaderas multas, o incluso puede morir de cáncer de piel o pulmón como resultado de su fechoría. Incluso aquellos que disfrutaron de los beneficios cuando el radio parecía tender al infinito pagaron su precio con la oscuridad. Déjenme explicar qué quiero decir con oscuridad. Cuando actuamos con ignorancia, no pagamos mediante la ley de la retribución, sino mediante nuestra propia ignorancia, nuestra propia oscuridad, que es en ella misma un precio, un coste y una sombra. Cuando actuamos con conocimiento, entonces pagamos los costes según están determinados por la ley de retribución.

Esto no es un dogma de fe que garantice que el «malvado» tendrá que pagar por sus actos en el futuro. Es sólo Una lectura más sofisticada de lo que observamos en nuestra experiencia diaria.

La verdadera riqueza es un proceso complejo, mucho más complejo que el simple acto de estar en el lugar Correcto en el momento oportuno. Esto es difícil de entender, pero está relacionado con radios de ciclos de retorno más alargados y con los cuatro mundos del sustento.

La kabbalah habla de cuatro mundos para llamarnos la atención a las diversas dimensiones de la realidad (véase la tabla). El esquema de la página siguiente nos ayuda a comprender lo sesgados que estamos; tendemos a reconocer conscientemente sólo los ciclos de «recepción» que tienen radios muy pequeños de retorno.

En el mundo de la Asiyá (el mundo funcional), utilizamos la lógica para determinar los beneficios y los costes cuando el radio del ciclo se encuentra en el mínimo. Nos preocupamos por obtener beneficios tan rápidamente como sea posible y minimizamos los costes a corto plazo. Éste es el mundo material con todas sus complejidades, tan vasto como la propia mente.

En el mundo de la yetsirá (mundo emocional), tenemos el tesoro interior o, como hemos mencionado antes, nuestro potencial de generar sustento. Esta dimensión se expresa como sustento tanto en tiempo como en oportunidad y se determina por la suma de

nuestra historia emocional. El radio del ciclo es más grande en este caso, pero todavía muy perceptible para la mente. A menudo tenemos esta dimensión en mente cuando decimos de alguien: «Todo lo que toca se convierte en oro».

En el mundo de la beria (mundo espiritual), el «mérito» (zekhut) contribuye a nuestro sustento como todo el mérito acumulado de la herencia espiritual transmitida a nosotros de nuestros antepasados. La zekhut requiere una mayor explicación.

El sustento es un concepto muy complejo. Podemos decir, por ejemplo, que es posible ganarse la vida escribiendo libros. Aunque no podamos comer, resguardarnos o medicarnos gracias a la ayuda de libros. El mercado ha hecho posible el sustento a través de la educación, el ocio, el servicio y muchas otras formas desconocidas en la naturaleza. Ni siquiera las relaciones simbióticas en la naturaleza o los intercambios ecológicos entre especies se acercan a la definición humana de mercado. En la naturaleza, sólo hay cooperación donde está implicado el sustento vital y, en el mercado, lo encontramos a un nivel emocional y espiritual. Así que hoy, cuando nos proveemos, de alguna manera debemos esta posibilidad a una intrincada e irrecuperable sucesión de «méritos».

De la misma manera que no podría comer y respirar hoy si mis antepasados me hubieran comido o tenido sexo, ya no puedo decir si debo mi existencia a la influencia aparentemente aleatoria de los libros que han sido escritos, los circos que se han montado o la contribución del servicio postal a la sociedad, por ejemplo. Cuando alguien dedica su tiempo a escribir un libro, en ello hay un mérito, al igual que lo hay en pasar este mismo tiempo cambiando pañales. En ambos casos, las relaciones se establecen con el mercado y estas relaciones hacen que la vida sea factible.

Nuestros antepasados codificaron méritos y los introdujeron en el mercado y estas influencias del mérito son como «karmas» positivos que hacen posible la vida. Existe mucho poder en esta dimensión y nos damos cuenta de ello cuando la evocamos.

En la oración central diaria del judaísmo, cuando consideramos que estamos cara a cara con la divinidad, pedimos, como introducción, ser identificados con los descendientes de los patriarcas y matriarcas, a causa de sus méritos<sup>1</sup>. (1 En la primera bendición de la oración, cuando decimos: «Bendito seas, oh Dios, nuestro Dios y el Dios de nuestros padres, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob»).

Mundo	Dimensión interior (Nivel de percepción )	Realidad	Manifestación en el sustento
ATSILUT Emanación	SOD Secreto	CONEXIÓN CON EL INFINITO	LISHMA («Por motivo propio»)
BERIA Creación	DERASH Simbólico	ESPIRITUAL	ZEKHUT Mérito
YETSIRA Formación	REMEZ Alusivo	EMOCIONAL	SEGULA Tesoro
ASIYA Acción	PESHAT Lógica	MATERIAL	NEKHES Bienes materiales

Lo que hicieron en el pasado está, en cierta manera (a través de ciclos muy largos), codificado en quiénes somos y cómo nos comportamos en el mercado. Estos méritos son el gran pilar de nuestra especie, la piedra angular en la que basamos nuestro sustento y nuestros derechos (méritos) como miembros del mercado. A causa de su forma, sólo advertimos el mérito subjetiva y colectivamente como una herencia cultural.

Entender de qué manera nuestras intenciones individuales y nuestra propia interferencia en el pasado (¿en vidas pasadas?) influye en nuestro sustento y nuestra vida concreta diaria es un asunto difícil. Nuestras emociones captan algo de esta realidad, pero sólo el espíritu —sin restricciones como ocurre con por los estándares de nuestros mundos emocional y mental— puede acceder a esta dimensión libremente.

En el universo de la Atsilut, por ejemplo, consideraríamos hacer algo sólo por hacerlo, sin expectativa de ganancia. Este mundo se nos oculta, está abierto sólo al no diferenciado, al que es parte del Uno y parte de sus propias emanaciones.

En las últimas dimensiones, no tenemos órganos de percepción. Aquí estamos pescando sin red y, cuando atrapamos algo o creemos que lo hacemos, se nos resbala de las manos.

¿No puede o no quiere? Aceptar lo incomprensible

Es imposible entender el sustento sin entender las intrincadas interrelaciones inherentes a la vida. Toda persona «adinerada» o cualquiera que esté activamente buscando sustento puede detectar niveles muy sutiles de intercambio en el mercado de la vida. Por esta razón, nos preocupamos tanto por la suerte y a veces sentimos que «algo» está de nuestra parte o actúa contra nosotros. Incluso aquellos de nosotros que estamos confinados a dimensiones más concretas de sustento sentimos, en nuestra experiencia del día a día, la influencia de fuerzas extrañas.

Un debate que tuvo lugar hace sólo dos siglos puede ser útil como ejemplo. Se refiere a Baal Shem Tov, una de las figuras más importantes del renacimiento espiritual judío en la era moderna. Un día, le buscaba un distinguido rabino que quería preguntarle sobre los elementos intuitivos y místicos que acentuaba en sus enseñanzas. Se dispuso el escenario de un clásico encuentro entre dos grandes tendencias. Los seres humanos pueden dividirse en los que ven la vida como empapada en el propio misterio que la hizo posible y los que, a pesar de reconocer el misterio, no lo ven como un agente constante en sus vidas cotidianas. La diferencia entre los seres humanos no es cómo ven la realidad, sino en los grados de intensidad de sus similares creencias. Esta diferencia distingue entre individuos lógico-rationales e intuitivos, los que hacen énfasis en los elementos caóticos del universo y los que cultivan una visión más determinista, o incluso entre los que expresan sus creencias en términos de misterio o de Dios y los que son menos conscientes de la intervención de lo inexplicable en sus vidas.

El encuentro de Baal Shem Tov con este rabí representa, en un reino religioso muy específico, el interminable debate entre estas dos tendencias. La descripción de este encuentro, a pesar de estar en un típico lenguaje de tradición judía, tiene tal universalidad que podría expresar esta confrontación en cualquier otra tradición. En un cierto momento, la discusión se centra en experiencias personales y, cómo las transformamos en doctrina. Baal Shem Tov cuenta una historia del Talmud (Berakkot 54b):

Una noche, Rabí Akiva viajaba con un burro, un gallo y una lámpara y quería pasar la noche en una posada de un pueblo. El posadero no le dejó entrar, así que Rabí Akiva se vio forzado a refugiarse en un bosque cercano, donde estableció un pequeño campamento. Durante la noche, un león se comió el burro. Rabí Akiva no se afligió en lo más mínimo. Pensó para sí: «Quizá sea mejor de este modo». Un poco después el pollo fue atacado por una pantera y un fuerte viento apagó la lámpara. Rabí Akiva todavía permaneció en calma: «Quizá sea mejor este modo». A la mañana siguiente, cuando volvió al pueblo, se enteró de que había sido atacado durante la noche por una cuadrilla de bandidos que habían saqueado el lugar y matado a los habitantes. Entonces se dio cuenta de que si el burro y el pollo no hubieran sido devorados y la lámpara no se

hubiera apagado, habrían traicionado su paradero. De hecho, había sido el mejor modo. Para Baal Shem Tov, este cuento ejemplificaba un orden que es sólo aparentemente el resultado del caos o «mala suerte». Aún no satisfecho, Baal Shem Tov insistió en presentar su punto de vista a través de otro ejemplo. Le contó al rabí que uno de sus vecinos se despertó una noche porque un mosquito le había picado. Cuando el hombre se levantó, se dio cuenta de que algunas brasas habían caído fuera del hogar de la chimenea, así que fue a por un cubo de agua para evitar lo que podía haber sido un desastre. En ese momento, el techo encima de la cama se derrumbó. Si hubiera estado dormido, ciertamente habría sido aplastado.

Para Baal Shem Tov, estos hechos y experiencias similares por las que todos pasamos apuntan a una intervención más allá de la mera coincidencia, libre voluntad o instinto. Sin embargo, el rabí visitante veía las dificultades inherentes a los ejemplos citados por su oponente.

Es más, el rabí se dio cuenta del inmenso peligro involucrado en dar tantísima credibilidad a lo incomprensible. Su reacción fue decir: «Simplemente no puedo creer que las cosas sean así».

Una vez más nos enfrentamos al lógico punto muerto que se ha ido dando durante siglos. Podía haber quedado en otro frustrado intento de tender un puente entre estas dos tendencias, pero la reacción de Baal Shem Tov fue impulsiva: «¡No es que no puedas, sino que no quieres!» .El rabí no se tomó estas palabras en serio y se marchó. Cabalgaba de regreso por el bosque, casi al atardecer, cuando vio a un campesino cuyo carro había dado la vuelta e intentaba enderezarlo. El campesino estaba desesperado porque se daba cuenta de que no sería capaz de darle la vuelta él solo y por eso le hizo señales al rabí pidiéndole ayuda. El rabí, considerando su edad, lo avanzado de la hora y lo repentino de la situación, contestó inmediatamente: «Lo siento, pero no puedo», y el campesino replicó: « ¿No puede o no quiere?».

Cuando el rabí oyó estas palabras, no sólo ayudó al campesino, sino que también regresó a la casa de Baal Shem Tov, para retomar la conversación en un tono muy distinto. Este mismo rabí llegó a ser más adelante uno de los más fervientes seguidores de Baal Shem Tov.

Nuestra mayor dificultad cuando tratamos con lo incomprensible y con cualquier cosa que pertenece al mundo de las creencias no es que no podamos aceptar las cosas, sino que no queremos aceptarlas. No existe lenguaje o razonamiento que pueda explicar la actitud de Baal Shem Tov. Sólo la experiencia puede mostrarnos que nuestro problema no es «ser capaz de» sino «querer hacer». No queremos aceptar que nuestras acciones tienen consecuencias y repercusiones que van más allá de nuestra conciencia y control. No queremos ver que nuestras necesidades sobrepasan lo que puede adquirirse y que nuestras convicciones y creencias podrían ser meras ilusiones.

Baal Shem Tov, en su sabiduría y visión, comprendió que su mejor argumento era el tiempo y la experiencia, en el que las piezas del puzzle finalmente encajarían.

El sustento y la riqueza son caminos muy importantes hacia una conciencia de estas diversas dimensiones de la realidad. Los que luchan por el sustento saben que hay algo extraño y milagroso en él. En el mercado, en intercambios que suponen dinero real, tenemos muchas oportunidades de descubrimientos y comprensiones. Baal Shem Tov sabía que las interacciones en el mercado son, en esencia, intercambios con el mundo y que pueden enseñar lo que las palabras y pensamientos no pueden. Estas interacciones son la única manera de desenmascarar nuestra supuesta incapacidad y revelar nuestra verdadera des gana.

Poseer versus tener

De este debate, extraemos una posible solución a una paradoja que nos ha

desconcertado desde tiempos primitivos, la evidencia de que hay personas justas con vidas llenas de apuros y personas malvadas bendecidas con la prosperidad. De lo que aquí nos debemos dar cuenta es de que las realidades desastrosas o sin sentido pueden momentáneamente representar fases de un mayor orden.

En consecuencia, es fundamental juzgar nunca exclusivamente partiendo de la base de una foto instantánea de la realidad de un momento. Sólo en medio de una realidad podemos realmente asumir y evaluar las situaciones de la vida. Este enfoque requiere, con seguridad, una gran cantidad de fe y una comprensión de estos ciclos de retorno que tienen radios más largos.

Hay incluso una manera más distorsionada de leer la realidad más allá de simplemente registrar la injusticia aleatoria en nuestra propia experiencia diaria. Es cuando esperamos que la realidad siga la fórmula, «personas malvadas con vidas malas (es decir, pobres) y personas justas con buenas vidas». Para entender mejor esto, analicemos cuidadosamente los conceptos de justicia y mérito. ¿Cuáles son las circunstancias en las que tenemos derecho a considerar algo obtenido de forma justa, por nuestro propio mérito? ¿Cómo pudo rabí Akiva, en la historia contada más arriba, estar agradecido por todas las señales (o coincidencias) que le llevaron a sentirse protegido por una fuerza mayor —Divina Providencia (hashgajá)? ¿Cómo puede comprender una persona rica que su riqueza se ha ganado por mérito? Hay un peligro terrible en todo esto.

Una vez, después de un servicio funerario un día lluvioso, la viuda señaló: «Mire, rabí, incluso Dios está llorando». Su comentario inmediatamente encontró un equivalente en alguien que estaba a mi lado, que me susurró: «¿Significa esto que cuando alguien muere y el día es soleado, Dios está sonriendo?»

Este mismo sentimiento es descrito por Elie Wiesel en referencia a los supervivientes del holocausto nazi. Si las personas que se salvaron atribuyen su supervivencia a la intervención de Dios, diciendo, por ejemplo, que Dios los cuidaba, deberán soportar la responsabilidad de, indirectamente, establecer que Dios no cuidó de los que perdieron la vida. Las relaciones de causalidad que establecemos tienen que dar cuentas de toda la realidad para ser consideradas respuestas. En otras palabras, la proposición griega por la cual «la suerte es cuando la flecha da en algo más» expresa la realidad como vista desde la experiencia individual de uno. Las respuestas dadas de esta manera no procuran abarcar todas las experiencias. Ésta es la dimensión ética del monoteísmo, donde sólo un Dios, en lugar de mi dios o su dios, debe responder de todas las experiencias usando un simple conjunto de reglas. Una visión teológica parcial profundiza y refuerza la convicción de que los justos soportan malas vidas mientras que los malvados disfrutan de buenas, ya que esto, en sí mismo, es también una proposición parcial. Todo lo que no toma en consideración la vida como un todo acabará reforzando nuestra conciencia de su injusticia. Esta clase de fe tendenciosa se suma al carácter caótico de la vida. Se vuelve contra sí y se convierte en su peor enemigo cuando alienta una percepción fragmentaria y nubla nuestra visión de conjunto.

Aquí hay una paradoja. Cuanto más vemos el mundo como Baal Shem Tov nos advierte —como un lugar donde el mérito divino está siempre presente—, menos podemos negar su naturaleza caótica. Los pobres deben entender que son pobres porque así es cómo son las cosas y no por mera coincidencia. Y los ricos deben percibir su riqueza como el resultado de algo que está más allá de la casualidad. Al mismo tiempo, si no reconocemos esta presencia, nos convertimos en demasiado materialistas y elevamos el azar y la oportunidad al estatus de supremos maestros del mercado. Cuando hacemos esto, también añadimos caos al universo.

A simple vista, en la superficie, no podemos librarnos de esta paradoja: cuanta más fe aplicamos, menos tenemos. Y la fe, como hemos visto antes, es un elemento esencial de

cualquier mercado. Sin embargo, Baal Shem Tov no se estaba refiriendo a la fe que busca, como un objetivo, entender por qué el mundo es justo o injusto. Se estaba refiriendo a la fe que busca, en nuestras experiencias más profundas, entender el papel de la justicia y la injusticia en las situaciones por las que pasamos. ¿Cuál es el significado de cada instantánea de la realidad, justa o injusta, en el desarrollo de nuestros caminos individuales y colectivos?

Ésta es la intuición que nos dice cuándo algo es el resultado de la «intervención» o cuándo es mera casualidad. La capacidad de filtrar y dar autenticidad a ciertos fenómenos y no a otro no es patológica o irracional. Brota del lugar exacto en que «el cielo y la tierra se besan», donde el alma toca el cuerpo.

El propio Baal Shem Tov nos recuerda que nuestros «ojos» y «oídos» deben ser entrenados para percibir una sutil realidad a nuestro alrededor. Un midrash {Génesis Raba 10} nos insta a comprender que cada brizna de hierba tiene un ángel sobre ella que la alienta: «¡Crece! ¡Crece!». Hasta que capturemos esta dimensión del orden, mientras rechazamos sumergirnos a mayor profundidad en la sutilidad de cada situación, continuaremos estando atrapados en la paradoja y, por consiguiente, paralizados. Nuestras inferencias deben ser comprobadas usando la visión interna de uno que ve en el crecimiento de las plantas —de hecho, de todo— energías muy cercanas que las alientan a crecer. Si observamos la vida a través de estos «ojos», entonces quizá las palabras justo y malvado, bueno y malo, asumirán un significado distinto para nosotros. El mercado ciertamente se ha formado y se está formando, con todas sus imperfecciones, bajo la profunda influencia de estos ojos.

Preguntas tales como «¿por qué yo no tengo eso?» o «¿por qué yo tengo esto?» requieren respuestas que tomen en consideración la distribución de nuestro potencial a través de los diversos mundos de sustento. Es más, «tener» no es necesariamente un valor absolutamente positivo. «Tener» puede representar serias pérdidas en otras dimensiones del sustento. Con mucha frecuencia, puede anular o afectar a nuestros méritos y «tesoros». Si no tenemos cuidado, podemos consumir demasiado de nuestra herencia personal y ancestral de forma material y pagar un alto precio por su consumo.

Es más, poseer algo no significa que efectivamente lo tengamos y no poseer no significa necesariamente que carezcamos. Aunque los que realmente poseen sean bendecidos. Propongo que exploremos diferentes maneras de adquirir riqueza en las diversas dimensiones de sustento que no necesariamente se expresan en el mundo concreto de la asiyá.

#### 4

### Mesurar la riqueza en términos de lo que no tenemos

Uno de nuestros mayores intereses en el mundo de los negocios es evitar crear «anti riqueza». Como hemos aprendido, es nuestro deber, si queremos «hacernos ricos», incrementar la calidad de vida en el cosmos (*yishuv olam*). Sin embargo, si en el proceso de transformar elementos en abundancia creamos cierto tipo de escasez, estamos creando anti riqueza. Hemos visto que, si hacemos esto, no mejoramos el mercado, y nuestro comportamiento es considerado antiecológico y en oposición al flujo de la vida.

La anti riqueza introducida en el mercado lo corrompe aún más, incrementando los niveles globales de injusticia. Cuando empobrecemos nuestros mundos del tesoro (*seguía*) o diezmamos nuestras reservas de mérito (*zekhut*), reducimos el potencial del mercado en cuanto a orden y riqueza. Al hacer esto, estamos yendo contra la ley del *yishuv olam* en una dimensión totalmente abstracta y sutil. El rebbe de Kotzk lo ejemplificó bien:

Una vez, el rebbe de Kotzk se encontró en un camino con un amigo de la infancia que se había hecho rico, pero que también se había vuelto muy descuidado en sus deberes como hombre rico. Al ver al rabino, el millonario le invitó a subir a su espléndido carruaje. Una vez estuvo en el lujoso interior, el rebbe tomó nota de su prosperidad y preguntó: «Dime... ¿dónde están tus posesiones "de este mundo"?».

El hombre rico respondió: «Tan sólo mira a tu alrededor. ¿Todo lo que ves no te dice nada de mis riquezas en este mundo?».

«No, —contestó el rebbe—, son tus recompensas tomadas de "otros mundos", de las que carecerás en el mundo venidero. Lo que me gustaría saber es dónde está tu porción de riqueza de *este* mundo».

Con frecuencia, fracasamos en prestar atención a la cuenta de la que estamos «retirando» y fracasamos en darnos cuenta de que, menos transformemos en bienes materiales de nuestra porción en otras dimensiones, mejor. Sólo entonces poseeremos la verdadera medida de nuestro sustento, sin hacer uso de nuestras reservas de otros mundos. Incluso podría decirse que nuestra verdadera riqueza se mide en términos de lo que *no* tenemos. Esta afirmación es una extensión del principio ecológico antes mencionado; es mejor no hacer nada que transformar algo en nada. Es decir, es más sensato dejar las riquezas en la forma en la que nos han sido concedidas. Si, por el contrario, intentamos transformarlas en sólo una expresión de riqueza, nos encontraremos cargados con la doble tarea de materializar estas riquezas en abundancia en un simple mundo de sustento material, creando así una escasez de sustento en otros mundos y, de este modo, tener que recuperarla más tarde.

Esta ecología interna es esencial. Después de todo, ¿cuántas veces nos sorprendemos a nosotros mismos, diligentes en el camino del enriquecimiento material, teniendo que consumir después muchos de los mismos recursos para remediar la escasez generada en otros mundos de sustento? Gastamos tanto tiempo y energía conseguidos en este ciclo simplemente porque no sabemos cómo administrar la adecuada cantidad de tesoro y mérito que deseamos transformar en propiedad y poder.

Si esto no le parece real, piense en todos los recursos que el mercado debe invertir para tratar con la depresión, la autodestrucción, la pobreza emocional, el aburrimiento y la falta de significado causados por una pobre dirección de nuestros recursos en los diferentes mundos. Si sólo ahorráramos nuestras energías emocionales, espirituales y trascendentales, este mercado estaría en mejor forma, quizá incluso alcanzaría las condiciones ideales de la era mesiánica. La inversión de nuestros recursos de tiempo sólo en unas pocas formas de riqueza ha empobrecido demasiado nuestro mercado, creando un cierto modo de recesión en los mundos superiores, donde una gran parte de la población ni siquiera puede garantizar los niveles mínimos de intercambio. Esto explica la falta de concentraciones críticas significativas y economías prósperas en este mundo. Es como si estuviéramos saturando el mercado con una insolvencia emocional, espiritual y trascendental. El término «tercer mundo», aplicado por los economistas a las bolsas de pobreza y subdesarrollo, es intuitivamente próximo a lo cierto. En kabbalah, diríamos que estas concentraciones están aprisionadas en el «cuarto mundo» —el mundo material de la *asiyá*. No olvidemos, sin embargo, que la pobreza y el subdesarrollo nos pertenecen a todos, sin importar en qué estrato social nos encontremos y si nos consideramos o no materialmente ricos.

La pregunta que queda es: ¿cómo podemos evitar agotar recursos en sólo una dimensión de riqueza? ¿Cómo podemos crear regulaciones de «costumbres» para cada uno de los distintos mundos hasta que pueda instalarse una era mesiánica, proporcionándonos una verdadera «economía de mercado» también en estas dimensiones?

Idealmente, deberíamos hacernos ricos sin tener más y, para conseguir este objetivo,

ciertamente debemos luchar en el terreno más duro y hostil: la vida cotidiana.

### **No robar**

Una de las maneras más importantes por las que maximizamos recursos en los diferentes mundos del sustento es por medio de no robar.

Pensamos que, porque no estamos socialmente identificados como ladrones, robar está lejos de nuestra realidad. No es así. Robar forma parte de muchas de nuestras interacciones. Incluso los pequeños robos afectan al flujo de riquezas en el mercado. Estos pequeños robos reflejan limitaciones en nuestro trasfondo personal y cultural, más específicamente nuestra negligencia y nuestra malicia. Insisto en llamarlos robos para señalar que, aunque la mayoría de ellos son mecanismos mentales, sin embargo son significativas acciones deliberadas que bloquean la riqueza en el mercado.

La Biblia (Levítico 19:13)<sup>1</sup> («No oprimirás a tu prójimo, ni lo despojarás. No retendrás el salario del jornalero hasta el día siguiente») (traducción de la Biblia de Jerusalén) clasifica las interacciones relacionadas con el robo en dos grupos: «retención»<sup>2</sup> (*oseq*) y malversación (*gazel*). Nuestra conciencia social señala y castiga situaciones de malversación, pero raramente imponemos límites a las transacciones que implican retención. La diferencia entre estas dos clases de robo es definida por Maimónides. Establece que el *gazel* es la apropiación por la fuerza de algo que no nos pertenece o que no nos es accesible. Por contraste, el *oseq* puede ser: a) el acto de no devolver algo que ha sido tomado, incluso con el consentimiento del propietario, o b) la retención de algo que pertenece a otro, incluso aunque no queramos conservarlo. Al cometer estos robos, interferimos, actuamos como obstáculos y retenemos cosas que deben retornar a sus legítimos propietarios.

La primera clase de *oseq* descrita en el Talmud (*Baba Metsia* IIIa) se da cuando constantemente aplazamos devolver las pertenencias de alguien. El texto ejemplifica: «Él viene y va, viene y va», y lo que es suyo no se devuelve. Este es un robo no reconocido y muy similar a la «malversación».

Ejemplos del segundo tipo de *oseq*, cuando impedimos el acceso del propietario a algo, pueden encontrarse en nuestras vidas diarias. Veamos algunas de las formas más comunes, como el robo de tiempo, de expectativas y de información.

### **Robo de tiempo**

Con frecuencia, nos encontramos en situaciones en las que, por razones que no entendemos del todo, aplazamos dar información o tomar una decisión. Posponemos anunciar decisiones que ya hemos tomado, en relación a las cuales, no pretendemos hacer ningún cambio que justifique el aplazamiento. ¿Por qué no informamos inmediatamente a las otras personas implicadas, posiblemente incluso admitiendo nuestra ignorancia, incapacidad o falta de interés? Posponemos cosas sin ninguna razón en absoluto y hacemos nuestro el tiempo de alguien. Ésta es una enorme tragedia personal para esa persona y su mercado.

En la mayoría de los casos, este comportamiento se relaciona o bien con la falta de cuidado o con la renuencia a hacer frente a las circunstancias. Las consecuencias no son sólo el malgasto del tiempo de alguien, sino la degeneración de esta pérdida de tiempo en situaciones embarazosas, de conflicto y dolor.

También somos culpables de *oseq* cuando, para deshacernos de alguien, le remitimos a alguien más que puede, supuestamente, ayudarlo, pero que sabemos que no lo hará, por una u otra razón.

Todo esto va contra el *yishuv olam*, enriquecimiento del mundo, y empobrece el mercado. Tan fuerte es esta sensibilidad de la tradición judía a este tipo de falta de respeto/robo que, la siguiente historia se cuenta sobre rabí Ismael y rabí Simeón, que eran llevados a la ejecución durante la persecución de los judíos bajo el emperador

romano Adriano:

Rabí Simeón le dijo a rabí Ismael: «Maestro, mi corazón sangra porque no puedo encontrar ninguna razón para mi ejecución».

Rabí Ismael respondió: «¿Nunca ha sucedido que alguien acudiera a ti a por consejo y le dejaste esperando hasta que terminaste lo que estabas bebiendo o hasta que acabaste de atarte los zapatos o cambiarte de ropa? La Tora dice: "y si tienes que retener [*oseq*]..."

Esto se refiere a casos triviales así como a los serios».

Rabí Simeón suspiró y dijo: «Me has reconfortado, maestro».

De esta manera muy dramática, los rabinos equipararon la falta de respeto por el tiempo del otro con un asalto contra la vida. Si robamos propiedad, somos castigados por el sistema judicial, pero cuando robamos tiempo, fácilmente nos escapamos con él. Según la tradición judía, las dimensiones del espacio y el tiempo pertenecen a Dios. Si gastamos el tiempo de la vida que nos es concedido por Dios en perder el tiempo de nuestro vecino, le estamos robando al mercado toda la posible «riqueza» que podía haber sido generada utilizando este tiempo. Somos responsables de los costos que sufre el mercado mientras se absorbe este déficit en potencial.

### **Robo de expectativas**

Otro ejemplo que los rabinos extrajeron del *oseq* es el del trabajador y su salario. La Biblia dice: «El mismo día en que termine el trabajo, págale el salario; el sol no debe ponerse con él esperando - porque su vida depende de ello (Deuteronomio 24:15)». Aquí ni siquiera estamos considerando ninguna depreciación que el salario pueda sufrir como resultado del retraso, ya que eso sería *gazel* (malversación). Este caso se refiere exclusivamente a las expectativas de los trabajadores de recibir lo que se les debe para utilizarlo de cualquier manera que les parezca apropiada.

Si retenemos el salario de alguien, es como si estuviéramos robándole su expectativa de tener el dinero en el momento exacto que llega a pertenecerle. Aunque más tarde devolvemos el mismo valor, estamos privando al propietario de su derecho.

Lo mismo se aplica a las falsas expectativas que podamos dar a los vendedores. Si demostramos un falso interés, permitiéndoles contar con una posible entrada de capital, también estamos robando expectativas. Si actuamos motivados sólo por un deseo de ser «amables» o por un deseo deliberado de generar expectativas, debemos darnos cuenta de las implicaciones potencialmente serias de este comportamiento. Ello se debe a que las «expectativas» son un indicador de que estamos pisando un terreno extremadamente delicado: el de las relaciones humanas. Siempre debemos intentar ser conscientes de los límites entre experiencias personales y transacciones que establecen lazos interactivos.

Éste es uno de los elementos importantes del robo; la retención (*oseq*) sólo puede darse en situaciones en las que se produzca interacción y transacción. Los rabinos nos advierten de que seamos muy sensitivos y conscientes cuando se entre en transacciones, porque en esta dimensión ya no somos completamente independientes, debemos tomar en consideración a nuestro socio o socia y su realidad. Una transacción es segura en el mercado si nuestra ganancia es máxima con relación a la máxima ganancia del otro, mientras que se genera el mínimo de malgasto o disturbio en el universo. Así pues, cuando damos un paso hacia una transacción, debemos ser ciertamente muy cuidadosos.

Otra clase común de robo de expectativas es el juego de azar. Cualquiera que juega a la lotería espera ganar. Si el jugador no tiene muy claras las mínimas oportunidades de cumplir su expectativa, entonces la lotería podría considerarse una clase de robo. Esto se debe a que los jugadores entran en la transacción con la expectativa de salir con algo, sólo para descubrir más tarde que sus oportunidades eran menos que cero desde el principio.

### **Robo de información**

Otra forma de retención (*oseq*) es no revelar información que permitiría el *yishuv olam*, una mayor riqueza del universo. Muchas veces, nos vemos reducidos a aconsejar a otros y esta forma de transacción también puede llevar al robo.

Si alguien le pide indicaciones para una determinada dirección, puede decir simplemente: «Gire a la izquierda en la esquina y siga cinco bloques». Sin embargo, si conoce alguna información importante, debería compartirla. Encontramos el siguiente comentario en *Sifrá*, un comentario legal del libro del Levítico: «Si alguien llega buscando tu consejo, no le aconsejes de forma incorrecta. No digas, por ejemplo, "Ve temprano", cuando sabes que los bandoleros pueden atacarle, o "Ve al mediodía", cuando sabes que el sol es insoportable».

Cuando damos información, deberíamos preguntarnos en lo más profundo cómo nos aconsejaríamos a nosotros mismos. En esto confiamos en el principio que la Biblia utiliza para todas las cuestiones de robo por medio de la opresión: «Ama a tu prójimo como a ti mismo» (Levítico 19:18). Aquí radica una gran clave para enriquecer el mercado. Si alguien nos pregunta cómo llegar a algún lugar, debemos aconsejarle de tal manera que no sólo llegue al destino, sino que lo haga con seguridad y rapidez. ¿Cuántas veces, por simple pereza o falta de consideración, compartimos sólo parte de nuestro conocimiento?

Es nuestro deber compartir conocimiento, dado que no perdemos nada como resultado de este intercambio y alguien gana más. Establecimos este principio cuando hablamos de la «ley de vecinos», que estipula que «una persona gana y la otra no pierde nada». Las pérdidas resultantes de retener información pueden tener un alto precio, tanto financiera como físicamente (debido a los peligros en los que se incurre) o incluso emocional y espiritualmente. Si no identificamos situaciones de posible erosión emocional y espiritual, somos responsables de esta omisión. Podríamos estar contribuyendo al empobrecimiento de varios mundos y los déficits serán nuestra responsabilidad.

### **Un obstáculo delante de un ciego**

Del bien conocido dicho bíblico (Levítico 19:14) «No pondrás obstáculos en el camino del ciego» (*Ufney iwer*), los rabinos extrajeron un importante concepto: es nuestro deber prestar atención no sólo a las interacciones en las que nos metemos, sino también a las personas con las que tratamos en estas interacciones. Con esto en mente, extendámonos un poco en esta noción «visual» de ir por la vida poniendo obstáculos delante del ciego. Para empezar, ¿quién es «ciego»? Todos aquellos cuya «visión» es menor que la nuestra. Nosotros mismos también somos ciegos con respecto a ciertas personas y, en esos casos la responsabilidad es suya cuando interactúan con nosotros. El que ve más allá tiene esta responsabilidad para con el mercado. Unos pocos ejemplos nos ayudarán a clarificarlo.

Si dejamos dinero abandonado en una mesa delante de una persona muy necesitada, o incluso de alguien que previamente se ha dado al impulso de «malversar» algo, estamos poniendo un obstáculo delante del ciego. Una persona necesitada o alguien que tiene malos hábitos es ciego en esta interacción y nuestra falta de cuidado es un obstáculo para él o para ella.

Para los rabinos, el joyero que deja piedras preciosas en la mesa para que sean robadas por un empleado también participa en el costo de este robo en otros mundos. No sólo en verdad pierde su propiedad, sino que él mismo es declarado ladrón; se ha robado la oportunidad de salvar a una persona «ciega» del tropiezo. Con una base similar, Maimónides prohíbe la venta de armamento a ladrones o pueblos en guerra.

El Talmud da más ejemplos de personas culpables de poner un obstáculo delante del ciego:

- Un padre que ataca físicamente a su hijo adulto posiblemente le induce a tomar «a ciegas» el desquite y hacer algo reprehensible (*Moed Qatán* 17a).
- Una persona que sirve como escriba para una transacción ilegal es cómplice en el crimen. Su «capacidad de poner obstáculos» es permitir que el «ciego» lleve adelante su asunto (*Baba Metsiá* 75b).
- Alguien que presta dinero sin testigos o sin un contrato viola la prohibición de poner un obstáculo delante de un ciego (*Baba Metsiá* 75a).

De este modo, vemos que nuestra falta de cuidado puede no sólo causarnos pérdidas monetarias a nosotros mismos, sino también inducir a otros a cometer crímenes que les costarán caro. Mientras este mundo permanezca irredento, es importante redactar los contratos con mucho cuidado, con especial atención a cada detalle, no porque sospechemos o seamos mezquinos, sino para frenar los malos impulsos que están presentes en todos los seres humanos. Un refrán yídish nos advierte: «Si no piensas en la ley, acabarás enredado en ella».

Los contratos son un tema muy importante en las transacciones. Los buenos contratos son esenciales para la mejora del mercado y todo contrato mal redactado en la vida genera desastrosos costes en forma de anti-riqueza, robo, pérdida de tiempo y conflicto. Además, tales contratos tienen gran influencia en los mundos superiores del sustento, donde empobrecen nuestros tesoros y méritos.

### **Robo de reputación**

De otro texto bíblico —«No andes difamando entre los tuyos» (Levítico 19:16)—, los rabinos también identifican un tipo de robo. Con frecuencia, dañamos el mercado con la información que difundimos.

Nos estamos refiriendo aquí no a la calumnia (*motsí shem ra*), que sería «malversación», ni a la «retención». Estamos hablando de la expansión de información verdadera que puede ser desfavorable (*lashon ha-ra*, «mala lengua»). Maimónides comenta sobre esto:

Uno que habla de forma mezquina de otro es uno que se sienta y dice: «Esto es lo que hizo, esto es lo que sus padres hicieron y esto es lo que yo he oído de él...». Esto puede ser lo que el salmista tenía en mente cuando dijo: «Corte el Señor los labios que no descansan y la lengua que habla con arrogancia» (Salmos 12:4).

Nuestros sabios dicen que hablar maliciosamente de otros es el peor de los crímenes y equivalente a renunciar a Dios. Una lengua mala hiere a tres personas: al que habla, de quien se habla y a quien escucha; al que escucha más que al que habla.

El gran problema de la mala lengua es que menosprecia de forma indiscriminada. La persona que escucha el rumor no conoce los límites de la realidad insinuada por los hechos que se le cuentan. El mismo tono de voz utilizado puede provocar un gran daño innecesario en los muchos mundos del sustento.

Un ejemplo concreto es el caso de un pequeño acreedor que, aunque consciente del alcance de su acto, pide el juicio hipotecario de una compañía. En respuesta a los rumores, los otros acreedores, especialmente los más grandes, también lo solicitan. La compañía pierde su credibilidad y tiene que cerrar. La actitud del pequeño acreedor puede haber robado a la compañía la posibilidad de recuperarse. A cambio de la cantidad que se le debía, este acreedor asume la responsabilidad de cientos de trabajadores que se quedan sin trabajo y muchos años de trabajo se van al traste, y él atrae el enfado y el resentimiento de muchas personas. Estos costos en otros mundos son meramente indemnizaciones que debe pagar para compensar su robo de fama.

El habla, entonces, es una transacción, en la que se toman decisiones y se deciden destinos, y la responsabilidad por falta de cuidado o habla maledicente recae sobre cualquiera que extienda la información y cualquiera que la escuche.

Esta clase de habla contamina el ambiente y destruye el mercado. Su potencial de destrucción es tan grande que se clasifica bajo el mandamiento «No prostituirás la Tierra» (derivado de Levítico 19:29). La mala lengua puede compararse a las armas nucleares; su fuerza destructiva se extiende en una poderosa reacción en cadena y permanece en el aire durante mucho tiempo, matando lentamente las posibilidades de riqueza en el mercado.

### ***Tsedaqá*: el antídoto contra el robo**

La palabra española *caridad* se utiliza para traducir el concepto judío de *tsedaqá*. Sin embargo, la naturaleza de la *tsedaqá* no está relacionada con el significado literal de caridad, que viene del latín *caritas*, «amor». El significado judío se asocia con el mercado y debe traducirse literalmente como «justicia» (*tsédeq*) o, si se me permite un neologismo, el acto de «justiciamiento».

La *tsedaqá* es un tema clave en la tradición judía. Mientras que el cristianismo hace hincapié en el amor como lo más alto al establecer una era mesiánica, el Judaísmo enfatiza la justicia. Cuando amamos a nuestro vecino, lo hacemos comprendiendo lo que es justo. Según el judaísmo, si las personas entendieran que todas las interacciones se tasan proporcionalmente a nuestros diversos niveles de interdependencia, la era mesiánica sería una realidad.

Esta corresponsabilidad que todos compartimos pide que nuestra vida del día a día se llene con «ajustes de justicia», *tsedaqá*. De la misma manera que el amor no es sólo ternura, sino también reconocer las necesidades del compañero, la *tsedaqá* no es sólo la justicia, sino una donación de uno mismo en todos los niveles, de individuo a individuo, a otras especies y al ambiente.

La *tsedaqá* es de una importancia fantástica para el mercado. Es uno de sus operadores inteligentes, que traduce nuestras actitudes en un deseo de «enriquecimiento del cosmos» y es una herramienta fundamental para prevenir el despilfarro. Un comentario *jasídico* dice: «Cuando la carga a lomos de un camello se inclina y empieza a caer, sólo se necesita una persona para volver a ponerla en su sitio, pero si cae toda la carga al suelo, ni siquiera cuatro o cinco hombres pueden agarrarla y reponerla. Lo mismo sucede con la *tsedaqá*; un poco hoy conseguirá lo que mucho mañana no será capaz de hacer».

El judaísmo dice que todas las clases de riqueza están interconectadas y, si la riqueza no busca disminuir la pobreza, entonces por definición, se empobrece. No puede haber neutralidad en la pobreza. En este universo, hay tanto riquezas en alza como en baja. Lo veremos con detalle más adelante. En primer lugar, quiero señalar dos tipos de empobrecimiento que se dan cuando ignoramos la *tsedaqá*.

Uno: existen interconexiones *sutiles* que pueden generar empobrecimiento. El rabino de Chelm —la ciudad de los lentos de entendederas, cuyos habitantes, a su peculiar manera, terminaron expresando mucha sabiduría— reprochó a cierto hombre rico que fuera «irresponsable» con el pobre. Le dijo: «Leemos en el Deuteronomio [15:11]: *Nunca faltarán pobres en la Tierra*. De ello podemos concluir que si dejas morir al pobre de hambre, alguno de vosotros tendrá que ser pobre para tomar su lugar y justificar las palabras de Dios». El rabino estaba intentando establecer que existe una red de vasos comunicantes entre las varias clases de riqueza. Continúa diciendo, intentando con habilidad conseguir la cooperación de los ricos, que es necesario, para el mantenimiento de su propia riqueza que asuman responsabilidad por los pobres.

Dos: existen interconexiones concretas que pueden generar empobrecimiento. El rabí de Mezibuzh comentó sobre el versículo *El justo come hasta que sacia su apetito, pero el vientre de los malos todavía está hambriento* (Proverbios 13:25): «Esto se refiere a un invitado que llega a la casa de una persona justa o malvada. La persona justa invita al

huésped a comer y él también come, incluso si ya lo ha hecho, para no poner a su invitado en una situación embarazosa. El malvado, por el contrario, aunque esté hambriento, soporta los retortijones en lugar de participar en la comida con el huésped». Mucha de la riqueza existente no nos es accesible por causa de nuestra falta de voluntad de compartir y este no querer genera situaciones que van de lo embarazoso a la violencia y termina privando a la riqueza de una vida mejor, porque se evitan las responsabilidades asignadas. Terminarán compartiendo el banquete, pero no disfrutándolo. Los justos, por otra parte, incluso aunque estén ya satisfechos, tendrán placer por el simple acto de compartir.

Podríamos decir, basados en el principio «no pondrás obstáculos delante de un ciego», que los que no cumplen con sus responsabilidades de *tsedaqá* están incrementando el número de personas «ciegas» en el mundo. Si hay más personas «ciegas» en el mundo, muchas más situaciones se convertirán en obstáculos y habrá mucha menos libertad. La riqueza sin *tsedaqá* empobrece el mercado y reduce sus niveles de libertad.

La *tsedaqá* es otro ejemplo de «cómo hacerse rico mientras se tiene menos».

### **La técnica de la *tsedaqá***

La *tsedaqá* no es sólo un concepto, es también una práctica y una técnica. Como un arte, no puede practicarse de manera literal. Es decir, la *tsedaqá* no significa mecánicamente apartar un porcentaje de su beneficio para donaciones al final del año fiscal. Requiere, por encima de todo, implicación, creatividad y sabiduría.

La dinámica de la *tsedaqá* está relacionada con la *gratitud*, que puede definirse como una medida de nuestra capacidad de retirar riqueza de otros mundos. La gratitud es una expresión de cómo están interconectadas las riquezas de los diferentes mundos para un individuo, de modo que, sin importar lo pobre que alguien pueda parecer en un mundo, siempre hay riquezas para ser transferidas de la cuenta de otro mundo. En ese sentido, podemos ver la gratitud como un camino que, pasando por la ecología y el bienestar, lleva al sustento. Cuando nos damos cuenta de los profundos niveles de felicidad que extraemos de la salud, las oportunidades y los intercambios, tendemos a ir constantemente hacia la *tsedaqá*.

La *tsedaqá* debería ser una práctica cotidiana, llevada a cabo con gracia y sabiduría. Debería ser uno de los bienes más deseables a la venta en el enorme supermercado de la existencia. Hay pocos placeres que iguallen el de la *tsedaqá* cuando se realiza bien, concretamente, cuando es el producto de la espontaneidad y la sinceridad como opuestos a la demanda social. Los que practican y aplican la *tsedaqá* se verán reducidos a actos involuntarios que son una gran fuente de alegría y sorpresa. Estos actos revelan un Yo interior que se hace mejor, más rico y más capaz de disfrutar de los distintos mundos.

Pero, ¿qué consideraríamos *tsedaqá* cotidiana?

Intente medir, en su sensibilidad de percibir los flujos de sustento, cuánta gratitud le proporciona cada ganancia personal. Esta medida de gratitud es la que debería utilizar para tasar sus ganancias y, cuanto más cuidadosamente estén tasadas estas ganancias, mejor vida proporcionarán.

Si usted es bendecido con ganancias que exceden sus expectativas y sus esfuerzos son sorprendentemente inferiores a lo que usted acostumbra a realizar para obtener tal tipo de resultado, debería alegrarse tasando este provecho con mucha *tsedaqá*.

El hecho de perder un objeto y encontrarlo de nuevo, también recibe el nombre de *tsedaqá*. Durante unos momentos ya no posee esa pertenencia y se da cuenta de lo efímera que es la propiedad. Cuando este objeto le retorne, intente hacer un movimiento hacia la *tsedaqá*, donando parte de su ganancia. Cuando perdemos algo, entendemos, no sólo el coste de las cosas, sino el valor implícito de la propiedad. Ésta es la gratitud de la

que hablo, tomar conciencia del valor que algo o alguien tiene para nosotros. Cuando perdemos la salud y después la recuperamos, también debería haber cierta *tsedaqá* implicada. Por supuesto, no necesitamos perder nada para estar agradecidos por lo que tenemos. De hecho, la verdadera esencia de la *tsedaqá* es ser capaz de valorarnos más cuidadosamente cuando estamos bien y con buena salud. Sin embargo, sabemos que forma parte del proceso de aprendizaje para ser un constante practicante de la *tsedaqá*, para probar nuestro entrenamiento en situaciones que hablan de nuestras verdaderas posesiones, su vulnerabilidad y el regalo que representan.

Aprovechar las ventajas de las oportunidades de la *tsedaqá* que ofrece la vida es un arte accesible sólo a los que son más sensibles a los mecanismos de la vida. La *tsedaqá* hay que verla como una oportunidad genuina, como en la siguiente historia.

La mujer del rabino de Ropshitzer le dijo a su esposo: «Tu sermón fue largo hoy. Me pregunto cómo lo recibieron y si el rico será más generoso en sus contribuciones al pobre».

El rabino respondió: «La mitad de la audiencia estaba complacida. ¡Los pobres han estado de acuerdo en aceptar las contribuciones!».

Para el rabino de Ropshitz, la misma oportunidad para la *tsedaqá* es una bendición. Según él, alguien que es realmente rico y sabe cómo disfrutar de todas las posibilidades del mercado está agradecido incluso por la oportunidad de ser un agente de la *tsedaqá*.

De esto concluimos que es un gran regalo y una ventaja tener la oportunidad de practicar la *tsedaqá*. Cuando llega el momento en que nos damos cuenta de esto, es señal de que hemos roto una de las limitaciones (*kelipot*) que hacen que no disfrutemos al máximo de los mundos del sustento.

### **Terapia de la *tsedaqá***

Hay veces en que un rabino mirará a alguien a los ojos, como un doctor o psicoterapeuta, y diagnosticará una deficiencia de *tsedaqá*. Esta dolencia conlleva una disminución de la resistencia a la pérdida, una corrosión de nuestras líneas de comunicación con el mundo y la peor clase de enfermedad, un pobre autoconocimiento.

El fenómeno del bienestar y la felicidad puede dividirse en estructuras mínimas (quantum o grado de felicidad), que surgen de nuestra capacidad de mantenernos al corriente con nosotros mismos. Cuanto más nos conocemos y comprendemos, más fácil nos resulta encontrar nuestro camino en la vida. De una manera muy parecida como alguien que tiene sus deudas bajo control y conoce sus obligaciones financieras en el futuro próximo duerme con facilidad, uno que se conoce razonablemente bien se despierta bien.

Por increíble que esto pueda parecer, no estar al día con nuestra *tsedaqá* es uno de los problemas que más consume nuestra vitalidad. Después de todo, la *tsedaqá* es uno de los pocos elementos de los que disponemos para producir significado y objetividad en nuestras vidas. Y demasiado apego o una vida llevada como si fuera una partida de póquer, en la que no compartimos con nuestros compañeros, es una fuente de gran tensión y penuria. Si miramos con detalle, la manera en que tratamos con la *tsedaqá* puede revelarnos tendencias, síntomas y desviaciones, y aquí es donde la *tsedaqá* puede ser diagnóstica y terapéutica al mismo tiempo; es un rayo X cabalístico del corriente «estado de intercambio», que revela la magia de la vida en un momento dado.

Si vemos la *tsedaqá* como una herramienta para el auto-conocimiento, aprendemos a valorarla. Se convierte en un nuevo parámetro, una medida de quiénes somos, y quiénes somos en la *tsedaqá* es exactamente quiénes somos en la realidad. Cuando empezamos a comprender el verdadero significado de la *tsedaqá*, aprendemos a sentir y aceptar nuestras propias limitaciones.

¡Qué difícil es dar! No quiero decir dar en situaciones en las que el radio del ciclo de

retorno es pequeño, sino dar cuando aparentemente no hay ningún tipo de recompensa. No es el «dar» que vemos como una excusa para hacer en público, para obtener aprobación, respeto o deferencia, sino la donación dolorosa de la que no hay más testigo que nosotros mismos. En esta donación, valoramos nuestra individualidad lo suficiente para ser sinceros con nosotros mismos y nuestros instintos más profundos.

Es importante reflexionar sobre la *tsedaqá*, hacerla más real y no permitirle que degenera en una relación paternalista con el mundo. Una actitud paternalista provoca fácilmente un desprecio de la *tsedaqá* como un mero resto de un pasado sencillo en que las personas sabían poco de ellas mismas. Nuestra actitud debe ser el exacto opuesto, ya que la *tsedaqá* es un precioso legado producido por la sensibilidad de los que entienden la vida en toda profundidad. Si todavía tiene problemas para comprender la importancia de la *tsedaqá* cabalísticamente, puede probar con un ejercicio de «jerarquía» sobre los distintos poderes de este mundo, como hizo rabí Yehudá:

La piedra es dura, pero el hierro la corta.

El hierro es consistente, pero el fuego lo funde.

El fuego es poderoso, pero el agua lo extingue.

El agua es pesada, pero las nubes la llevan.

Las nubes son fuertes, pero el viento las dispersa.

El viento es fuerte, pero el cuerpo lo resiste.

El cuerpo es fuerte, pero el temor lo destruye.

El temor es fuerte, pero el vino lo aparta.

El vino es fuerte, pero el sueño lo domina.

La muerte es más poderosa que ellos, pero la *tsedaqá* redime la muerte.

(*Midrash Tanjuma*)

La afirmación «la *tsedaqá* redime la muerte» puede entenderse referida tanto a la muerte real como al temor y angustia asociadas a la muerte. Rabí Yehudá hace cuidadosas analogías para que no tomemos sus palabras literalmente. Si miramos con atención, veremos que las calificaciones de «fuerte» y «poderoso» se refieren a seres humanos. El orden adquiere un punto de vista humano sobre el «poder». A través de nuestra percepción humana, se nos anima a analizarla. Este orden está dispuesto a propósito por rabí Yehudá para incrementar en fuerza y disminuir en concreción, hacia ejemplos más abstractos y conceptuales.

Primero menciona los elementos más concretos de nuestra imaginación humana de la fuerza: la piedra y el hierro. Luego vamos a elementos más abstractos, pero todavía concretos: las nubes y el viento. Desde este punto en adelante, rabí Yehudá se sumerge en el cuerpo y descubre un camino al mundo interior, donde la fuerza se relaciona con nuestra habilidad de afrontar la vida en medio de nuestros temores. El siguiente enlace de la cadena nos cuenta cómo sobreponernos al temor a través de algo más poderoso: el placer. El vino y el sueño pueden controlar el temor cuando estamos en posición de controlarlos, cuando estamos sanos. La importancia y el gran poder de los seres humanos emerge de las dificultades por las que pasamos al intentar afrontar la vida, no sólo en un momento dado, sino en sus más profundas cuestiones de angustia y soledad. La palabra utilizada por rabí Yehudá es «muerte», la angustia de la muerte. La superación sólo es posible por medio de un poder más abstracto, más conceptual que la misma muerte. Este poder es la *tsedaqá*. Sublime y profundamente arraigada en el alma, es la culminación de la sofisticación humana, nuestra herramienta más poderosa.

Hasta cierto punto, lo que rabí Yehudá nos está diciendo es que más allá de la «muerte», más allá del concepto de muerte, está el concepto de vida, de significado y de intercambio. Sin embargo, debemos ser cuidadosos cuando utilizamos un término técnico como *tsedaqá* en contraste con otro, no menos técnico, como la palabra muerte

cuando es empleada por rabí Yehudá. La muerte es una abstracción (aunque a veces parece todo demasiado concreto) de no intercambio, justo como la *tsedaqá* es una abstracción concreta de intercambio.

Cualquiera que entienda esto y reserve un tiempo para la *tsedaqá* es un maestro de la vida. Va más allá de sus limitaciones, disipa la angustia y recibe terapia. Es la clase de terapia a la que debemos someternos constantemente para pasar de quien éramos hace un momento a quien somos ahora; una transformación necesaria que es imposible si excluimos los elementos del bolsillo y un equilibrio en la dimensión de la *tsedaqá*.

### **La *tsedaqá* como negocio**

Cuando verdaderamente entendemos el valor de la *tsedaqá*, la reconocemos como una clase de riqueza. Puede acumularse, negociarse y debería perseguirse con el mismo celo que dedicamos a cualquier transacción comercial que nos interesa.

Si esto parece difícil, déjenme llamar su atención sobre dos ejemplos rabínicos. El primero implica que la *tsedaqá* está gobernada por leyes similares a las de cualquier otra negociación y que, de una manera muy indirecta, casi imperceptible, la *tsedaqá* es un medio de sustento para la persona que la practica. Las leyes del mercado y el cuidado que dedicamos a nuestros negocios deberían aplicarse también a nuestra *tsedaqá*. Esto es lo que reb Shmelke nos muestra en la siguiente historia.

Una vez reb Shmelke se encontró sin dinero en el bolsillo para dar a un mendigo, de modo que fue al cajón de su mujer, sacó un anillo y se lo dio al hombre. Cuando su esposa llegó a casa y descubrió que el anillo había desaparecido, empezó a llorar. Cuando reb Shmelke le explicó lo que había sucedido, ella le pidió que corriera tras el pobre, ya que el anillo valía más de cincuenta talentos.

Corriendo desesperadamente, el rabino consiguió alcanzar al mendigo. Agarró al hombre y le dijo: «Acabo de descubrir que el anillo que te di vale más de cincuenta talentos. ¡No dejes que nadie te engañe aceptando menos!».

La historia nos mantiene en una dimensión material hasta el mismo final, cuando nos damos cuenta de que reb Shmelke vivía totalmente en otra dimensión del mundo del dinero. En esta dimensión, sólo pudo interpretar la preocupación de su esposa como un deseo de que el pobre no fuera engañado respecto al valor de su *tsedaqá*. Este puede parecer un final sorprendente, pero si lo lee con una comprensión del mundo del sustento, todo tiene sentido de principio a fin.

Otro ejemplo es el de rabí Eliezer, quien, basándose en su comprensión del sustento, perseguía las oportunidades de *tsedaqá* como un voraz hombre de negocios.

Los que querían limosna solían esconderse de reb Eliezer, porque con frecuencia les daba todo lo que tenía. Una vez, fue al mercado a comprar un vestido de novia para su hija y, cuando los que pedían limosna le vieron llegar, intentaron salir corriendo, pero los vio primero y los siguió. Cuando los encontró les imploró: «Decidme, ¿qué tenéis hoy para la *tsedaqá*? ¿Para qué causa estáis recogiendo?». Ellos respondieron: «Estamos recogiendo fondos para comprar un vestido de novia para una chica pobre que está a punto de casarse». Reb Eliezer pensó para sí, «Esta chica tiene prioridad sobre mi hija», y donó todo lo que tenía, quedándose sólo con un *zuz*". Con este *zuz*, compró un puñado de trigo, que puso en una habitación de la casa.

Cuando su esposa llegó a casa, le preguntó a su hija: «¿Qué te ha traído tu padre?». La hija respondió: «Lo que sea, está ahí, en esa habitación». La madre fue a la habitación y no pudo abrir la puerta porque había trigo amontonado hasta el techo.

Cuando llegó a casa, a reb Eliezer se le acercó la mujer, quien dijo: «Ven a ver lo que el Creador ha hecho por ti». Cuando reb Eliezer vio lo que había sucedido, dijo: «Este trigo debe ser distribuido entre los pobres y sólo debemos quedarnos con una porción equivalente a la de las personas que no tienen dinero para comprar un vestido de novia

para sus hijas».

El elemento principal de esta historia no es la recompensa milagrosa, sino la actitud constantemente coherente de reb Eliezer; coherente, es decir, para alguien que comprenda la realidad de una manera específica. Al principio, vemos que los captadores de caridad se esconden de él como si fueran la misma fuente de su negocio y sustento. Y así es exactamente como reb Eliezer los ve; como oportunidades de sustento. Sus propios términos, cuando los encuentra, nos hacen creer que realmente está dando una vuelta por el mercado en busca de oportunidades: «¿Qué tenéis hoy para la *tsedaqá*?». Incluso el escenario de la historia, el mercado, sugiere el ámbito de nuestro mercado y sus posibilidades. Después de todo, ¿cuántos de nosotros vamos de compras para buscar oportunidades como hace reb Eliezer?

Incluso el final aparentemente dogmático, en el que sólo se queda con el equivalente del vestido, es otra demostración de que habita en un mundo paralelo. Reb Eliezer va al mercado para comprar un vestido de novia para su hija y deja nuestro mercado con un vestido: no con un vestido material, sino con su dinero completamente destilado. Ahora es un dinero responsable que finalmente puede comprar un verdadero vestido. Sin embargo, podemos preguntar: ¿No tenía ya el dinero reb Eliezer? ¿Y quién dijo que el dinero era limpio? Reb Eliezer lo dijo. Reb Eliezer se dio cuenta de que comprar un vestido para su hija cuando otros no podían le implicaba en cierta manera. Por encima de todo, él no es pasivo y no es un estúpido que tira el dinero, como puede parecer a primera vista. Se queda con el *zuz*, que es el enlace financiero entre el dinero no responsable y el dinero que ha sido evaluado con responsabilidad.

Si aún se pregunta si, en caso de intentarlo, su trigo también se multiplicará, recuerde: la actitud de reb Eliezer como ser humano es más increíble y milagrosa que la verdadera multiplicación del trigo. Quizá nuestra historia utiliza este símbolo de «trigo multiplicado» para señalar las increíbles posibilidades que se nos abrirían si nos desarmáramos y camináramos por el mercado con la voracidad de reb Eliezer. Por supuesto, debemos recordar que voracidad no significa producir sólo cualquier tipo de transacción con nuestro capital, sino, más bien, transacciones *responsables*.

Estas son demostraciones incuestionables de la riqueza derivada de tener —temporal y aparentemente— menos. Son visiones sobre el sustento en las que el radio del ciclo de retorno es largo, ecológico, incluso.

## 5

### Riqueza incrementada por tener menos

#### Ecología y justicia

Los rabinos entienden la ecología como una parte de la dimensión de la *tsedaqá*. No es caridad, sino una inversión en justicia. Intentemos pensar en estas dos palabras juntas: justicia y ecología. ¿Qué es justo? Mejor todavía, ¿cómo puede reb Eliezer saber que un vestido de novia para una chica pobre tiene preferencia sobre el de su hija? Si su comportamiento fuera el resultado del sentimentalismo, la moralidad o la decisión de un *shlemiel* (simplón), reb Eliezer estaría pervirtiendo el mercado. En consecuencia, es de extrema importancia que reb Eliezer sepa qué es justo. Si su elección no es justa, si no es la medida apropiada, confundirá más el mercado. Simplemente se convierte en un pobre incapaz de dar a su hija un vestido de novia, imponiendo así a los recogedores dos tareas: proporcionar un vestido a una chica pobre y otro a la hija de reb Eliezer. Esto destruye el mercado por la insensata premisa de que «lo que es mío es tuyo y lo que es tuyo es mío».

La Mishná (código oral de leyes) alude al significado de propiedad y justicia ejemplificando cuatro tipos de actitudes:

Los que dicen «lo que es mío es mío y lo que es tuyo es tuyo», son como los habitantes de Sodoma y Gomorra.

Los que dicen «lo que es mío es tuyo y lo que es tuyo es mío también», son insensatos.

Los que dicen «lo que es mío es tuyo y lo que es tuyo es tuyo también», son los justos.

Y los que dicen «lo que es mío es mío y lo que es tuyo es mío también» son los malvados.

Descodifiquemos lo que se está diciendo aquí. «Lo que es mío es tuyo y lo que es tuyo es mío» y «lo que es mío es mío y lo que es tuyo es mío también» son claramente el comportamiento del insensato y el malvado. El primero es similar a la proposición por la que «es mejor no hacer nada que transformar algo en nada» y el segundo es un caso típico de absoluta codicia. Las otras dos actitudes requieren más reflexión porque entre estas dos longitudes de onda oscilan nuestras tendencias humanas.

La posición que parecería neutral («lo que es mío es mío y lo que es tuyo es tuyo») se dice que es similar al comportamiento de las comunidades corruptas de Sodoma y Gomorra. Esta idea deriva de la premisa rabínica de que no podemos separarnos de nuestra comunidad, ya que la vida transcurre en relaciones y entre personas o, como en la actualidad hemos llegado a creer, en nuestras interacciones con todas las cosas vivas, incluyendo plantas y animales. El aislamiento es una ilusión responsable de mucha de la inestabilidad individual y colectiva. El pragmatismo de «lo que es mío es mío y lo que es tuyo es tuyo» es una gran amenaza ecológica porque tiende a crear sociedades o redes de vida que son cancerosas y autodestructivas. Para los rabinos, la filosofía de «Sodoma y Gomorra» es simbólica de algo que se desvía muy imperceptiblemente de su camino y con el tiempo provoca su propia extinción. Así pues, Dios programa su creación, dejando en ella el software autodestructivo necesario para evitar que vaya contra sus órdenes básicas. La interdependencia del sustento y supervivencia es mucho más amplia que el simple «lo que es mío es mío y lo que es tuyo es tuyo». Es una red ecológica que abarca órbitas de retorno de diferentes magnitudes.

El comportamiento del justo también parece insensato si consideramos que, justo o no, debe sobrevivir y ganarse la vida. Si es cierto que, «lo que es mío es tuyo y lo que es tuyo es tuyo también», el justo pronto se morirá de hambre y de frío. La Mishná no tiene por objetivo ignorar las órbitas de retorno más inmediatas como parte de la vida. Esto sería absurdo. Sólo desea aumentar nuestra conciencia de *hospitalidad*; la comprensión de que somos huéspedes de Dios. Somos huéspedes en una inmensa e intrincada telaraña en la que la más sofisticada forma de conciencia vive según la norma «lo que es mío no es mío y lo que es tuyo es tuyo».

Por más paradójico e injusto que pueda parecer, «lo que es mío no es mío» muestra una buena voluntad de compartir todas las riquezas de estos mundos sin aferrarse a la pobreza de lo que se nos ofrece en pequeños ciclos de retorno; y «lo que es tuyo es tuyo» es un requisito para cualquier clase de recompensa.

Es como si estuviéramos hablando de esfuerzos en oposición a direcciones que se complementan una al otro. Individualmente, debemos progresar hacia la separación de nosotros mismos de la idea de propiedad en su forma más concreta y material y, cuando tratamos con otros, debemos progresar hacia el reconocimiento, de forma incondicional, del derecho de propiedad en su forma más realista, concreta. Cuando alcanzamos estos objetivos, somos realmente ricos.

El ecologista, como el buen huésped, se deshace del peso y de los límites de «tener» diciendo que «lo que es mío es tuyo y lo que es tuyo es tuyo también». Al tener menos, realmente tiene más.

Aunque todo esto tenga sentido y estemos satisfechos con ello, no debemos olvidar que la comprensión es sólo un paso infinitesimal hacia transformarnos en lo que entendemos. Una vez más, llegamos a la pregunta: ¿cómo podemos ser justos? ¿No es la justicia la suma de todas las situaciones, causas y cosas implicadas a corto, medio y largo plazo? Una vez que entendemos esto, ya no necesitamos estar paralizados. Podemos estar seguros de la gran responsabilidad que compartimos por lo que vemos a través de la luz de nuestra consciencia. No importa lo ciegos que seamos en conjunto, no estamos liberados de la responsabilidad de estar comprendiendo. En otras palabras, la justicia, para los seres humanos, está haciéndose progresivamente más compleja. Y eso es bueno. Este mundo es, para los seres humanos conscientes, un mundo de sistemas de sustento siempre más intrincados. Nuestro sentimiento de familia es más grande y amplio, y nuestra percepción de la hospitalidad es también más aguda.

Existe una norma en la hospitalidad: cuanto más respeta el huésped a su anfitrión, mayor el placer que a éste le proporciona ofrecer su casa, incluso prodigándole a su huésped más atención de la que normalmente ofrecería. Como menos respeto haya, más corta será la estancia. Un buen huésped es un ejemplo de poseer menos (aunque lo que es tuyo es tuyo) y así tener más.

### Aprendizaje y ecología

En el primer capítulo, vimos que el aprendizaje o estudio es considerado en la tradición judía, el único antídoto al tiempo desperdiciado. Colectivamente, nuestros estudios son una manifestación ecológica. El profesor Ismar Schorsch, rector del *Jezeish Theological Seminary* de Nueva York, explica en un brillante artículo titulado «Learning to Live with Less» («Aprender a vivir con menos») que el objetivo del estudio no es determinar lo que las personas deberían hacer con su tiempo, sino lo que deberían hacer con su tiempo *libre*. De acuerdo con él, *la tradición nos invita a cultivar la vida interior de tal manera que sirve de contrapeso a las tensiones y seducciones de la prosperidad y la opresión*. El tiempo libre que fracasa en generar sustento real, que no se utiliza con cariño para nuestro vecino o para el ocio, multiplica nuestras necesidades y acumula riquezas de otros mundos en esta dimensión.

El consumismo es una gran fuente de nuestros problemas ecológicos. Nos engañamos al pensar que necesitamos poseer más para tener más. Esta búsqueda de equilibrio en los diferentes mundos, y no sólo en el mundo concreto y material, está directamente relacionada con el estudio. Para los rabinos, «estudiar» es una terminología de sustento muy específica que significa inversión y enriquecimiento en otros mundos. Saber cómo estudiar es ecológico; quiere decir saber cómo extraer de nuestra conciencia, que constantemente busca dominar y conquistar (teniéndonos así atrapados en el mercado material), los caminos que llevan a dimensiones de sustento superiores.

### Regalos y propinas

Quien da, enfría el fuego de la ambición por la riqueza.

#### *Refrán yídish*

Lo que hemos visto hasta el momento sobre la riqueza que se incrementa teniendo menos es que evitar la obsesión de hacerse rico es también una clase de verdadera riqueza. No es sólo que esta obsesión haga nuestro acceso a la riqueza más difícil, sino que, como dice el Talmud: «Quien busca tesoros acelera su muerte».

Deberíamos estar constantemente controlando nuestros niveles de ambición. Advertimos antes que la *tsedaqá* y el estudio son, en sí mismas, formas de riqueza y opciones que están abiertas a nosotros cuando estamos intentando transformar «menos» en «más». Podemos extender este concepto a las relaciones que son más ligeras, aunque no menos cotidianas, como las que implican regalos y propinas.

Los presentes y propinas son importantes antídotos contra la obsesión con la riqueza,

enfrian el fuego de la ambición. ¿Ha tenido alguna vez el gran placer de hacer un regalo cuyo coste habría sido suficiente para comprarse algo que quería? Nada podría superar el sentimiento experimentado por este tipo de donación. Lo mismo, aplica a una buena propina. ¿Cuántas veces hemos dudado antes de pagar una cuenta o de devolver algo a alguien que ha sido de inestimable utilidad para nosotros y nos hemos enfrentado al dilema, «¿debo irme con más en el bolsillo o dejar el cambio en la mesa?». ¿Cuántas veces hemos experimentado en la propina artísticamente dada un sentimiento de haber dado a nuestro dinero un valor que nunca podríamos haber obtenido comprando algo? Esto nos da una idea de la buena inversión que pueden ser las propinas y los regalos. Cuando nos enfrentamos al dilema «dar o no dar», es porque hemos alcanzado los límites de nuestro bolsillo y es en el bolsillo que la *tsedaqá*, el tiempo asignado al estudio, regalos y propinas se deciden.

### **Menos es más**

Los bolsillos son cuadrangulares en forma, oscuros, constantemente invadidos y penetrados, y dan lugar a decisiones que se traducen en vida o muerte. El momento del bolsillo es la frontera de una transacción, cuando realmente demostramos cómo vemos el mundo y cuánto vemos de él. Con una mano metida en el bolsillo, estamos solos, cara a cara con nuestro Yo; es un momento comparable sólo al instante en que nos enfrentamos al refrigerador abierto durante una dieta. ¿*Quién es usted?* La respuesta llegará de su bolsillo.

Nuestras racionalizaciones, nuestra propia imagen, las imágenes que proyectamos sobre los demás: todo esto es puesto en tela de juicio por el bolsillo. El bolsillo nos desmascara ante los demás y ante nosotros mismos, revelando dónde estamos y cuánto vemos.

Extendamos nuestra imaginación aún más considerando las siguientes situaciones:

*Situación 1 (tsedaqá)*. Está en el coche esperando en un semáforo, ensimismado, cuando se da cuenta de que un mendigo se le acerca. Sus palabras articuladas en la ventana le transportan al reino del bolsillo y le ponen en un apuro. Se le ocurren algunas preguntas: dar o no dar; ayudar o no ayudar; vergüenza; invasión de privacidad; temor a ser engañado; culpabilidad; empatía; fantasías de que usted es el mendigo; la posibilidad de salvarse de la situación en pocos segundos cuando el semáforo se ponga verde; la sensación de estar allí clavado para siempre. El corazón se convierte en su bolsillo y el bolsillo debe responder por usted. Usted *es* su bolsillo y debe pronunciar el veredicto. Ya nada es neutral, porque se encuentra «en una transacción». Ahora inevitablemente, cae en una de las cuatro actitudes que la Mishná sugiere como posibles formas de responder a la transacción, como está descrito al principio de este capítulo, usted es «nada», *insensato, justo o malvado*.

*Situación 2 (regalo)*. Tiene la oportunidad de hacer un regalo, un presente espontáneo que no implica retorno o pago. Sería un presente que expresara afecto más allá de cualquier deber. Tiene el regalo en frente de usted. Es bonito, es perfecto para la persona, pero es caro. En su corazón, sabe que hacer este regalo sería fantástico, pero no hacerlo tampoco dañaría la relación. Piensa para sí: ¿Qué es el dinero? El dinero es mucho y ¿qué pasa si estoy yendo demasiado lejos? ¿Qué pasa si pudiera demostrar el mismo afecto con algo más simbólico? Sin embargo, ¿cómo puede negar el placer de este regalo si ya ha imaginado que era perfecto? Sólo puede salir de esta situación como nada, un insensato, uno que ve o uno que no ve. La diferencia entre comprar el regalo o no es pequeña y depende de un impulso del corazón al bolsillo, y éste es el más largo de los caminos.

*Situación 3 (propina).* Acaba de recibir noticias de que alguien ha creado una oportunidad para usted que promete un considerable provecho extra. Su primer impulso es de total gratitud y piensa en recompensarle en consecuencia. Sin embargo, después de que, pasado un poco de tiempo, coloca sus ganancias en perspectiva frente a sus necesidades inacabables, todo el provecho parece haberse evaporado. La compensación empieza a reducirse en su imaginación y toda clase de racionalizaciones le ayudan a explicar que el esfuerzo era realmente suyo, que la participación de esta persona no era decisiva, etcétera. Sin embargo, todavía no está convencido. Sabe que le gustaría recompensar a la persona, reconociendo el impulso de gratitud y sustento, como le pareció primero, pero no puede. Con una mano en el bolsillo y la otra en el corazón, sabe que está frente a algo muy serio. Si no controla la situación que tiene entre las manos, estará actuando como un nada. Si actúa sin ganas o con recelo, será un insensato. Si usa el poder del bolsillo para considerarse sólo usted mismo y recompensa a esta persona con una fracción menos de lo que se le debe, será un malvado. Y si consigue entregar la cantidad correcta, de corazón, será justo.

Comportándonos como nada, destruimos el mundo. Cuando no adoptamos una postura, creamos situaciones y emociones que son siempre más dañinas. Esta evasión debilita nuestra capacidad de disfrutar y experimentar la donación. El mercado no gana nada con esta actitud. El insensato, por otra parte, se pierde en el sermón moralista dictado por su bolsillo. Intenta justificar sus acciones ante él mismo, aunque en el fondo sabe que es deshonesto y teme ir más profundo. Terminará inclinándose a uno u otro lado. Además, su enfoque no es sincero, sino el resultado de presiones externas o represión interiorizada. El insensato se sentirá tremendamente triste en su decisión en cualquier caso. Sentirá que ha sido tratado de manera muy injusta en la transacción y que ha tratado injustamente a su socio. El mercado no gana nada con esto más que empobrecimiento.

Los malvados son los ganadores en la dimensión material y los mendigos de los otros mundos. Esta es la postura que más tememos cuando el mendigo nos pide dinero. Tememos ser malvados y abandonar la transacción en una situación inversa, como mendigos en otros mundos. Los malvados son antiecológicos y multiplican su riqueza sólo en una dimensión, minimizando la ganancia del mercado. Los malvados están, para el mercado, un paso por encima de los nada y los insensatos. Esto es porque los malvados muestran sus cartas cara arriba. Hacen que su comportamiento sea evidente para todo el mundo. Si actitud permite el cambio y enmiendas porque su pobreza es real y palpable. Los malvados pueden no conocer el camino de salida, pero por lo menos saben dónde están.

Los justos son los maestros del bolsillo. Son «insensatos» que no lo son en absoluto. En otras palabras, consiguen ver en este burbujeante caldero de moralidad/ética/dignidad, aparte de la represión social, un mercado que es real. Como ellos saben el camino, los justos avanzan por tortuosos caminos de valores, desenredándose de los pegajosos tentáculos del prejuicio, destruyendo los obstáculos por sublimación y resistiéndose a la tentación de las recompensas. Los justos se establecen en un territorio desde el que pueden ver cosas con una dosis de ironía.

Y esta ironía les permite una vislumbre de una realidad que lo abarca todo. Su paz mental es diferente a la del insensato, cuya ecuanimidad está falsamente basada en la creencia de que sus abstracciones se revelarán mágicamente para ser recompensas concretas. La paz de los justos deriva de sus pasos firmemente arraigados en la realidad, guiados por una visión y no por un pronóstico. Los justos entienden en qué clase de mercado están; invierten y recuperan sus inversiones.

Hemos visto que los malvados son también un elemento importante, porque exponen el

mercado a la posibilidad de ser determinado y corregido. Podemos aprender mucho de ellos. Baal Shem Tov (también conocido como Besht) hizo un comentario sobre esto basado en la siguiente sentencia de la Mishná: «con relación a las donaciones hay cuatro actitudes: (1) la persona que quiere contribuir, pero no quiere que otras lo hagan; (2) la persona que espera que los otros contribuyan, pero él no quiere hacerlo; (3) la persona que da y espera que los demás también lo hagan y, (4) la persona que no quiere contribuir y tampoco quiere que los demás lo hagan». Besht dijo:

«El último caso puede parecer inapropiadamente listado conjuntamente con actitudes relacionadas con la donación, ya que no resulta en ninguna forma de contribución. Si esto es así, habría sólo tres posibles actitudes. ¿Por qué, entonces, tenemos cuatro? La luz no es conocida porque hay oscuridad; el conocimiento, porque hay ignorancia; la justicia, porque hay perversidad; el placer, porque hay dolor; el recuerdo porque hay olvido. Una es la silla en la que se sienta otra. De la misma manera, la no caridad es la silla en la que se sientan los generosos».

En cada uno de nosotros, hay un no donante, uno que no recibe de estos otros ciclos de retorno que pueden ayudarnos a aprender.

### **Aprender del ladrón**

Volvamos a la escena en la que tenemos una mano en nuestro bolsillo y hay un mendigo en la ventanilla de nuestro coche. ¿Cuáles son nuestros intereses en esta interacción?

Queremos hacer lo que es correcto y sólo para evitar pérdidas en ciclos de retorno mayores. Queremos salvaguardar y cumplir con quiénes somos en ese momento evitando falsas morales o ideales. No queremos dejar nuestro corazón envuelto en esta situación; queremos experimentarla en conjunto y superarla. Queremos estar ciertos de lo que vemos y de hasta dónde lo vemos, pero el bolsillo está oscuro y estamos tratando con impulsos del mal.

Los impulsos del mal nos rodean por todas partes y son elementos esenciales para modelar nuestras vidas. La tradición judía dice que, si no fuera por el mal impulso (*yétser ha-ra*), todos nos moriríamos de hambre y ningún niño sería concebido. El mal impulso es la materia prima con la que construimos nuestro autoconocimiento. Revela nuestro comportamiento íntimo, que está oculto no sólo al mundo exterior sino también a nosotros. Cuando se habla del mercado y se trata con el bolsillo, utilizamos al ladrón para simbolizar nuestro mal impulso. La inclinación del ladrón es la de robar cosas a la gente. Puede robarle a un mendigo, al mercado o a él mismo. Sin embargo, si ha habido un robo, a medio o largo plazo todo el mundo habrá sido robado.

Esencialmente, hay dos malos impulsos peligrosos: uno que nos impulsa a buscar excusas para nuestro comportamiento (como el insensato) y uno que nos lleva a huir de situaciones (como el nada). Del primer impulso, rabí Shmelke nos dice: «No intentes encontrar falta en un pobre que te pide ayuda como excusa para no ayudarlo. No mires sus faltas, diciendo "este hombre fuerte..., ¿no podría trabajar?, porque si lo haces, Dios mirará tus faltas también y ciertamente encontrará muchas. Recuerda que los errores de la persona que está mendigando tu ayuda ya han sido pagados por medio de su miseria, mientras que los tuyos todavía están contigo».

Ayudar o no ayudar, ésta es todavía una cuestión sin solucionar. Sin embargo, las excusas son falsos caminos que contribuyen a la pobreza y a las pérdidas del mercado.

Respecto al segundo mal impulso —huir o ceder—, aprendemos del rabí de Berdichev, que aprendió de un ladrón:

El rabino de Berdichev viajaba de ciudad en ciudad recaudando fondos para los pobres, pero tenía escaso éxito. Arrepentido del tiempo que había desperdiciado, decidió no implicarse en este tipo de aventura en el futuro. Cuando volvió a casa, vio que un policía estaba azotando a un ladrón que había sido pescado con las manos en la masa. El

rabino pagó la fianza del ladrón y cuando les dejaron libres, le preguntó al ladrón si había aprendido la lección y en adelante no robaría de nuevo. El ladrón respondió inmediatamente: «¿Y qué si fui azotado? Esta vez fui desafortunado, pero la próxima vez las cosas serán distintas».

«Nunca olvidaré esta respuesta», pensó para sí Berdichev. «De la misma manera que no tuve éxito esta vez, estoy seguro de que la próxima vez las cosas serán diferentes».

Berdichev aprende a sacar de la misma motivación de la que saca el mal impulso. De hecho, ésta es la única manera de evitar ceder al impulso, aprendiendo a través de él. El *maguid* («predicador») de Mezeritz decía que deberíamos aprender las siguientes cualidades de un ladrón: (1) si una vez no tiene éxito, nunca abandona; (2) sus compañeros actúan con la mayor camaradería entre ellos; (3) pone su propia vida en peligro para conseguir lo que quiere; (4) lo que gana por sí mismo lo vende por una pequeña recompensa; (5) es paciente en la desgracia, y (6) ama su trabajo por encima de cualquier otro. Perseverancia, fraternidad, coraje, desapego, tolerancia ante la frustración y dedicación son antídotos destilados del propio veneno que daña el mercado.

En un momento de interacción, en cualquier situación en la que haya duda, nunca olvide los ciclos de retorno a medio y largo plazo. Esto es fundamental para evitar los malos impulsos que nos llevan a excusas e indiferencia. Si siente llegar una interacción, cuente hasta tres. Intentar comprender lo que sucede entre usted y su compañero no es sólo una situación privada entre los dos. La historia siguiente lo ilustra mejor.

Un rabino estaba viajando en carroza cuando el cochero se detuvo junto a un campo en el que había varios sacos de trigo apilados junto al camino. El cochero llamó al rabino y le dijo: «Vigile el camino y, si alguien me ve, ¡grite!».

Cuando empezaba a recoger los sacos, oyó gritar al rabino. Lo dejó caer todo y corrió tan rápido como pudo. Unos minutos después miró hacia atrás y no vio a nadie. «¿Por qué me ha mentado, rabino?», preguntó el cochero. «Pero si es cierto, amigo», contestó el rabino. «Grité porque lo estaba viendo alguien... lo estaba viendo Él, que vive en el Cielo y está presente en todas partes».

La Mishná es incluso más precisa y nos da instrucciones paso a paso sobre cómo tratar con nuestros malos impulsos en las interacciones; saber (1) de dónde vienes, (2) dónde vas y (3) a quién debes rendir cuentas. En otras palabras, comprender el mercado en profundidad. Recuerde que en cada uno de estos infinitos ciclos de retorno hay un ojo eterno que lo ve todo, un oído que lo oye todo, y un libro donde todo se registra.

### **El arte de la propiedad**

Una de las maneras más sofisticadas de servir al mercado es por medio de una profunda comprensión del concepto de propiedad. El mercado cósmico es un flujo constante de derechos y propiedad temporal que hace posible la vida. Cualquiera que interfiera en este flujo esencial está creando problemas. Por ejemplo, una persona que menosprecia el apropiado intercambio de comida con su entorno tiene exceso de peso. Retiene en su organismo más de lo que necesita.

En el mundo de la economía, podemos decir que, si ostentamos el poder o la propiedad más de lo que sería natural, estamos enriqueciéndonos en esta dimensión de manera anormal. Al hacer esto, retrasamos el flujo y enfermamos. Tenemos «exceso de peso» en la dimensión materialista y debemos tratar con todos los costes relacionados con ello. Si preservamos la circulación de la propiedad y evitamos poner freno al flujo de sustento, rápidamente encontramos maneras con las que renovar nuestra riqueza. En este sentido, saber cuándo deshacerse de algo y cuándo hacer regalos es una herramienta importante.

Rabí Zalman Schachter-Salomi relata que un sábado, cuando estaba fuera paseando

vestido con el manto de oraciones, se le acercó una persona impresionada por sus colores. La reacción de esta persona fue tan intensa y espontánea que reb Zalman le ofreció el manto como regalo. La persona intentó rechazarlo, pero reb Zalman no la escuchó. No es que pudiera desprenderse con facilidad del manto, sino que había comprendido que esa persona había traspasado los límites del deseo de tal manera que había producido un sutil cambio en el «derecho de propiedad». Reb Zalman podía haberse quedado con el manto, pero no quiso hacerlo; ya no le pertenecía. Mejor todavía, el mayor beneficio que podía sacar de su propiedad en ese momento se lo aportaba ofrecerlo como regalo. Consciente de este momento de transición, reb Zalman maximizó su ganancia respecto al manto; hizo un buen *gesheft*.

Lo que quiero dejar claro es que los justos no simplemente renuncian a sus pertenencias, sino que comprenden cuándo algo que les pertenece representará una ganancia mayor si ya no es suyo. Esto se relaciona con ciclos de radios mayores, donde la visión de los que todavía están retrasados por la propiedad no puede llegar.

Si supiéramos siempre cómo hacer esto, seríamos los mejores inversores. Podríamos deshacernos de nuestras pertenencias cuando fueran más valiosas, más capaces de generar placer y recompensa para nosotros.

Rabí Najmán una vez alojó a un viajero pobre en su casa. Sin embargo, a la mañana siguiente descubrió que su huésped se había marchado, llevándose consigo el abrigo del rabino. Cuando rabí Najmán llegó a la sinagoga, un joven se acercó a él y le dijo: «Rabí, hace unos momentos vi a un hombre que llevaba un abrigo igual al suyo. Al principio, no estuve seguro si el abrigo era el suyo, pero ahora que lo veo sin él, estoy seguro».

«¿Y cómo le sentaba el abrigo?», preguntó el rabino.

«Le sentaba bien», contestó el joven.

«Entonces, dejemos que se lo quede. Es muy pobre y el invierno ha sido duro».

Los que no entienden esto están asustados por ciertas actitudes que son inexplicables en el marco de la realidad que construimos y aceptamos. Un ejemplo de ello es el caso de rabí Zbarazer, que, una vez, al volver a casa, se dio cuenta de que le estaban robando en casa. Se detuvo unos momentos y luego murmuró a los ladrones: «No quiero ser responsable de que seáis culpados de este pecado, así que os doy todo esto como regalo».

En un punto, rabí Zbarazer vio que se estaban llevando un tarro que contenía productos químicos, de modo que se acercó a uno de ellos y dijo: «Puedes tomarlo, pero ten cuidado con el contenido de este tarro o te harás daño».

Para algunas personas, este comportamiento debe considerarse un caso de pasividad extrema, pero no lo fue. Rabí Zbarazer no era un santo que quisiera absorber todos los errores humanos y dejar que los ladrones se fueran impunes. Comprendió, sin embargo, que el hecho de que él lo estuviera presenciando era ya irreversible y que la propiedad de sus pertenencias había llegado al límite. Así pues, antes de que la situación se transformara en «robo», en el último momento, convirtió sus pertenencias en un «regalo».

Rabí Zbarazer se conformó con el flujo. No todas las situaciones requieren una solución de este tipo. No obstante, este tipo de solución acepta la increíble paradoja de nuestro convulso mercado, en el que las soluciones equivocadas (robo) a veces ayudan a recuperar el equilibrio de nuestra sociedad. Rabí Zbarazer toma la decisión económica correcta cuando comprende que, para esa propiedad robada, ya había una propiedad con precedencia sobre la suya, la propiedad de la *tsedaqá*. Esto es lo que ve y, al verlo, se convierte en parte de la corriente que realmente determina qué pertenece a quién y durante cuánto tiempo.

Como Moishe el cabalista solía decir, cuando algo es tuyo, nadie puede arrebatártelo y,

cuando ya no lo es, puede ser peligroso retenerlo. Aprender a disfrutar de la propiedad hasta casi el último minuto es lo que distingue al verdadero héroe, el maestro de la era del no consumismo que un día será inaugurada en nuestro mundo. Estar cerca de Dios, la unión mística de la *devequt* (fidelidad o adhesión), es una experiencia en la que despertamos al hecho de que la «propiedad» no abarca la experiencia del «ser». Las posesiones no son más que el resultado material de nuestra inseguridad y representan la forma más concreta de control que podemos ejercer como seres humanos. Incluso nuestro cuerpo está incluido en esta

## 6

### Vivir en el mundo material

Dios está sentado y Él construye escaleras...

*Midrash Raba*

¿Qué saben los rabinos del dinero?

¿Por qué deberían estar los rabinos calificados para servir de consejeros en lo referente al dinero y el mercado? ¿Deberíamos confiar en alguien que propone dar consejo cuando esa persona no tiene experiencia práctica en un tema determinado? ¿Y de dónde viene la experiencia que otorga a los rabinos su credibilidad en estas materias?

Esta pregunta surge en el siguiente comentario. El rabino de Sassov dijo: «Leemos en el Talmud que los rabinos no sabían el significado del versículo *Deja descansar tu carga sobre las espaldas de Dios y Él te sustentará* [Salmos 55:23], hasta que un vendedor ambulante se lo explicó: "Los rabinos reciben un salario fijado mensualmente y por eso no entienden muy bien el significado de confiar en Dios. El comerciante, sin embargo, cuyo sustento no está garantizado, depende constantemente de la cooperación divina. Entiende y aprecia el verdadero significado de confiar en Dios"».

La comprensión y la visión respecto al sustento son requisitos para los que tratan directamente con el flujo del sustento, la efímera naturaleza de la propiedad y las idiosincrasias de fortuna y éxito.

Los rabinos, desde el período talmúdico hasta principios de la era común, han luchado con gran dificultad por su sustento. Con frecuencia, esto sucedía porque invertían fuerte en su educación y porque sus ambiciones eran atenuadas con una comprensión no materialista de la realidad. Al mismo tiempo, los rabinos estaban totalmente implicados en los problemas de sus comunidades y entre estos problemas estaban la pobreza y las dificultades con el sustento. Aparte de esto, los rabinos se veían a sí mismos, como a todos los demás individuos, como responsables del establecimiento y enriquecimiento del mundo. Su actitud nunca podía ser neutral, desapegada de la realidad del mercado. Su liderazgo debía tener por objetivo transformar este mundo y consolidar un mercado ideal.

Esta lucha por la transformación no sucede sólo en los libros, sino en los mercados y las calles, donde las posibilidades de sustento y enriquecimiento amenazan constantemente con empobrecernos en otros mundos. El esfuerzo por maximizar la ganancia sin reducir nuestros tesoros en otros mundos era la arena en la que los rabinos servían como consejeros. El peligro de una transacción es que es procesada en varios mundos al mismo tiempo, y un «buen trato» sólo puede hacerse cuando ambas partes saben qué quieren de la transacción. Los rabinos se cualificaron como consejeros porque podían señalar las intrincadas relaciones entre factores éticos y espirituales. Con este conocimiento, podían evitar que sus clientes fueran engañados con falsas ganancias, que más adelante generarían elevados costes.

Los rabinos respetan intensamente el discernimiento de los que salen fuera cada día para buscar el sustento y especialmente de los que no pierden la esperanza incluso cuando se enfrentan con la terrible angustia de un sustento que no llega. Esta fe y esta sabiduría no pueden enseñarse con consultas, pero los rabinos pueden ayudar en el reconocimiento de una realidad que va más allá de la abundancia o la carencia.

Una vez, un estudiante preguntó al rebbe Kotzker: «Si vosotros, los rabinos, os excluís de las cosas mundanas y materiales, ¿cómo podéis aconsejarnos sobre estas materias?». Kotzker respondió: «A menudo, quien está apartado del asunto ve mejor que el que lo mira desde dentro».

Los rabinos ven los asuntos desde fuera, pero respetan la dimensión del sustento en el mundo de la *asiyá*, en su aspecto material. A menudo este es el resultado de su propia experiencia con la pobreza y la relación de esa pobreza con la desorganización y destrucción del mercado mayor. Su respeto por el mercado, su deseo de servir como consejeros en el área de la ética financiera y su intento de clarificar el flujo del sustento y los obstáculos del mismo les han hecho ganar una experiencia increíble en la línea del dinero.

## La rueda del éxito y el fracaso

La puerta del éxito lleva los rótulos ENTRADA y SALIDA.

*Refrán yídish*

Una antiquísima teoría dice que el mundo del sustento, como la vida misma, está oscilando constantemente entre los opuestos. La riqueza no es el resultado del incremento constante, sino más bien de prudentes abstenciones de ganancia, que son menores que la ganancia misma en su conjunto. De este desequilibrio, surge todo. A causa de este desequilibrio, el sustento es posible. En consecuencia, el sustento es un resultado del mercado y no del trabajo.

En nuestras vidas diarias, se nos induce a creer que el mismo trabajo resulta en sustento. Esto no es cierto. Por supuesto, sin trabajo, sin esta herramienta, el sustento no nos llegará. Sin embargo, el sustento sólo es posible por medio de la interacción del trabajo con el mercado. Invertir energía (trabajo) en un entorno favorable (mercado) no sólo lleva al sustento, sino que también debe ser la fórmula para la génesis de la vida. Para que de la tierra surgiera un ser humano —Adam—, fue necesario el hálito divino, como lo fue el jardín del Edén. El hálito era la energía y el Edén era un nicho ecológico favorable o posibilidad de mercado. Por esta razón, la frase citada al principio de este capítulo lleva el mensaje: «Dios está sentado y construye escaleras». Utilizando estas escaleras, algunos caerán y otros escalarán.

Podemos observar este fenómeno en todos los niveles del retorno. En ciclos más pequeños, estamos sujetos a las leyes del pequeño mercado. Como explicaba un joyero amigo mío:

«Compro una piedra por mil dólares y, entre la adquisición y la venta el valor de la piedra cae de tal manera que puede comprarse en el mercado por quinientos. Su precio de venta, por consiguiente, no puede ser mayor de ochocientos. Muchas personas no la venderían, pensando: "¿Comprar por mil y vender por ochocientos? ¡Sólo si estuviera loco!"». Pero yo vendo. El mercado me lo permite. Vendo la piedra por ochocientos, compro otra a precio de mercado —quinientos— y continúo teniendo una piedra que puede recuperar el valor de mercado original de mil. Mientras tanto, me he ganado el sustento de trescientos».

Esta persona sabe cómo ceder a las pérdidas temporales para extraer el sustento del mercado. ¿Los que se consideran con éxito no han hecho nunca un mal negocio? Por supuesto que sí. Parte del *gesheft* es el desapego a aferrarse a cada penique. Un *gesheft* es la posibilidad de hacer constantes entradas y salidas de manera tal que lo que quede

pase por nuestras vidas o exista como sustento, sea satisfactorio. Este entendimiento puede relacionarse con el dicho de rabí Najmán de Bratislava: «La caída es una parte necesaria del ascenso» (*Yeridá tsorekh aliyá*).

Esta frase revela un aspecto esencial del sustento, la conexión directa entre éxito y fracaso. En el sustento a largo plazo, en ciclos de retorno menos inmediatos, nuestros «fracasos» (caídas) son parte de nuestro éxito (ascenso). Cuando consideramos el mercado en un amplio marco, vemos que debe considerar el conjunto y no sólo el sustento parcial de un individuo o grupo. Este «todo», esta interconexión, se parece a una rueda; la parte que se eleva lo hace mientras la parte opuesta baja. El punto más alto señala el principio de la caída y el más bajo significa que estamos empezando a subir de nuevo. Así, pues, caer es una parte esencial del mecanismo de ascenso.

Esta es la lógica que el ganador del Premio Nobel, el escritor israelí S.Y. Agnon, utiliza para describir la magia que gobierna el sustento en la historia corta «ascenso y caída». A través de esta historia, podemos contemplar el ritmo y el flujo del sustento; un flujo que es muy parecido a la rueda de la fortuna que, para ser un todo, para ser un mercado, requiere que lo que está arriba descienda y lo que está abajo suba. De este modo, avanza el carro de fuego que trae el futuro y, de hecho, crea el futuro.

En su historia, Agnon habla de un hombre muy rico que lo tiene todo, incluyendo una maravillosa gran familia, con un yerno que se dedica por entero a estudiar y del que se enorgullece. Una vez, cuando iba a una feria con mucho dinero, el rico le pide al conductor que se detenga en el camino para que pueda satisfacer una necesidad natural. Luego continúa el camino. Cuando ya está lejos del lugar donde ha parado, que era un área concurrida por la que pasa todo el mundo que va a la feria, se da cuenta de que ha perdido la cartera con todo el dinero. Seguro de que nunca lo recuperará, se queda en la feria y regresa unos días más tarde. En el camino de vuelta, decide, sólo por curiosidad, ver si el dinero está todavía allí y, para su sorpresa, está. De repente, empieza a llorar triste y fuertemente. Desde ese momento en adelante, su vida empieza a venirse abajo; pierde el dinero, la esposa enloquece y, poco a poco, la familia se destruye. El hombre se ve despojado de todo, totalmente indigente y humillado. La historia termina cuando, al encontrarse con alguien que tiene misericordia de él y le invita a compartir la cena del viernes, va a la casa de baños para prepararse. Allí, en una pelea con unos mendigos, se le desgarran las ropas de tal manera que ni siquiera puede ir a la casa de su benefactor para cenar. En ese momento, desnudo, desposeído y solo en el mundo, empieza a reír compulsivamente.

Los sollozos en la carroza son los de alguien que está en lo alto de la rueda. Al descubrir que el dinero perdido todavía estaba allí, hizo que el hombre previera la caída de la misma manera que, desnudo en la casa de baños, había tocado fondo y desde ahí sólo podía subir.

Saber cómo reconocer estos ciclos nos ayuda a vivir con las frustraciones y depresiones provocadas por nuestras caídas. Nadie que haya experimentado alguna vez sustento en abundancia o éxito en cualquier área es inmune al desmoronamiento. Por el contrario, cuanto más en lo alto estamos, más debemos depositar como seguridad para los momentos de descenso. Debemos hacer estos depósitos en riquezas del alma para que, durante nuestras caídas, podamos reconfortarnos con fe la nueva subida. Debemos aprender a sentir entusiasmo por el hecho de que la rueda esté girando y no ir en espirales de angustia porque otra caída se está aproximando.

La historia bíblica de Job es la matriz del «ascenso y caída» de Agnon. Muchas veces, las personas con éxito esperan explicaciones ocultas para su caída. Experimentan el ilusorio ascenso como si fuera el despliegue de su propia realidad. Por consiguiente, se resisten a la caída, cuando si tan sólo se relajaran y se deslizaran, sin cansarse en

esfuerzos por remar contra la marea, se darían cuenta de que la media de placer, sustento y satisfacción en el giro de la rueda es suficiente (¡Bendito es el Señor!). Felices aquellos que pierden sin depresión, sin permitir que el sentimiento de ir abajo se manche por la desesperación.

Rabí Najmán utilizaba la frase, «La caída es una parte necesaria del ascenso» para luchar contra la desesperación. Entendió que la experiencia de alcanzar el fin de la línea era en sí misma mística. Los que experimentan la cima de la rueda y conocen la grandeza del mercado y las maravillas que el Eterno hace posible, así como los que, enloquecidos por las dificultades y el sufrimiento, hacen pie en el fondo del pozo y se dan cuenta de las garantías que el mercado pone a su disposición: ambos experimentan momentos tanto de gratitud como satisfacción.

Y si una persona se queja de esta realidad en la que debe haber una cumbre y una caída inicial, recordémosle que bendito es el Uno que hizo el destino como una rueda, porque dio un fondo al pozo y lo hizo para que la fuerza de lo que se eleva soporte cualquier cosa que caiga. El mercado existe para contemplar la posibilidad de la vida, interdependencia e interconexión. Nuestro comportamiento individual y colectivo refuerza o debilita los aros de esta rueda, y la posibilidad de girar depende de estos aros. El suelo en el que gira esta rueda, la inercia que la empuja arriba y abajo, son las únicas cosas con las que podemos contar. (¡Bendito es el Uno que garantiza el sustento!)

### Saber qué pedir

Cuando se sale al mundo del mercado, es una buena idea saber qué se está buscando. Cuando salimos a comprar un determinado aparato electrónico, deberíamos ser conscientes de la relación coste-beneficio, de qué funciones serán importantes para nosotros y cuáles no, la mejor marca, el mejor precio, etcétera. En otras palabras, cualquiera que salga al mercado haría bien en saber un poco de en qué él o ella se está metiendo.

En la tradición judía, este conocimiento es uno de los elementos más importantes y tiene precedencia incluso sobre la propia riqueza. ¿Para qué queremos riqueza? ¿Qué queremos y por qué? Ésta es la gran pregunta. En el día más solemne del calendario judío, *Yom Kippur* —Día de la Expiación—, los judíos se reúnen todo un día para rezar. Todo este agotador esfuerzo apunta a extraer unos pocos momentos de absoluta sinceridad cuando estamos frente a frente con nuestro Hacedor. Describimos este período sagrado como los «Días del Temor» y es, en efecto, una experiencia que inspira temor reverencial a causa de la responsabilidad que implica tener que dar cuenta de nuestras peticiones. ¿Qué queremos? Si tuviera una cita con el alcalde o el gobernador, podría pasar días estudiando y preparando qué decir y, sobre todo, qué pedir. Si su requerimiento es ambiguo, como simplemente «ayúdame», no irá muy lejos. En la oración, lo que más asusta es estar cara a cara con Dios y no saber qué queremos realmente. En nuestras vidas diarias, hacemos frente a situaciones que requieren la misma precisión de objetivos, y nuestra frustración es enorme cuando sentimos que se nos escapa una oportunidad entre los dedos y todo es culpa nuestra. Cuando no sabemos lo que queremos, dudamos, y la oportunidad nos pasa de largo, llevada por la dinámica del flujo del sustento.

Cuando no sabemos qué queremos, nos volvemos incapaces de promover nuestro propio sustento. Las grandes fortunas a menudo son diezmadas porque la nueva generación de herederos ya no tiene un claro objetivo en el sustento.

Si sabe lo que quiere y por qué lo quiere, su camino hacia el sustento no se impide y no tiene nada de lo que preocuparse. A diferencia de alguien que lucha de forma obsesiva para hacerse rico, cuando uno sabe lo que quiere, reduce el esfuerzo y recoge de cada momento las oportunidades disponibles. La siguiente historia nos ayudará a ilustrarlo.

Un rey, queriendo contentar a sus más leales súbditos, otorgó a cada uno un deseo. Algunos pidieron honor y poder, otros fortuna; pero uno de ellos dijo: «Mi deseo es hablar con el rey tres veces al día».

Tres es el número de veces en un día que los judíos rezan (mañana, tarde y atardecer) y el rey con quien buscamos una audiencia es el propio Creador. A la persona que sabe qué pedir, se le abrirán muchas puertas.

Por consiguiente, debe saber lo que quiere. El gran secreto es que, si sabe cómo pedir lo que desearía pedir y se perfecciona hasta el punto de saber la dirección a la que quiere dirigir sus esfuerzos en el mercado, su deseo será concedido tan pronto como lo formule. Esto es increíblemente mágico; si pide con precisión, lo que pide *ya* le habrá sido concedido. Esto es porque lo que necesitamos y deseamos no está en la dimensión de la propiedad, sino en la dimensión del autoconocimiento. A los que saben cómo priorizar sus necesidades, ya se les ha concedido su deseo, porque saben qué es lo que más necesitan. Obtener lo que deseamos es una posibilidad en el mercado de la Creación y buscarlo es una búsqueda justa. No hay nada que queramos que no pueda obtenerse. El gran problema es cuando buscamos satisfacer las necesidades equivocadas, priorizadas de manera errónea, o cuando el alto precio de lo que estamos persiguiendo prueba no ser el verdadero objeto de nuestro deseo. Desperdiciamos nuestras peticiones cuando las limitamos sólo a la dimensión de la propiedad y ésta es la razón por la que muchas personas dudan de la efectividad de la oración. Baal Shem Tov lo explicó en la siguiente historia:

«Cuando una persona reza sólo para ganancias materiales (minimizando sus propias expectativas), sus peticiones y esfuerzos se desperdician. Esto ocurre porque se corre una cortina entre él y Dios, como resultado de que cosas materiales se han llevado al dominio del espíritu. Por consiguiente, sus oraciones no serán atendidas».

Las personas que no saben lo que quieren y qué clase de riqueza es en la que esperan y están invirtiendo tanto, están perdiendo el tiempo. Esto es típico de los que saben el *precio* de las cosas, pero no saben lo que *valen*. Pagan altos precios por objetos de poco valor y ofrecen ridículamente pequeñas pujas por cosas valiosas que, si supieran el valor, se maldecirían por las oportunidades que pierden constantemente. Cuando no sabemos lo que queremos, no podemos invertir y el mercado, en lugar de traer riqueza, drenará nuestro tiempo y vitalidad.

Cuando sabemos lo que queremos, podemos mantenernos con facilidad. Otra historia de Besht habla de ello.

Una vez, antes de hacerse famoso, Besht no tenía suficiente dinero para la cena del sábado. La noche anterior, fue a la casa de un hombre rico, llamó a la puerta y se fue sin esperar respuesta. El hombre salió de la cama, se vistió con rapidez y fue tras Besht. Cuando lo alcanzó y vio sus harapientos vestidos, le dijo: «Si vienes a mí por ayuda, ¿por qué te vas?».

Besht respondió «Cuando una persona nace, su sustento nace con él. Sus imperfecciones, sin embargo, hacen que se quede atrás a pesar de sus esfuerzos. Como las imperfecciones de cada persona varían en tamaño, el esfuerzo que se necesita también es distinto. Creo que mi vida, lejos de cosas mundanas y materiales, me permite ganarme la vida con facilidad, y por eso he llamado a tu puerta. Después de hacer el esfuerzo, confié en que Dios me concedería sustento y para mí no hay diferencia entre que venga de ti o de alguien más».

Esta historia exagerada es proporcional al propio carácter exagerado de Besht. Era como si estuviera en la frontera entre humanos y santos y, como tal, necesitaba el mínimo para obtener sustento; desearlo era suficiente. El santo o *tsa-diq* ideal (persona justa) está más allá del sustento. Es él, de hecho, el propio sustento. Conforme vamos siendo más

útiles y ecológicamente funcionales en todos los mundos, más cerca estamos de convertirnos en nuestro propio sustento. En este proceso de «autosuministro», todo nos llega en la medida correcta y en el momento correcto. Insisto en que esto no refleja una postura pasiva como «sed buenos y todo estará garantizado». Ser bueno no es una abstracción teórica, sino una ruta en el mercado. Significa ser un buen negociador, ser honesto y no actuar como un depredador en las transacciones con otras personas, otros seres vivos y el universo en general. El sustento sólo es una variable para los que viven en armonía con el entorno, para los que se santifican por medio de sus *gesheftn*, sus tratos comerciales. Estas personas no buscan el sustento; el sustento *les* busca en un intento de cumplir su propósito, sostener.

Éste no es un intento de simplificar la fe, sino una visión abierta a todos nosotros en varios momentos de nuestras vidas. La felicidad se da cuando nos transformamos en sustento, cuando *nos convertimos* en sustento, y todos lo hemos experimentado en un momento u otro. Todos hemos hecho algo, aunque sólo sea durante la romántica adolescencia, que era absolutamente placentero y tenía un gran potencial para el sustento. El artista, pero no el empleado, sabe de lo que estoy hablando. El artista se da cuenta de que su trabajo le hace parte del Uno, le implica en una relación mística con el mundo. Este tipo de sustento va más allá de la mera supervivencia, es un vehículo de salud y contribuye a este universo enriqueciéndolo.

Estos momentos en que nos convertimos en sustento son resbaladizos. Nos eluden, llegan y se van, pero a través de ellos podemos echar una ojeada a la rueda de la fortuna. Llegan y nos alzamos; se van y caemos. Fundamos nuestra experiencia de caer en nuestra creencia en un nuevo ascenso. Caer es la condición humana que hace subir de nuevo. Mucho de nuestro sustento es suministrado por la nostalgia, el conjunto de nuestros ascensos y caídas. La seguridad llega cuando entendemos que el sustento es cíclico y que todos los mundos interactúan. La desesperanza que a veces sentimos viene de ver la aparente linealidad de esta subida y caída. Intentar volver a la cima invirtiendo la rotación de la rueda significa, físicamente, extender la sensación de caída.

Para rabí Najmán, los que desesperadamente rechazan llegar al fondo del pozo surten interminables descensos entre sus pequeñas victorias de ascenso. Dios tenga compasión de los que son así y a la parte de cada uno de nosotros que se comporta de esa manera.

Así es el mundo de la *asiyá*, el mundo concreto. ¿Por qué debemos caer en esta dimensión? Porque caer es una parte necesaria para alzarse de nuevo: *¡Yeridá tsorekh aliyál*

### **Loterías y milagros**

De vez en cuando, algunos más que otros, las personas pasan por situaciones de sustento fácil, como loterías, herencias y milagros. Estos fenómenos forman parte de la constante armonización del mercado. Sin embargo, deberíamos aceptarlas con cautela. No porque necesariamente señalen la cima de la rueda o el principio de la caída, ya que el sustento no es mecánico, con una pérdida necesariamente seguida de ganancia. La cautela tampoco se debe a que el dinero no sea real, sino a que no fue adecuadamente gravada con responsabilidades. El peligro radica en la manera en que entendamos estas ganancias. La manera en que las comprendamos determina si provocamos empobrecimiento en otros mundos o no. Siempre que hay un movimiento repentino en una dimensión del sustento, deberíamos comprobar si las interconexiones entre los diferentes mundos están equilibradas.

Veamos esta historia del Talmud (*Shabat* 53b) sobre los milagros.

Una vez, un hombre perdió a su esposa, que murió de parto. El niño necesitaba ser alimentado, pero el padre no tenía suficiente dinero para pagar a una nodriza. Por esta razón, hubo un milagro para él; el pecho se le abrió y le crecieron senos como los de

una mujer y amamantó a su hijo. Rabí Yosef comentó: «¡Fíjate cuán grande era este hombre, ya que un milagro de esta naturaleza había sucedido por él!». Abaye dijo: «Muy al contrario, amigo mío.

¡Cuan triste es la historia de este hombre, por el que tuvo que ser alterado el orden de la naturaleza».

Abaye tenía una visión más amplia. Los que cuentan con el mercado, con el orden establecido por Dios, son realmente felices. No hay salud como la que disfrutamos cuando estamos funcionando como debiéramos. No hay sustento como el que nos llega en la medida correcta. Nuestro nicho ecológico crea la posibilidad de un mercado y éste es el milagro que debemos reconocer. En esta comprensión radica la posibilidad de ampliar el alcance de solidaridad e interacción. La expectativa mágica de un milagro y de sustento fácil es para las personas infelices que no pueden participar en el mayor de todos los milagros: la vida del día a día. O, como rabí Elazar solía decir: «La salvación y el sustento son análogos... De la misma manera que la salvación implica maravillas, también lo hace el sustento; de la misma manera que el sustento se da día a día, la salvación se da día a día».

Rabí Shemuel ben Najmán dijo: «El sustento es mayor que la salvación porque de la salvación está escrito "El ángel te *rescatará* de todo mal" (Génesis 48:16); y sobre el sustento está escrito "Tú [Dios] abres la mano y *sacias* a todas las criaturas vivas" (salmos 145:16). En la salvación, actúa un «mero» ángel; en el sustento, el propio Dios».

La manera en que «hacemos teología» sobre nuestras vidas, cómo desarrollamos nuestro entendimiento de lo que nos sucede, es fundamental para nuestro bienestar en este mundo del mercado. Observamos antes que, los arrogantes, que ven su ascenso en la rueda de la vida como el resultado del puro mérito, son infelices o se desesperan cuando caen. Una ganancia repentina en el mundo de la *asiyá* con frecuencia puede resonar en mundos más sutiles de sustento, mundos que producen depresión, apatía e impulsos de muerte.

La mayor seguridad que tenemos es la confianza en el milagro constante del sustento. Los dos tipos de milagros, la lotería y el sustento, son buenos y deberían verse por medio de la propia perspectiva de vida. Los infelices son las personas que esperan un milagro, confiando en el trastorno del orden natural de la Creación. Estas personas son antiecológicas, oportunistas, consumistas y depredadoras. Si no se dan cuenta de la tristeza que producen al intentar desesperadamente completar el ciclo de descenso, pueden incluso estar retrasando la propia rueda.

### **Sociedades y contratos**

Encontrar socios en la dimensión de la *asiyá* es una tarea difícil. Mayoritariamente, los socios cometen dos errores muy comunes. El primero es no saber cómo preguntar. En otras palabras, los «socios» no necesariamente tienen los mismos objetivos de sustento. Como hemos visto, hacerse rico es un proceso que requiere sensibilidad para no obstaculizar las varias dimensiones de la riqueza.

Muchas veces, los socios no son claros entre ellos sobre las expectativas de riqueza. Esto hace más difícil la sociedad, ya que un buen socio es uno que nos lleva más cerca de nuestras esperanzas en los diversos mundos.

Una interesante historia sobre cómo encontrar un socio ideal es contada por el rebbe de Apt:

«Una vez, me hospedé en una posada y advertí que el propietario tenía dos cajas donde guardaba el dinero. Todo el dinero que ganaba, lo dividía a partes iguales entre las dos cajas. Sentía curiosidad sobre el significado de esto y, diciéndole quién era, le pregunté sobre el tema. Contestó: "No hace mucho tiempo perdí los ahorros de toda mi vida en

una aventura y también estuve a punto de perder mi posada. Entonces mi mujer me aconsejó que tuviera un socio y fui a la ciudad a buscar uno. Cuando estaba viajado por el bosque, se me ocurrió pedirle a Dios que se me uniera en esta sociedad y prometí ofrecer sus ganancias como caridad. Recé unos momentos y entonces encontré algún dinero en el suelo a lo largo del camino. Lo tomé como una señal de nuestro trato y desde entonces he mantenido estrictamente nuestro trato oral". Entonces elogí a ese hombre por la sencilla confianza que puso en Dios y le bendije».

El enfoque interno del posadero no es una mala idea. Antes de meterse en cualquier sociedad, intente admitir que existe un socio previo que debe establecerse. Contar estrictamente con su asociación es una actitud muy sana hacia el mantenimiento de todas las otras asociaciones en el mundo de la *asiyá*.

El segundo problema tiene que ver con los contratos. Nadie puede ser nunca rico, por definición, sin entender el arte de obtener buenos contratos. Deberíamos ser verdaderamente obsesivos con esto. Normalmente, tenemos una idea ingenua, romántica, sobre las relaciones comerciales; sentimos que es vergonzoso o irrespetuoso concretar los detalles precisos en un acuerdo escrito o utilizar testigos. Sin embargo, es todo lo contrario, hacerlo representa la forma más grande de respeto que hay. De hecho, cualquier otra práctica estaría «poniendo un obstáculo ante un ciego». Si no hubiera contratos poco cuidadosos, quizá los matrimonios no se disolverían, las familias no reñirían y las sociedades no se desintegrarían. Por esta razón, los contratos son sagrados para los rabinos. Lo que está escrito aquí, se refleja arriba, en los mundos superiores.

Y si cualquiera todavía tiene dudas, que piense en el tiempo, la energía y el sufrimiento que desperdiciamos a causa de malos contratos. Lo que *no* está escrito aquí también se refleja allá arriba. Si con parte de su tiempo Dios construye escaleras, con la otra redacta contratos perfectos. Este mismo universo es un ejemplo de conformidad a un contrato maravilloso. Nosotros, los judíos, llamamos a este contrato, la Tora.

El mayor de los enemigos de un contrato es la inmadurez, que hace pasar vergüenza a las personas cuando llega el momento de establecer normas para sus transacciones. Usualmente pensamos que demuestra una falta de confianza o solidaridad querer acordar estas interacciones con detalle. Sin embargo, los justos conocen los límites de la solidaridad y son capaces de redactar cuidadosos contratos. El rabino de Berdichev siempre realizaba una prueba que le advertía contra estos peligros:

Un día el rabino de Berdichev era buscado por el carnicero de la ciudad, quien le preguntó: «¿Eres *shojet* [matarife ritual]? Necesito un *shojet* inmediatamente y no puedo esperar al que viene por aquí una vez por semana».

El rabino de Berdichev le contestó afirmativamente. El carnicero le prometió un pago adicional si el trabajo estaba hecho con rapidez, pero el rabino de Berdichev continuó: «Lo haré con la condición de que me prestes veinte talentos, que prometo devolverte sin demora».

«¡No!», exclamó el carnicero. «¡No puedo prestar dinero a alguien que apenas conozco!»

«Me acabas de demostrar que eres una persona que podría causar muchos problemas», dijo el rabino. «Rehusas confiarme tu dinero porque no me conoces y, a la vez, estás deseando contratarme, presumiendo que soy un *shojet*, sin pedirme ninguna credencial. ¿Cómo sabes que no soy un hombre sin ética?» Entonces el carnicero comprendió lo que estaba haciendo.

Para asegurarnos de que hay confianza, con frecuencia debemos utilizar la prueba del rabino de Berdichev. En resumen, esta prueba utiliza condiciones concretas, tales como un préstamo sin garantías, para revelar la verdadera confianza implicada en cada transacción. Además, expone la subjetividad con la que hacemos nuestros contratos y

señala la necesidad de perfeccionar este arte.

Deberíamos imitar a nuestro Creador, de quien somos la imagen y semejanza. Si su tiempo se dedica a contratos, entonces el nuestro también debe hacerlo. Haga «contratos» claros para todo y para todo el mundo y evite la falta de cuidado. De otro modo, cualquier asociación en la vida puede llevar a la ruina.

### **«Implicándose»**

¿Por qué las personas se implican unas con otras? Para responder a esta pregunta, consideremos, por ejemplo, la siguiente situación. Conducimos por la calle un domingo, disfrutando de nuestro tiempo libre, cuando presenciamos un accidente. De repente, nos encontramos implicados y forzados a detenernos. Asistimos a las víctimas, afrontando toda la violencia de la situación, y las llevamos al hospital. Cuando más tarde nos detenemos a evaluar nuestras pérdidas de tiempo, placer e incluso dinero, nos preguntamos: ¿Por qué me he implicado tan a fondo? Otra persona podría haber tomado casualmente un camino secundario, ni siquiera habría sabido nunca del accidente y habría continuado disfrutando del día. Un segundo o unos cuantos metros pueden significar la diferencia entre estar implicado o no.

Los rabinos ilustran la implicación con el hecho corriente de encontrar una cartera perdida. El dinero que contiene no nos pertenece, aunque sólo sea en efectivo y no haya identificación del propietario. Desde el momento en que vemos la cartera, nos hacemos responsables de la custodia del dinero para devolverlo. ¿Pero debemos hacerlo? Si no hubiéramos encontrado la cartera, estaríamos exentos de esta carga. Sin embargo, una vez la hemos visto, estamos implicados del todo en la situación. La implicación es repentina, instantánea, y no da una salida. Cuando realmente nos involucramos, cuando interactuamos, de nuevo debemos elegir entre una de las cuatro reacciones a la interacción: podemos ser nada, insensatos, malvados o justos.

De modo que la implicación es una ley de vida. Vivir significa experimentar «situaciones» vitales. Nos movemos constantemente de una situación vital a otra. Esas situaciones que nos llenan de buenos sentimientos las llamamos oportunidades y las que consideramos malos incidentes intentamos rechazarlas e ignorarlas. Sin embargo, en ambos casos, está sucediendo lo mismo, estamos inter-actuando. Por esta razón, necesitamos redactar contratos entre nosotros y nuestra conciencia.

El mejor contrato es el justo, por el que disfrutamos de la vida en la medida exacta, aceptando sus limitaciones.

No hay camino fuera de una interacción, excepto la muerte. Las personas que se matan con frecuencia son las que cayeron en la desesperación al afrontar estas cuatro posibilidades de interacción y eligieron escapar de la propia interacción. Algunos, como los rabinos, creen que ni siquiera en la muerte podemos evitar las cuatro opciones.

### **Deudas**

¿Qué son las deudas? ¿Qué clase de interacción son? Intentemos diferenciar entre la deuda y el tipo de robo que implica la retención de lo que pertenece a otro, como se trató en el capítulo 4. El caso del robo se refería a retener deliberadamente algo que pertenece a otra persona y que estamos en posición de devolver. Aquí, en el caso de la deuda, somos incapaces de devolver lo que se nos ha prestado. Esta incapacidad, de acuerdo con los rabinos, con frecuencia se extiende más allá de la dimensión material.

Un hombre una vez se quejó al rabino de Porissov de que estaba ahogado por las deudas. El rabino le aconsejó: «De cada céntimo de beneficio que ganes, aparta un poco para el pago de las deudas. Cuando los Cielos tengan claro que realmente quieres saldarlas, entonces recibirás ayuda para hacerlo».

El rabino de Porissov, de esta manera tan astuta, nos muestra que nuestras deudas, especialmente cuando estamos ahogados por ellas, con frecuencia reflejan un deseo más

profundo, más sutil de *no* pagarlas. Si hacemos el esfuerzo de acostumbrarnos a pagar nuestras deudas, entonces encontraremos los medios para hacerlo.

Lo mismo es cierto respecto a las personas que prestan dinero a otras que sufren este problema. En este mundo interconectado, sería más justo ayudar a los deudores no prestándoles dinero. La antigua anécdota judía que sigue, a pesar de su tono predispuesto en contra, se refiere a una importante realidad del mercado respecto a las deudas.

Isaac debía dinero a su vecino Jacob. La noche anterior a la que había que hacer el pago, Isaac daba vueltas en la cama y no dejaba dormir a su mujer. En un momento dado, ella se incorporó enfadada y preguntó: «Isaac, ¿qué pasa?».

Isaac respondió: «Mañana tengo que devolver una deuda enorme y no tengo el dinero». Su esposa, que entonces ya estaba muy alterada, no se lo pensó dos veces. Fue a la ventana y gritó: «¡Jacob, mi esposo Isaac te debe un dinero que vence mañana y no tiene los medios para devolvértelo. No puede dormir y ya ha cumplido su parte; ahora es tu turno de no dormir!».

Este mundo es una red gigante y, cuando contraemos demasiadas deudas, estamos siendo financiados por los que no son habilidosos en el arte de redactar contratos o por los que animan al endeudamiento compulsivo. Los países del tercer mundo lo aprendieron de los países industrializados a los que debían dinero. El mercado es tal que, cuando una deuda es demasiado grande, sólo tenemos que recordarle al acreedor al que se le debe dinero que puede quebrar. Cuando la interconexión lo abarca todo, cualquier exceso, incluso una deuda, implica una doble tarea para nosotros, la de prestar el dinero y luego tener que hacer concesiones para hacer posible el pago.

Prestar y tomar prestado son dos elementos esenciales en el mercado y se describen metafísicamente en la *Ética de los Padres* (3:20):

Todo es dado en préstamo y se extiende una red a todos los vivientes; la tienda está abierta; el tendero vende a crédito; el libro de contabilidad está abierto; y la mano escribe; y todo el mundo que desea tomar prestado, que entre y tome prestado; pero los cobradores hacen la ronda cada día y recaudan el pago de las personas con o sin su consentimiento; porque tienen una prueba en la que confiar.

«Tener una prueba en la que confiar» constituye una garantía no sólo para el acreedor, sino, por encima de todo, para la persona que pide prestado. Y confiamos en que la tienda permanecerá abierta y que las posibilidades de intercambio y negocio continuarán creciendo en el universo.

### **Préstamos e interés**

El mundo en el que vivimos es un mundo de préstamos. La misma vida está hecha de «capital» prestado por nuestros padres, que lo tomaron de fondos «intergeneracionales». Los préstamos son actos de generosidad que se retrotraen a antes de que nacióramos y que hacen posible la supervivencia. Intentamos imitar este acto primario de afecto tratando de reconstruir en el mercado la misma clase de vitalidad que experimentamos en nuestras propias vidas. En el *Éxodo Raba*, leemos el siguiente comentario.

Observa cómo todo lo de la Creación toma prestado de otro:

El día toma de la noche y la noche del día. La Luna toma de las estrellas y las estrellas de la Luna. El conocimiento toma de la comprensión y la comprensión del conocimiento.

Los Cielos toman de la Tierra y la Tierra de los Cielos. Así sucede también con los seres humanos, con una simple diferencia: todos estos otros toman prestado sin terminar en el tribunal.

Un préstamo, en la tradición judía, es un tipo de «justicia» (*tsedaqá*). Sólo por medio de este tipo de préstamo podemos luchar contra la verdadera pobreza. De la misma manera

que gravamos nuestra producción con un suplemento para ayudar a combatir la pobreza del mundo, también deberíamos gravar nuestro capital excedente. Por esta razón, la Biblia establece: «Si prestas dinero a uno de mi pueblo, al pobre que habita conmigo, no serás con él un usurero; no le exigirás interés» (Éxodo 22:24).

Durante muchos siglos de miseria y persecución, los judíos han tenido un fuerte aliado en la supervivencia y el sustento; su sistema de préstamo, que a veces incluso significó instituciones que prestaban dinero libre de interés. Los préstamos en forma de *tsedaqá* traen muchas ventajas al mercado. La primera es el compromiso, tanto para la persona que se pone a prueba prestando como la que se obliga a devolver el préstamo. Hay un elemento en esta deuda que es favorable al enriquecimiento del mundo. La segunda ventaja es que este préstamo hace una *tsedaqá* libre de sus enemigos principales: vergüenza y humillación. En la tradición judía, la vergüenza es el único dolor no físico comparable con la miseria. En el *Séfer ha-Jasidim (Libro de los Justos)*, un trabajo de ética del siglo trece, leemos sobre ello:

Rubén era un hombre honesto que le pidió prestado algún dinero a Simón. Simón estuvo de acuerdo de inmediato y añadió: «De hecho, te doy esto como un regalo». Rubén estuvo tan avergonzado que nunca le pidió dinero prestado a Simón otra vez. En este caso, claramente hubiera sido mejor prestar que dar.

El versículo bíblico del Éxodo citado arriba, como está escrito, hace surgir muchas preguntas y presenta varios problemas al mercado de préstamos. Inicialmente, podríamos interpretar que «no serás con él un usurero» significa que ningún préstamo podría recaudarse después de la expiración de la fecha de vencimiento, si el deudor fuera incapaz de devolverlo.

Los rabinos son muy cuidadosos con esto. Los actos de *tsedaqá* no deberían confundirse con la *gemilut jasadim*: buenas obras o actos de compasión. Nunca deberíamos mezclar estos dos mundos separados. La justicia (*din*) y la compasión (*jésed*) son dos dimensiones distintas, y el equilibrio de nuestro mundo y de nuestro mercado depende de esta distinción. Confundir estas dos dimensiones es un error con frecuencia cometido por el insensato o por los que insisten en transformar «algo en nada». Cuando no sabemos cómo separar justicia y compasión, hacemos de este mundo un lugar más caótico, y nuestra actitud puede compararse con la corrupción y el soborno, aunque nuestras intenciones sean buenas.

Cuando prestamos dinero, eventualmente podemos elegir perdonar la deuda, pero esto debería hacerse de forma separada e independiente del préstamo. En consecuencia, este perdón puede ser un acto de compasión (*gemilut jasadim*), pero nunca puede ser un acto de *tsedaqá* (justicia) y *gemilut jasadim* al mismo tiempo.

Hagamos hincapié en este importante concepto, la justicia y la compasión trabajan juntas, pero deben permanecer independientes una de la otra. Cuando la compasión se solapa con la justicia o la justicia lo hace con la compasión, debilitamos el mercado y, arriesgamos al desmoronamiento de la sociedad, ya sea por demasiada rigurosidad e inflexibilidad ya sea como resultado de la frivolidad y la irreflexión. Feliz es la persona que vive en una sociedad en la que hay armonía entre justicia y compasión. Cuando empujan el mismo espacio, son contradictorias. Una trabaja por medio de ojos cerrados: los ciegos e imparciales ojos de la justicia. La otra por medio de ojos abiertos: los ojos de la compasión, que favorece a nuestros compañeros seres humanos. No podemos tener los ojos abiertos y cerrados al mismo tiempo, aunque nuestra visión está hecha tanto de luz como de ausencia de ella.

Otra creencia peligrosa es que el mercado no contempla ningún tipo de interés. Esto contradice las prácticas del mercado moderno que apuntan no a eliminar los tipos de interés, sino a reducirlos a las cifras más bajas posibles (y más reales).

Los tipos de interés son una compensación para dos posibles clases de pérdida que pueden derivar de un préstamo. La primera clase de pérdida es proporcional al tiempo que la suma permanece en préstamo. Cuando prestamos dinero, se nos hace inaccesible durante un tiempo. En otras palabras, somos como un trabajador que tienen el salario retenido y no puede utilizarlo. Esta compensación está diseñada para cubrir nuestra pérdida de libertad de inversión y adquisición. La segunda clase de pérdida es proporcional al riesgo que asumimos cuando prestamos dinero. Nos arriesgamos a que el préstamo nunca sea devuelto si, por ejemplo, el negocio en el que el dinero fue invertido va a la bancarrota. Así es como funciona el mercado financiero; cuanto más ágil es el mercado, mayor es el potencial del dinero de generar más dinero. Cuanto mayor es el riesgo en un préstamo, más altos son los tipos de interés —compensación por transferir su capital— del mercado. Y esto parece justo, al menos desde un punto de vista simple.

Los rabinos secretamente estarían de acuerdo con esto. Sin embargo, como cualquier individuo o institución contemporáneas cuyo trabajo es controlar el mercado, lo asumen para reducir el interés, o incluso eliminarlo cuando sea posible.

Los rabinos proporcionan varias visiones de la peligrosa naturaleza de los tipos de interés descontrolados. La palabra hebrea para interés utilizada en la Biblia es *nés-hekh*, que literalmente significa «mordisco». El comentarista medieval francés conocido como Rashi señala que la mordedura de una serpiente, por ejemplo, al principio sólo es desagradable, pero luego se hincha, se hace seria y causa mucho sufrimiento. De la misma manera, el interés al principio sólo es desagradable, pero con el tiempo se convierte en un veneno mortal para las economías individual o institucional.

El interés conlleva un potencial para un crecimiento irreal y, cuando esto sucede, producimos dinero irreal; concretamente, una mayor cantidad de dinero que habría sido generado si la misma suma hubiera sido invertida en el mercado. Esto puede transformarse en un tipo de robo que llamamos inflación. La inflación se da cuando varios pequeños robos de este tipo surgen de repente y la desconfianza extendida entra en el Mercado.

Meir Tamari, en su libro *With All Your Possessions*, nos recuerda que el judaísmo no comparte la noción cristiana de que el dinero no debería generar riqueza de la misma manera que lo hacen los árboles, la tierra o el ganado. Para los rabinos, el dinero forma parte de una increíble maravilla del mercado y puede, como tal, producir riqueza, siempre que sea verdadera riqueza. Lo que el dinero no debería hacer es dictar el ritmo de este enriquecimiento. Eso debería meramente seguir el crecimiento del mercado. En otras palabras, el dinero puede producir más dinero sólo a un nivel similar en proporción a la riqueza que puede ser producida por los árboles, la tierra y el ganado o cualesquiera otras áreas de la economía consideradas productoras de riqueza.

Al mismo tiempo, los rabinos se dan cuenta de que la práctica de prestar dinero sin cargar un interés es de fundamental importancia para cualquier sociedad. Y depende de cada comunidad distribuir estos préstamos subvencionados utilizando algún criterio que sea apropiado. La comunidad rabínica consideró que todos los judíos tenían que ser incluidos en sus criterios, porque prohibían los préstamos que cargaban tipos de interés entre judíos. Este criterio con frecuencia ha sido considerado discriminatorio, pero no lo es. Es simplemente una buena obra especial. Igual que contribuimos a nuestros equipos locales o causas o grupos específicos que nos son queridos, los judíos tradicionalmente buscaron protegerse entre ellos. Y si recordamos que en tiempos medievales a los judíos no se les permitía poseer tierra u otros medios de producción, éste no parece un criterio tan absurdo. Una cosa era segura, nadie más que los propios judíos se preocuparían de ellos. Así pues, los préstamos libres de interés no eran un beneficio concedido sólo a un

grupo selecto, sino una concesión generosa que no podía extenderse a todo el mundo. Por esta razón, nuestra economía no puede funcionar sin tipos de interés, y sin ellos, nadie estaría interesado en prestar dinero y el mundo sería un lugar más miserable. Todo mercado debería distribuir selectivamente algunos de sus recursos libres de interés donde crea que pueda aliviar la miseria y crear realmente una diferencia. Al hacer esto, a medio y largo plazo, estará contribuyendo a su propio enriquecimiento.

### **Verdadero negocio**

Para sostener un mercado que está orientado al establecimiento del mundo, debemos hacer constantes ajustes que tengan como objetivo garantizar que todo el negocio realizado en él sea real. Tendemos, en nuestra práctica del día a día, a corromper el mercado rechazando reconocer las interconexiones entre los varios mundos de la riqueza. A menudo, los propios agentes del mercado, los implicados en negocios, funcionan como «virus», imponiendo enriquecimiento sólo en la dimensión material. Combatir y limitar a estas personas puede ser un trabajo difícil. Todo el ingenio que utilizamos en intentar promover una verdadera economía es contrarrestado por el igualmente sofisticado ingenio de los que están concentrados en transformar la verdadera riqueza en riqueza inmediata. Durante muchos siglos, los rabinos han librado una energética batalla de ingenios contra estas «entidades de negocio» por el control del mercado.

Es precisamente porque el interés, vestido de varias formas engañosas, ha sido siempre el arma más efectiva utilizada por estos agentes en su lucha por el control del mercado, por lo que los rabinos eligieron luchar con el interés tan vehementemente. Quisieron esta lucha exactamente porque sabían cómo era de importante el interés para el mercado. Con esto en mente, los rabinos pidieron que los préstamos se transformaran en otro tipo de operación: asociación para la inversión (*héter isqá*).

Utilizando un mecanismo legal específico, la persona que estaba prestando el dinero se convertía en un socio inversor de la persona que tomaba prestado. Como tal, compartía el éxito o el fracaso de las aventuras financieras de su socio, recogiendo parte del beneficio (que le parecía como un interés). Esta política promovía un contacto directo entre la persona que estaba prestando el dinero y la realidad del mercado. A largo plazo, es como si el suministrador de capital estuviera él mismo invirtiendo en el mercado. Utilizando este mecanismo, los rabinos consiguieron transformar potenciales especuladores e intermediarios en verdaderos inversores. De esta manera, el mercado estaría remunerando de forma adecuada el capital según su éxito y capacidad de producir verdadera riqueza.

No nos concentraremos en los detalles de este mecanismo. Estamos meramente interesados en este deseo de los rabinos de no permitir la existencia de mercados paralelos al gran mercado. Los rabinos luchan contra la idolatría que concibe mercados «herejes» en lugar de ofrecer a las personas fe en el mercado, que es verdadero y cuenta con la riqueza en todos sus niveles y consecuencias. Todos los mundos de riqueza confluyen en un mercado. Y ésta es una realidad que estas «entidades de negocios» tienden a rechazar sistemáticamente.

### **Precios y beneficios**

Otro elemento que desestabiliza el mercado es la disparidad entre oferta y demanda. En la Biblia leemos: «Si vendéis algo a vuestro prójimo o le compráis algo, ved que nadie engañe a su prójimo» (Levítico 25:14).

A pesar del hecho de que el precio real de un producto cuando alcanza el mercado incluye costes extras (transporte, almacenamiento, etc.), todavía vemos fluctuaciones de una tienda a otra. Los rabinos determinan que, si esta fluctuación sube a más de un sexto del valor del bien, entonces se clasifica como fraude (*onaá*). En este caso, el trato puede

deshacerse dentro del tiempo requerido para que al producto le ponga precio un especialista. El objetivo de este «código de protección del consumidor», que tiene mil quinientos años, es evitar la especulación y la riqueza irreal. Sin embargo, de acuerdo con Maimónides, la *onaá* sólo se aplica cuando está implicada la injusticia:

Los que compran y venden justamente no pueden ser acusados de fraude. Si un comerciante le dice a un cliente «Este artículo que estoy vendiendo por doscientos en el mercado se vende por cien», y aun así elige comprar, no hay fraude implicado (*Mishné Tora, Hlkhot Mekhirá*).

En otras palabras, si los comerciantes reconocen por qué venden sus bienes por encima del precio de mercado aparente, no lo consideramos *onaá*. Sin embargo, esta variación debe explicarse basándose en los costes adicionales de ese producto, asociados a la rareza o la calidad. Hay una restricción más que debemos considerar; cuando el precio es exagerado en comparación con las necesidades del consumidor. Aquí de nuevo tenemos *onaá*. En el Talmud, se describe un caso clásico.

Un fugitivo debe cruzar un río y el barquero, consciente de ello, cobra mucho más que el precio usual. Ya que no tiene otras alternativas, el fugitivo paga el precio. Incluso si hubiera sido advertido por el barquero de que ése no era el precio usual y él hubiera estado de acuerdo en pagar de todos modos, aún tiene derecho a quejarse y recibir la diferencia de vuelta, porque esto es *onaá*. En otras palabras, en momentos de angustia y emergencia (*be-shaat ha-dejaq*), porque no tenemos alternativa, los precios ya no representan *gesheftn* (transacciones reales). Esto es muy distinto de la situación en la que un cliente tiene una opción y elige comprar un producto más caro del que ha pedido porque confía en su calidad o en la garantía que un comerciante en concreto le ha ofrecido.

Los rabinos no están interesados en controlar el mercado y no se ocupan de transacciones que impliquen precios superiores al de mercado, ya que éstos son guiados por el interés del cliente. Esta clase de interés especial es provocado por el mercado, a pesar de ser muy abstracto. La injusticia, especulación y explotación son lo que temen los rabinos. Ellos esperan que las transacciones se hagan utilizando sólo valores reales. Esto es tan cierto que lo que he llamado dinero real ellos lo llaman *jayé néfesh* (literalmente, la corporeidad o vitalidad del alma), que expresa la necesidad de mantener juntos cuerpo y alma. Este dinero real forma parte del enorme caldero de intercambios e interacciones del universo.

La *onaá* también se aplica cuando los comerciales venden al pormenor sus productos por debajo del precio de mercado por error. Al cliente se le permite comprar el producto en el tiempo requerido para que un especialista determine el precio real, mientras que el comerciante tiene un tiempo no restringido para probar que ha sufrido una *onaá*.

El elemento que garantiza la posibilidad de verdaderas transacciones en *jayé néfesh*, «vida-dinero», es el libre acceso a la información. Si ambas partes tienen toda la información necesaria sobre el mercado, sus decisiones serán pertinentes y contribuirán a la definición del mercado. Después de todo, si el consumidor ideal, como es imaginado por los rabinos, conoce el valor de las cosas en las varias dimensiones, ¿quién mejor que esa persona debería controlar sus precios?

### **La búsqueda de un precio justo**

Establecer un precio justo para las cosas es una tarea de suma importancia. Es una búsqueda sagrada que requiere la más sofisticada clase de sabiduría y justicia disponible en cada generación. Hasta el momento, hemos determinado precios basados en la oferta y la demanda. Hay otra variable, sin embargo, que debe ser considerada en esta relación, que representa los diversos mundos interconectados de la riqueza. Los rabinos llamaron a esta variable *hasagat guevul* (establecimiento de fronteras). Su origen se remonta a un

precepto bíblico (Deuteronomio 19:14) que nos prohíbe mover los mojones de la tierra de otra persona para aumentar la nuestra.

Según la Biblia, éste no es sólo un caso ordinario de robo porque, además de ser una apropiación de la propiedad de otro, representa también una invasión del sustento de esa persona. Ello se debía a que la tierra ya no atendida por su verdadero propietario constituye una pérdida adicional. La Biblia considera la tierra como propiedad en un sentido especial, ya que produce espontáneamente e interfiere de una manera más compleja con nuestra riqueza.

Lo que esto significa es que los precios reflejan no sólo el valor inherente al producto, sino también sus responsabilidades de coste para el mercado. Imaginemos, por ejemplo, un producto que, cuando es manufacturado contamina nuestros ríos. Si, además del coste de producción, incorporamos el coste que representa para el medio ambiente, como el gasto de limpieza de los ríos, estaremos llevando el precio más cerca de su verdadero valor. Estaremos tomando en consideración las deudas externas, o costes sociales ocultos, que todo bien conlleva. También estaríamos penalizando la *hasagat guevul*, que es una parte del proceso de manufactura de ese producto. Alguien que no necesita o no utiliza ese bien no debería compartir el coste de esa pérdida para el medio ambiente. La carga de limpiar el medio ambiente que las industrias deberían asumir para compensar por su «invasión de tierra pública» (*hasagat guevul*) se incorporaría al precio del producto.

En otras palabras, cada consumidor asumiría los costos de sus adquisiciones en tantos mundos como pueda prever. La ventaja es que, si todo el mundo se comportara así, estaríamos incrementando el alcance de la justicia, racionalizando los precios del mercado y gravándolos con responsabilidad. Nada está prohibido para el consumidor, mientras asuma la responsabilidad total del coste de sus aventuras.

En cierta manera, estamos ensayando este ideal cuando pagamos nuestros impuestos a instituciones que organizan los dominios social y público de nuestras vidas. Sin embargo, los rabinos creían que todas y cada una de las transacciones deberían cargar con la plena responsabilidad de sus consecuencias y cuanto más estas responsabilidades sean transferidas a los individuos en lugar de a las instituciones, mejor.

La propia definición de un mercado se relaciona con esta increíble interconexión de todo con todo. Es imposible interferir en algo aquí sin perturbar algo en cualquier otro lugar y producir así una forma diferente de equilibrio. Si miramos las cosas de esta manera, establecer un precio justo parece casi imposible. Requiere una profunda sabiduría y conocimiento de las interconexiones de este Universo. Encontrar ese precio perfectamente justo es un trabajo de toda la vida tan intrincado y meritorio que constituye la razón misma de nuestra existencia. El precio cósmicamente ajustado debería considerar y priorizar todas las cosas de acuerdo con la correlación infinita del universo. El valor real de algo con respecto al mayor mercado es un elemento que nos podría llevar incluso a informar de los más íntimos secretos del universo. Un valor real sería un parámetro absoluto.

Por esta razón, los rabinos recomiendan que evitemos alejarnos demasiado de la sociedad, de acuerdo con el dicho, *Al tifrosh tnin ha-tsibur*, «no te separes de la comunidad» o, añadiría yo, del mercado. Así es cómo la vida nos enseña que no hay valores independientes del mercado, y que los precios sólo pueden existir en el mercado. Fuera no hay precios ni valores. La luz y la oscuridad no pueden existir separadamente; una define a la otra. Un precio justo forma parte de la definición de todos los otros. De alguna manera, los precios y los valores indican que estamos en presencia de vida y vitalidad. En cualquier planeta donde haya alguna forma de vida, habrá valores y precios. En cualquier lugar donde haya vida, habrá prioridades y con ellas surgirán los

dilemas del bolsillo. Las decisiones que llegan del bolsillo revelan nuestros valores y la comprensión de nosotros mismos como seres humanos. La suma de nuestras decisiones de bolsillo es la base de las verdaderas relaciones, tan reales como cualquier cosa pueda ser. Los precios son nuestra realidad. No reflejan lo que nos gustaría. Reflejan una relación con el mundo en un momento dado y, al hacer eso, asumen un valor concreto.

Los precios descubren información sobre mundos sutiles y ocultos que prestan solidez a la realidad. Las personas sensatas —porque conocen la importancia de recabar tanta información como sea posible cuando se determinan precios— pueden organizarse el tiempo y establecer cómo quieren «gastar» esta vida. Cuanto más seguros estemos de los valores, más precisos serán nuestros valores y más significado estaremos prestando a la vida. Si conocemos los precios de la vida, evitamos la angustia de hacer malos tratos. Sin embargo, por desgracia, muy pocas personas se dan cuenta de que la fijación de precios depredadora en el mercado da lugar a confusión de valores y actúa contra la vida (*she-lo le-jayim*).

### **Tratando con los precios**

Los rabinos nos enseñan cómo tratar con las distintas situaciones del día a día relacionadas con los precios. Aquí tenemos algunos ejemplos para ilustrar el enfoque rabínico.

Rabí Safra estaba diciendo sus oraciones de la mañana cuando le llegó un cliente interesado en comprarle el burro. Dado que los judíos tienen prohibido por tradición interrumpir la oración, no contestó. El cliente interpretó este silencio como si quisiera decir que la oferta era insatisfactoria, de modo que subió el precio. Como el rabí todavía no contestó, hizo una oferta aún más alta.

Cuando rabí Safra terminó sus oraciones, le dijo al hombre: «Decidí venderte el burro por el primer precio que me ofreciste, pero no quería interrumpir mis oraciones para hacer negocios. Así que debemos tomarlo por el primer precio; no aceptaré las ofertas más altas».

Rabí Safra logra llevar la cuenta del precio justo, evitando la tentación de tomar ventaja de la situación. Los buenos negociantes sólo toman ventaja de una situación cuando es «real». Se dan cuenta de que, si el coste de perder la fe en el mundo de intercambios es superior a la ventaja temporal ganada al cerrar el trato, la oportunidad es falsa.

Al mismo tiempo, saben que los actos de buena voluntad deben necesariamente ser bien pensados para que no sean contraproducentes. El mercado no es lugar para la ingenuidad.

Veamos este ejemplo en el que se hace obvio que las buenas intenciones no son suficientes.

Samuel era sabio y tenía el hábito de almacenar comida cuando podía comprarla barata. Cuando los precios subieran, vendería sus productos a precios más bajos a los pobres. No mucho después de hacer exactamente esto, recibió noticias de otra persona prudente pidiéndole que parara. ¿Por qué? Porque su hábito de almacenar los bienes podía de por sí estar causando un incremento de los precios y, una vez que hubieran subido, se mantendrían altos.

Para impactar de forma positiva en el mercado, es esencial que sepamos algo sobre su naturaleza. De la misma manera que como el navegante conoce el mar, sus secretos y trampas, los que circulan por el mundo de los negocios deben conocer las idiosincrasias de cada mundo. Los mundos material, emocional, intelectual y espiritual de sustento son distintas dimensiones. Los buenos navegantes, como los buenos astronautas, se comportan con completa conciencia de que están rodeados por una realidad que es diferente de la que experimentan en tierra.

Los rabinos también se preocuparon por el producto en sí mismo. De la misma manera

que hoy día los códigos del consumidor requieren que el producto sea exactamente lo que se supone que es, los rabinos nos advirtieron constantemente sobre pesos y medidas. En la propia Biblia, hay dos recomendaciones (en Levítico y Deuteronomio), que serían una simple norma para pesos y medidas, además de la obvia referencia a la honestidad esencial al utilizar estas normas. La Mishná (*Baba Boira* 5:10) ilustra este punto.

El propietario de un gran almacén debe limpiar sus escalas o rasero de medir cada treinta días, y un pequeño propietario de almacén debe hacerlo una vez cada doce meses.

Rabán Shimón ben Gamaliel dijo lo contrario: «Un propietario de pequeño almacén debería limpiar sus instrumentos de medición más frecuentemente, porque con la falta de uso, sus escalas se hacen polvorientas y pegajosas, perdiendo su precisión.

Además de esto, los propietarios de almacenes deberían limpiar sus escalas dos veces por semana, pulir los pesos una vez por semana y vaciar los platos después de cada pesa».

Por supuesto, los rabinos sabían que era difícil de controlar. Con frecuencia, se preguntaron si debían advertir a la población contra posibles robos. Rabí Yojanán dijo: «Me resulta difícil hablar de pesos falsificados y me resulta difícil evitar hablar de ellos. Si entro en detalles sobre el arte de pesar, los de mente perversa pueden utilizar este conocimiento. Por otra parte, si no les hacemos saber que somos conscientes de sus trampas y que la población podría llegar a conocerlas, nos tomarán por tontos y continuarán haciéndolo». Rabí Samuel dice que rabí Yojanán decidió revelar su conocimiento basado en un versículo de Oseas (7:12): «Los malvados serán atrapados en sus propias redes».

La información es todavía nuestra mejor protección contra los «malvados» del mercado.

### **Precios y calidad de vida**

Así pues, vemos que deberían considerarse los costes sociales ocultos para que podamos gravar cada producto con su responsabilidad respecto al mundo. En esencia, los precios determinan la calidad de vida de una población. Para fijar los precios debemos establecer criterios de conexiones entre el producto y las consecuencias de su producción. Éste es un concepto conocido como *geri delei* (conexión directa), por el que relacionamos cada actividad económica con sus responsabilidades.

En el Talmud, hay un ejemplo de *geri delei* referido a Papi Yoná, que ganó un juicio contra productores de aceite de sésamo que trabajaban al lado de su casa, reclamando que su método de producción causaba tanta vibración que sacudía toda la casa.

Otro caso contemporáneo muy ilustrativo es debatido por rabí Meir Abulafia. Estableció que las personas de un vecindario podían pedir el cierre de cualquier actividad económica que generara tráfico en su área. Tráfico significa dos tipos distintos de problemas: contaminación acústica y de tiempo. En este caso, contaminación de tiempo, o la pérdida de tiempo de cada uno en atascos, fue una razón objetiva para las sanciones a la actividad económica que estaba causando el problema.

Las personas de una sociedad pueden elegir los costes, poniéndose de acuerdo, por ejemplo, en el precio de afrontar el tráfico en las calles públicas. Sin embargo, podría ser la responsabilidad de ciertos negocios incorporar los costes sociales ocultos al precio de sus productos para mejorar esta situación. Un producto dado puede tener un precio elevado, con un aumento para contribuir a la construcción de alternativas de tráfico que eviten la contaminación de tiempo. Las tasas usuales, en este caso, sólo necesitarían cubrir los costes de estructura del mantenimiento de tráfico. Toda persona o institución que cause contaminación de tiempo más allá del coste mínimo compartido por la población en sus tasas, soportaría la carga financiera de ello.

Los criterios de conexión son esenciales para tales evaluaciones y deberían formar parte de nuestra cultura y manera de pensar. Todos los que se cuentan como parte de esta enorme empresa internacional de seres vivos deberían hacer un esfuerzo extra.

### **Competencia**

Hemos visto hasta el momento que, durante los últimos dos mil años, los rabinos han creído en una economía de mercado. Creían que la competencia ocultaba el arte sagrado de establecer precios, mercado, significado y vida. En la Mishná (*Baba Metsia* 4:12) leemos sobre esto:

Rabí Yehudá dijo: los comerciantes no deberían dar almendras a los niños porque esto les animaría a comprar sólo en sus tiendas y generaría una competencia injusta, pero nuestros sabios pensaban de forma diferente y lo permitieron.

Rabí Yehudá también solía decir que un comerciante no debería ofrecer productos por debajo del precio de mercado, pero los sabios dijeron que si alguien se comporta así, su recuerdo debe tener una bendición.

Los límites de la competencia se extraen de los diversos conceptos que hemos mencionado hasta el momento, tales como evitar el robo y la *hasagat guevul* (invasión del sustento de otra persona) y de nuestro constante esfuerzo por el enriquecimiento del mundo. Los rabinos también se oponen fuertemente a los monopolios. En el Talmud, se menciona a una familia cuyo nombre debía ser borrado de la memoria porque era reservada y obstaculizaba la competencia honesta en su actividad económica.

La competencia es un tipo de interacción en el mercado. No deberíamos perder de vista el hecho de que estamos aquí para *competir* en el sentido literal de la palabra: «buscar juntos». En ese contexto, el acto de competir es una búsqueda colectiva, una forma de cooperación que favorece el establecimiento de un ecosistema esencial para el mercado y el intercambio.

## 7

### Agentes del sustento

#### **Suerte**

Puedes tenerlo todo, siempre que no sea contra la voluntad de Dios.

*Refrán yídish*

En la tradición judía, decimos que *a bissale mazel* (yídish, «un poco de suerte») constituye toda la diferencia. «Una pizca de suerte vale más que una libra de oro», así continúa el dicho. Pero, ¿qué es la suerte? Una tradición que predica la interconexión y las responsabilidades a largo plazo no puede responder de un elemento que implica encontrarse por casualidad estar en el lugar correcto en el momento correcto. Si lo hiciera, estaría admitiendo la existencia de elementos caóticos y aleatorios en este mundo y, al mismo tiempo, que estos elementos explicarían muchos acontecimientos que vemos a través de la luz de nuestro intelecto y también corroerían nuestra creencia en la Divina Providencia (*hashgajá*). Después de todo, ¿habría alguien repartiendo esta suerte o sería la bendición completamente aleatoria?

*Mazal*, traducido aquí como suerte, en su original hebreo significa destino. El destino, según el Talmud, significa que «todo está en manos de Dios, excepto nuestra veneración por Él». Todas nuestras decisiones, toda nuestra libre voluntad, están limitadas a esta dimensión, a si veneramos a Dios o no. Nuestra libertad radica sólo en ser capaces (o querer) entender nuestras experiencias a esta luz o no. Nos resulta difícil aceptar que todo, excepto la fe, está predestinado. No hay proceso en este universo, grande o

pequeño, complejo o simple, que no pueda ser pronosticado. Sin embargo, la fe es impredecible. En este pequeño intervalo en que escogemos venerar a Dios o no, nos encontramos con todas las sorpresas y todas las «oportunidades» del universo, y es exactamente en el mundo físico donde libramos esta batalla entre venerar o no. A causa de la concreta naturaleza de este mundo, nuestra fe debe ponerse a prueba. La materia puede corroer la fe, pero también es la única dimensión en que la fe puede surgir. Cuando vamos más allá de los objetivos, el significado y la lógica que nos ofrece el mundo físico, estamos generando las materias primas con las que construimos nuestra fe.

Nosotros, los humanos, vivimos en un medio físico donde tenemos acceso a tomar decisiones y la libre voluntad, y esta dimensión nos ofrece suficiente poder de toma de decisiones para poder reconocer y reverenciar un orden subyacente o no. Esto es lo que importa. La suerte de la que estamos hablando es justo una clase de ilusión que resulta cuando se encuentran la vida y este medio físico. Estar en el lugar adecuado en el momento adecuado es una posibilidad real en esta dimensión.

Sin embargo, ésta no es la suerte a la que nos referimos cuando utilizamos la palabra *mazal*. *Mazal* es un pequeño milagro, una chispa del milagro mayor en que estamos inmersos, que a veces podemos evocar. *Mazal* es cuando transformamos *seguía*, o tesoro, en el «lugar adecuado, momento adecuado». Es como uno de esos videojuegos en los que cada mil puntos, por ejemplo, hacen posible desaparecer de la pantalla, hacerse invulnerable o recrear el paisaje tan bien como le encaje a uno. Sin embargo, los que juegan de forma regular se dan cuenta de que es mejor no usar estos recursos. Hay muchas desventajas en utilizarlos y las puntuaciones más altas usualmente van a jugadores que evitan estos extras; aun así, a veces utilizar estos pluses nos ayuda a continuar en el juego. Es como una *bissale mazel*. Es bueno si tenemos un poco de suerte y a veces saber que podemos contar con ella es un regalo en sí mismo.

Desperdiciar demasiado *mazal* es preocupante, como vimos antes en el ejemplo de la rueda, cuyo punto más alto es también el principio de la caída. Por esta razón, también damos la bienvenida a un poco de «mala» suerte en la tradición judía. Cuando a alguien se le cae un plato y se rompe, decimos: «*mazal tovl*» (¡Buena suerte!). En otras palabras: «Es bueno que no agotes tu buena suerte en evitar que ese plato se rompa». Eso sería un verdadero desperdicio.

Esta es la ironía que subyace a nuestra gratitud por nuestros pequeños momentos de mala suerte que, en cierta manera, incrementan nuestra buena suerte en su conjunto. En consecuencia, la suerte es muy relativa. También significa tener suerte en el momento adecuado y para la cosa adecuada. Si miramos las cosas de esta manera, no todo el mundo reconoce la suerte cuando se le presenta y, a veces, lo que creemos que es buena suerte en realidad es mala.

Con frecuencia, los rabinos evocan la suerte para complementar algo que inevitablemente sucederá para que lo haga sin retraso ni problemas. En este caso, la suerte es un esfuerzo de último minuto para acelerar algo que sucederá de cualquier modo. Por esta razón, no idolatramos el *mazal*, sino que lo recibimos cuando llega en el momento adecuado y por la cosa adecuada.

Si tuviéramos que pedir una explicación mecánica del *mazal*, los rabinos nos dirían que está relacionado con los sistemas de sustento que hemos tratado antes. El *mazal* se da cuando una necesidad deja esta dimensión y va a otros mundos en busca de sustento. Cuando vuelve, aflora mágicamente. La suerte es la materialización de nuestro sustento cuando llega de otros mundos a la dimensión material. Estos acontecimientos nos sorprenden porque no los entendemos. Una necesidad va de este mundo a otro de tal manera que no podemos seguirla y vuelve satisfecha. Esta es la discontinuidad de causa

y efecto que llamamos suerte.

Sin embargo, ¿cómo podemos encontrar suerte cuando la necesitamos?

Es posible, e incluso necesario a veces, llamar a la suerte. Rabí Najmán solía instar a la gente: «Amigos míos, haced uso de vuestros tesoros». Estaba intentando señalarnos las riquezas que tenemos en los distintos mundos y que no sabemos cómo usar. Si entiende la interconexión entre los diversos mundos de riqueza, entonces conoce los peligros de concentrar toda su riqueza en una sola dimensión. Así descubrirá que puede transferir estas riquezas de una dimensión a la otra cuando sea necesario.

Sin duda, el primer paso hacia llamar a la suerte es estar absolutamente seguro de que estos recursos, estos tesoros de otras dimensiones, son reales. La siguiente historia *jasídica* puede ayudarnos a entenderlo.

Rabí Yitzhak vivía en la ciudad de Cracovia y era muy pobre. Durante tres noches enteras, soñó con un tesoro escondido bajo un puente de Praga. El sueño era tan intenso que decidió ir a Praga para buscar el tesoro. Cuando llegó, descubrió que el puente estaba custodiado día y noche por los soldados del rey. Esperó allí hasta que el capitán de la guardia fue a preguntarle qué quería. Rabí Yitzhak le contó su sueño.

«¿Quieres decirme que crees en ese sueño?», rió el capitán. «Si yo creyera en los sueños, entonces habría viajado a la lejana ciudad de Cracovia para encontrar un rabino, creo que su nombre era Yitzhak, ¡porque soñé que había un gran tesoro enterrado bajo su cama!» Rabí Yitzhak le dio las gracias al capitán, se fue a casa y encontró el tesoro bajo su propia cama.

Esta historia nos recuerda que la verdadera fuente de todos los tesoros es interna. Nuestros tesoros no sólo están en nuestras propias casas, sino más específicamente bajo nuestras propias camas, profundamente enterrados en nuestra esencia. La búsqueda de tesoros externos no sólo está ligada al fracaso, sino que puede incluso impedirnos que encontremos los tesoros que están bajo nuestras propias camas.

Si somos prudentes, llamamos a la suerte desde dentro y no desde alguna fuente externa. Cualquier fuente externa de suerte tendría que correr paralela a las determinaciones de la gran fuerza de este universo. Si esto fuera cierto, entonces la suerte sería externa al mercado. Y éste no es el caso.

Las personas sensatas utilizan el tesoro «bajo sus camas» para abrir una ventana y convertir la moneda de una dimensión a la otra. Y, como si fuera por milagro... ¡parece un *bissale mazel*, un poco de suerte! ¿De dónde llega? Del tesoro oculto bajo la cama.

Debemos darnos cuenta, sin embargo, de que puede no haber una verdadera ganancia en la suerte, porque los recursos sólo se están transfiriendo de un mundo a otro.

Si tenemos esto en mente, nuestra relación con la suerte cambia. La suerte puede ser fructífera si compensa una carencia, pero es un desperdicio si conlleva un excedente. Los que son sensatos lo saben y no desean la suerte como un medio de acumular. Cualquiera que trabaje en el mercado sabe que acumular puede salir muy caro. Acumular significa almacenar costes, la posibilidad de que se estropee y la depreciación del producto a causa de la pérdida de liquidez. La suerte es como el dinero en efectivo y siempre es bueno tener un poco de capital circulando en nuestras vidas.

El Talmud nos cuenta una historia sobre rabí Janina que hace hincapié en la atención que debemos prestar a nuestras inversiones. Dado que rabí Janina era un hombre muy pobre y bien conocido por su acceso al Cielo, era desafiado por su esposa. «Janina, ya que eres conocido como un hombre cuyas oraciones son escuchadas en el Cielo, ¿por qué no haces algo para superar nuestra miseria? ¿Por qué no pides un poco de dinero?».

«Pero si somos ricos», respondió Janina, en un tono muy confidencial.

«Sí, lo sé», replicó su esposa, «pero, ¿qué hay de hacer unos pocos reintegros de vez en cuando?»

Movido por el requerimiento de su esposa, Janina rezó. Su deseo le fue concedido y del Cielo bajó una mano que llevaba una pata de mesa hecha de oro macizo. El objeto valía lo suficiente para mantenerlos durante el resto de sus vidas.

Sin embargo, esa noche Janina tuvo un sueño. Soñó que estaba en el palacio celestial donde los hombres justos de todos los tiempos estaban reunidos alrededor de la Divina Presencia. Cada uno estaba sentado en una mesa hecha de oro. De hecho, eran mesas de tres patas de oro. Entonces Janina se dio cuenta de que su mesa tenía sólo dos patas.

Cuando se despertó, le contó a su mujer el sueño. Los dos estuvieron de acuerdo en que deberían rezar para devolver el objeto. Otra vez una mano descendió del Cielo y recogió la pata de oro.

Los rabinos comentan que el segundo milagro fue mayor que el primero, ya que el futuro es más fácil de cambiar que el pasado.

Lo que los rabinos están realmente diciendo es que resulta más fácil convertir el dinero en efectivo en un bien específico que invertir el proceso y convertir de nuevo el bien en «dinero en efectivo». Es mejor mantener la suerte en su estado convertible que pedirlo intentando saldar deudas que podrían saldarse en su propia dimensión material.

Hay un tipo de verdadera ganancia en la suerte. Es una ganancia que se mide no en recursos, sino en conciencia. La suerte nos ayuda a advertir la existencia de estos mundos paralelos de riqueza. El gran plus es que nos sorprende. Y todos nosotros necesitamos ser sorprendidos para abrir nuestros corazones a estas otras dimensiones. Esta es la importancia del *bissale mazel*.

En Éxodo 7:9, se nos habla de la instrucción de Dios a Moisés de cómo acercarse al faraón y pedir la libertad de su pueblo de la esclavitud en Egipto: «Cuando el faraón os diga "haced algún prodigio para vosotros", dirás a Aarón, "echa tu cayado al suelo y se convertirá en una serpiente"». Los comentaristas se dieron cuenta de lo extraña que era la frase. ¿No diría el faraón, «haced un prodigio para mí» y no «para vosotros»? Pero los mismos rabinos respondieron: «No, el reto del faraón es correcto. Para comprobar el verdadero poder de Moisés, desea saber si Moisés puede realizar un milagro que le sorprenda incluso a él mismo».

Cuando un mago realiza sus trucos, no hay mejor demostración de poder que cuando intenta sorprenderse a sí mismo. Después de todo, ¿qué hay de especial en el truco que ya sabemos que podemos hacer? Ser capaz de sorprenderse uno mismo muestra gran poder, y ésta es la verdadera ganancia que resulta de la suerte.

Cuando nos sorprendemos, abrimos los ojos para descubrir nuestros propios tesoros y, como rabí Najmán solía decir: «Puedes hacer uso de tus tesoros». En estos usos, en estas inversiones, ninguna cantidad de precaución es demasiada.

## Ángeles

Nuestras observaciones sobre la suerte son una ampliación de la idea de interconexión entre todo y todo el mundo. En otras palabras, lo que llamamos buena y mala suerte no es nada más que la riqueza o escasez de otros mundos cuando se interpreta desde un punto de vista material. Cuando no conseguimos entender del todo esta interconexión, nos enfrentamos a situaciones inesperadas que llamamos suerte. Por esta razón, cuando menos lo esperamos, nos sacuden coincidencias y sincronías que nos intrigan. Estas «coincidencias» son situaciones de esta dimensión que se elevan a dimensiones superiores y son influidas por ellas. Cuando vuelven a esta dimensión, aparentemente reflejan una discontinuidad entre causa y efecto. Esta discontinuidad nos fascina, especialmente cuando oculta una relación entre acontecimientos que parece que no podamos captar. Un hecho objetivamente aleatorio se hace misterioso cuando nos damos cuenta de cómo, de forma apropiada, parece encajar en nuestra realidad.

Sorpresas de este tipo siempre han sucedido. Sin embargo, la experiencia humana empobrece la realidad hasta tal extremo que, cuando descubrimos uno de estos «misterios», nos quedamos atónitos. La interconexión entre los diversos mundos, que con frecuencia no advertimos, es responsable de estas manifestaciones de asombro, Entre estas manifestaciones se encuentran los ángeles (en hebreo, *malakhim*; singular, *malakh*; literalmente, mensajero o agente). Los ángeles son elementos de conexión entre los distintos mundos. No son seres, sino «motivaciones» que controlan personas, situaciones u oportunidades. Son los mensajeros de lo que llamamos buena y mala suerte en el mundo de la *asiyá*.

La tradición rabínica (*Génesis Raba* 50:2) dice que «un ángel nunca está a cargo de más de una misión, al igual que dos ángeles nunca están a cargo de la misma misión». Cada motivación es enviada de un mundo a otro para una destinación específica, porque fueron llamados desde nuestra dimensión. En otras palabras, cualquiera de nosotros podría ser tomado por una de estas motivaciones y convertirse en un mensajero, un facilitador entre mundos. Sin advertirlo, somos inducidos a hacer cosas. Presentamos a ciertas personas o las acercamos a oportunidades o, a causa de algo que hacemos, alguien está en un cierto lugar en determinado momento. ¿Cuántas veces nos sentimos intrigados por el especial afecto de alguien porque hemos sido decisivos en su vida? Y a veces ni siquiera recordamos la situación que esa persona considera tan significativa. Lo que sucede es que somos parte de las interconexiones de este universo y, como tales, nos convertimos en agentes de suerte, sea buena o mala. Se nos hace ángeles y cumplimos nuestra misión mediando por estas motivaciones.

Las motivaciones van de la *seguid* a la *zekhut* (mérito) y pueden colmarnos o confirmar nuestras carencias. En un cuento *jasídico*, el rabino de Keretzer decía: «Cuando ayudamos a alguien, creamos el ángel llamado Azriel [literalmente, ayudante de Dios]. Cuando contribuimos a la *tse-daqá* [justicia], creamos el ángel llamado Tzadkiel [literalmente, hacedor de justicia de Dios].»

Cuando somos conscientes de estas interconexiones, enviamos a otros mundos intenciones que más adelante regresarán como motivaciones. Si prestamos atención, nos damos cuenta de que estas intenciones son ya motivaciones en esta dimensión; sin embargo, sólo cuando regresan a nosotros como ángeles, afectándonos directamente, advertimos su presencia... para gran sorpresa nuestra.

Éste es el elemento más atemorizador de nuestra realidad. Descubrimos que no siempre nos estamos dirigiendo a donde pensamos que lo hacemos, o por las razones que creemos. Somos mucho más interactivos de lo que imaginábamos. Esta es una visión tan peligrosa que los que hurguen demasiado en ella pueden experimentar disturbios emocionales. El alcance de nuestra esencia interactiva está perturbando de forma extrema nuestro sentido de los límites del ego. Sin embargo, si por una parte esta comprensión puede desconcertarnos, por otra favorece la verdadera comprensión de ciertos procesos de mercado y vida.

Después de todo, en el mismo centro de la red de interacción se encuentra el precio justo, que es el valor absoluto de algo. Cada uno de estos precios es responsable de la generación de todo un mercado, y no ha otra manera de tener acceso a estos precios más que por medio de nuestras interacciones. ¡Los precios no son nada más que los productos de interacción!

En el mundo de los negocios, el mundo del *gesheft*, estas motivaciones circulan en abundancia. Son las mismas motivaciones que salen a la superficie como sustento en nuestras interacciones del día a día. Creamos constantes oportunidades para nosotros mismos y otros actuando como ángeles, mensajeros del sustento. Al igual que algunos pájaros polinizan plantas, nosotros participamos en la fertilización de numerosos

procesos de sustento.

He insistido, hasta aquí, en que la riqueza es un elemento no sólo de la dimensión material. Por consiguiente, los ángeles deben ser muy cuidadosos al transportar cosas de una dimensión a otra. Debemos tener en mente que un ángel puede trabajar por el enriquecimiento o el empobrecimiento y como ilustra el siguiente cuento *jasídico*:

El rabino de Rimanov soñó que había ascendido a los Cielos y oído por causalidad a un ángel pidiéndole a Dios que le permitiera bajar riquezas a la gente. El ángel estaba diciendo: «Ve lo piadoso que es tu pueblo y la miseria en la que vive. Dale riqueza y aún se dedicarán más a ti».

Entonces el rabino preguntó quién era ese ángel y se le dijo que su nombre era Satán. El rabino exclamó inmediatamente: «¡Déjanos en la pobreza, oh Eterno! ¡Sálvanos de los favores de Satán!».

El rabino de Rimanov sabía que el sustento y la riqueza no siempre resultan de interconexiones favorables. Con frecuencia, somos mensajeros de motivaciones que suscitan malas consecuencias. Cuando esto sucede, nos convertimos en mensajeros de Satán, poniendo obstáculos a una vida más rica. Cada ganancia, cada poco de suerte, cada momento de sustento debería llegarnos sin sentimientos de duda o ambivalencia. Si éste no es el caso, deberíamos sospechar que estamos poniendo obstáculos a la riqueza, en lugar de mensajes de sustento.

## 8

### Obstáculos a la riqueza

El «otro lado» (*sitrá ajará*) es el nombre que la tradición judía da a lo que es malo; sin embargo, no lo consideramos una entidad independiente. Como su nombre indica, es el *otro* lado. La palabra hebrea *satán*, usualmente traducida por «adversario», también podría traducirse en el sentido de «efecto lateral». Cuando se mira desde el punto de vista humano, los efectos laterales del mal de la vida no parecen ser aleatorios. Son los obstáculos a los que nos enfrentamos en la vida y que sentimos que fueron colocados allí intencionadamente. Su disposición es tan acertada que incluso imaginamos que hay un estrategia inteligente detrás de ellos. Sin embargo, esta inteligencia forma parte del otro lado, el lado sombrío de nuestras experiencias físicas y materiales. Cuanto más compleja es la vida, cuanto más tenemos que perder, más intenso es el Otro Lado. Como más intensa es la luz, más fuerte es la oscuridad, que es el efecto de la materia cuando se expone a la luz. Esta es una de las dificultades de ser un cuerpo o residir en él. Durante milenios, la religión ha puesto énfasis en que somos prisioneros de nuestro mundo material. Dado que el mundo material requiere que comprendamos todo lo que vemos a través de esta perspectiva, intentamos transformar todo en «cosas» y reconocer sólo la realidad material. Cuando miramos los colores, por ejemplo, lo que estamos viendo no es una propiedad absoluta de un objeto, sino la manera en que la luz y la radiación afectan a nuestros ojos. Todo lo que percibimos sobre la materia es una manifestación efímera destinada a desaparecer como resultado de la finitud de la propia vida, y la posibilidad de «pérdida» que debemos soportar en el mundo material es parte de la misma realidad, como «poseer» es el otro lado.

No podemos borrar este otro lado de nuestro mundo material. Por esta razón, la espiritualidad es tan importante, ya que las cosas relacionadas con el espíritu no tienen «otro lado». Lo que pertenece al alma y al crecimiento espiritual no proyecta sombra y es una forma de «tener» sin el temor a la pérdida. Éste es nuestro aspecto divino, nuestra «imagen y semejanza», que nunca perderemos, ni siquiera con la muerte.

Por este motivo, la prosperidad es una condición tan complicada. Si somos honestos, debemos admitir que la riqueza no nos alivia las agonías y contradicciones del mundo material. En cierto sentido, no hay diferencia entre riqueza y pobreza. Es obvio que la miseria es un mal destructivo, porque nos impide participar en el mercado y sus increíbles oportunidades; sin embargo, la pobreza, que es también una condición física de la materia, sólo se refiere a una dimensión del mercado. Como los colores que vemos, «rico» y «pobre» son sólo percepciones que aprehendemos utilizando nuestros aparatos corporales.

A pesar de que la riqueza no representa una ventaja extra respecto a la pobreza en los otros mundos, puede ser un gran obstáculo para la riqueza en estas otras dos dimensiones.

El rabino de Chernobil solía decir: «Entre pobreza y riqueza, siempre he escogido la pobreza. Es la mejor protección contra la mezquindad y la debilidad del espíritu.

Comprar es barato y fácil. Por consiguiente, es un buen trato. Si somos pobres, no necesitamos luchar desesperadamente contra la envidia y la competición. No damos explicaciones a nadie y no tenemos que vérnoslas con la sospecha, y las personas nos entienden sin tener que justificarnos o explicarnos. ¡Os lo suplico, amigos, no me privéis de este tesoro!».

La riqueza es una cosa difícil. Nos enfrenta constantemente a la efímera naturaleza de la vida, oculta nuestros momentos de descenso en la rueda y a veces hace que perdamos mucho tiempo. No estoy elogiando la pobreza. Los rabinos son claros en este punto; aumentar la riqueza del mundo es un mandamiento. Aun así, se nos ha advertido que tratemos cada momento de fortuna con precaución, ya que puede convertirse en un gran obstáculo para la verdadera riqueza. Si está prosperando, en primer lugar le deseo «*¡mazal tovl*» (¡enhorabuena!), y luego le recomiendo que busque ayuda. Primero de todo, disfrute, e inmediatamente después intente equilibrar su riqueza en los diferentes mundos. Una de las herramientas con las que puede hacerlo es la *tsedaqá*.

El rabino de Tsechiv comentó sobre la bendición sacerdotal con la que Dios ordenó a Aarón y a sus descendientes bendecir a los israelitas (Números 6:24): «El Señor te bendiga y te guarde». El rabino preguntó: «¿Por qué "bendecir" y "guardar"? Cuando somos bendecidos, ¿no lo tenemos todo? Con frecuencia la riqueza conlleva cosas malignas y por esta razón los sacerdotes bendijeron a las personas con estas palabras. Querían que fuéramos bendecidos con riqueza y, al mismo tiempo, protegidos de ella».

Este comentario nos ayuda a entender una de las cosas más complejas en la vida. Hay una constante asociación entre este y otros mundos, entre los seres humanos y la divinidad. Las bendiciones no son gracia divina; ni tampoco son el cumplimiento de nuestras expectativas humanas respecto a la vida. Es en la «salvaguada» donde vemos el enlace entre cielo y tierra. Al dejar las puertas abiertas a los mundos superiores, experimentamos fe y esperanza. No queremos simplemente esperar que estas puertas se abran y se nos colme de bendiciones, sino aprender a abrir las puertas a una inversión de mercado, que es mucho mayor que la que vemos en esta dimensión material.

En consecuencia, la salvaguada es el complemento de la bendición y no significa que uno sea especial o «amado» por Dios. Cuando somos sistemáticamente bendecidos, a veces caemos en la trampa de creernos especiales. ¿Cuántos de nosotros usamos nuestras bendiciones materiales para inventar una visión del mundo que es un obstáculo para la verdadera riqueza? Tomémonos un poco de tiempo para reflexionar sobre esta parábola *jasídica*, que intenta explicar por qué personas malvadas a veces parecen recibir más bendiciones que personas justas:

Es como un rey que tiene dos hijos. Cada uno de ellos llega al banquete real para recibir un regalo.

El primer hijo sólo tiene que llegar a la puerta del salón y su deseo es otorgado. El padre tiene poco amor por este hijo y su misma presencia le molesta. El rey ordena que sus requerimientos sean concedidos en la puerta de modo que él no tenga que levantarse de la mesa.

Luego llega el hijo favorito. Al padre le produce gran placer su llegada y no quiere que se vaya con tanta rapidez. Por eso retrasa la concesión de sus requerimientos, esperando que su hijo se le acercará más. Cuando el hijo se aproxima, siente el alcance del amor de su padre por él y no es reactivo siquiera servirse de la mesa del banquete.

Los que son bendecidos deberían darse cuenta del favor de ser salvaguardados, de servirse ellos mismos de la mesa. Los que son salvaguardados por el paseo de Dios por los otros mundos, descubriendo otros mercados e invirtiendo en ellos. Podemos incluso imaginar una ascendente escala de valores para la bendición y salvaguarda que nos ayudaría a entender las posibles inversiones que podríamos hacer con nuestras bendiciones de modo que resultaran también en protección divina. La tabla siguiente muestra posibles inversiones en los distintos mundos

Así que éstas son las inversiones: en el mundo material, trabajamos por el establecimiento y enriquecimiento del mundo por medio de la *tsedaqá* y la valoración responsable de transacciones. Si lo hacemos, incrementamos el *nekhes*, la propiedad. En el mundo de las emociones, la inversión está en la *guemilut jasaditn*, actos de amabilidad para con los demás. La *guemilut jasaditn* es distinta a la *tsedaqá*. La *tsedaqá* es justicia y sin ella nuestro dinero contiene robo. La *guemilut jasadim* son actos de «caridad». Son gestos que reflejan una preocupación por los demás nacida de una proyección del amor por nuestro vecino y la identificación con él o ella. La *guemilut jasadim* abre las puertas del mundo emocional e incrementa los tesoros que nos son accesibles en momentos de necesidad.

En el mundo del espíritu, la inversión está en el *qedos-him tthyú*. Ésta es la expresión bíblica que nos exhorta a todos a convertirnos en «sacerdotes» o, como dice la expresión: «Sed santos, pues yo soy santo» (Levítico 11:45). La palabra *santo* en hebreo, *qadosh*, viene de la raíz que significa «separar». Hacer algo santo o sagrado significa diferenciarlo de las otras cosas. Esta inversión requiere que vayamos más allá de la ética normativa primitiva y nos comportemos basados en la ética de un *tsadiq* (persona justa). En la dimensión de la santidad, ni siquiera es necesario identificarse directamente con la otra persona; no se ama al prójimo porque él o ella podrían ser uno mismo. Simplemente se internaliza este amor por cualquier cosa viviente y por todo lo que interactúa. Sin embargo, puede tratar con las diferencias de una manera tan especial que empiece a operar como si todo fuera sagrado. En este nivel, ya no experimentamos pérdida y, cuando experimentamos una ganancia, es en la forma de *zekhut*, mérito. Aquí es donde cruzamos el límite a lo que podemos tomar de este mundo.

Al mundo de la Emanación, por otra parte, los rabinos se refieren como «el espacio vacío donde ya no hay derecha o izquierda», y en él no hay ganancia. No había pérdida en el nivel previo y aquí tampoco hay ganancia. Éste es el mundo del *lishná*, donde las cosas se hacen por su propia causa. En este mundo, no hay recompensas, no hay enriquecimiento, ni manifestación de sustento. Al mismo tiempo, todos los demás mundos están bajo la constante influencia de esta dimensión.

En el mundo de la emanación, no interactuamos con otros como si se diferenciaban de nosotros de una manera absoluta y por ello no hay mérito implicado en absoluto.

En esta dimensión donde no hay *otro*, donde todo es uno, todas las transacciones implican estudio. La Tora —el Testamento— representa una inversión que nos llegó de mundos superiores y fue para nosotros una gran revelación. No una revelación en palabras o contenido, sino por encima de todo en el concepto de estudiar *lishná*,

estudiar con ningún otro propósito que el aprendizaje en sí mismo.

Hay una historia de un rabino al que se le permitió entrar en el mundo venidero. Al principio, quedó decepcionado porque había esperado encontrar un gran palacio donde los justos vivieran con lujo, rodeados de maravillas. Todo lo que encontró fue gente estudiando en una *yeshivá* (escuela) celestial. De modo que preguntó: «¿Eso es lo que hacen aquí? ¿No es lo que hicieron durante su vida en la tierra?». Llegó la respuesta: «Sí, ¡pero ahora *entienden* lo que estudian!».

En el mundo venidero, estudiar y entender son lo mismo. En esta dimensión, no hay otro lado, porque todos los lados convergen en uno.

	<i>Bendiciones en...</i>	<i>Pueden salvaguardar...</i>
<i>Mundo</i>	<i>Riqueza</i>	<i>Inversión</i>
ATSILUT Emanación	LISHMÁ «Por su propia causa» Sin representación en la riqueza	ESTUDIO, APRENDIZAJE
BERIÁ Creación	ZEKHUT mérito	QEDOSIM TIHYÚ Ser santo
YETSIRÁ Fundamento	SEGULÁ Tesoro	GEMILUT JASADIM Acto de amabilidad
ASIYÁ Acción	NEKHES Bienes materiales	TSEDAQÁ Valoración responsable

## 9

### Muerte y riqueza: ¿puede llevársela consigo?

Hemos visto que en la dimensión de la santidad podemos acumular riqueza que no tiene otro lado. En otras palabras, no podemos sufrir pérdida y, a causa de ello, son riquezas que pueden seguirnos incluso más allá de esta dimensión. De hecho, no son pertenencias materiales en absoluto, si eso tiene algún sentido.

Pensémoslo. Muchas personas imaginan que tener dinero en efectivo es bueno. En cierta manera, esto parece cierto, ya que con dinero en efectivo podemos abrir muchas posibilidades al «tener». Sin embargo, el inversor astuto está en desacuerdo. El dinero en efectivo no es una inversión, sino una retirada de inversión. El dinero en efectivo es sólo sustento momentáneo. Un claro ejemplo de esto fue el maná que Dios hizo caer de los cielos en la correcta ración diaria. Los que intentaron reunir más que su parte diaria estaban robando las posibilidades de alguien más, mientras que la porción que almacenaban se pudría. Lo mismo sucede con el dinero en forma de monedas: se pudre. Por ello, debemos trabajar por nuestro sustento futuro e invertir en cosas que no se estropeen. Si lo hacemos, acabaremos poseyendo cosas que no son posesiones, sino expectativas de propiedad en las que invertir, esperando que algún día se convertirán en posesiones.

¿Y cuáles son las posibles inversiones? Podemos invertir en la vitalidad de otras personas, en su creatividad. Podemos apostar por su suerte u organización. Podemos invertir en alimento o producción de energía, o en materias primas de todo tipo. Todas estas opciones son parte del maná que nos ofrece cada día el mercado. Los rabinos

creían que el dinero en efectivo también podía almacenarse en forma de interacciones. Para ellos, algunas de nuestras mejores inversiones, las más resistentes a decaer, son las que obtenemos por medio de ser santos.

En la Biblia, hay un pasaje muy especial que contiene el secreto del que deducimos muchas de las cuestiones que hemos discutido hasta el momento. Los Diez Mandamientos son una lista de «inversiones» que deberíamos hacer para juntar dividendos de nuestra vida de comunidad. Hay un pasaje similarmente importante conocido como *qedoshim* (cosas sagradas). En este pasaje (Levítico 19-20), encontramos mandamientos dirigidos a los justos, los secretos ocultos de cómo «invertir» para obtener el sustento de la Sociedad mayor, que abarca a todos los que viven ahora, lo hicieron en el pasado y vivirán en el futuro. Una historia contada en el Talmud (*Baba Batra* lia) presenta un ejemplo de alguien que era consciente del retorno en tales inversiones:

Durante un periodo de hambruna, el rey Monobaz [un emperador que se convirtió al judaísmo en el siglo i] regaló toda la fortuna que había recibido de sus padres. Sus hermanos y otros parientes protestaron, diciendo: «Estás regalando no sólo tu dinero, sino el dinero que heredaste de nuestros antepasados». Él respondió: «Mis antepasados juntaron tesoros aquí abajo, pero yo los junto en el Cielo, porque está escrito: *La verdad brotará de la tierra y de los Cielos se asomará la justicia* [Salmos 85:12].

»Mis antepasados almacenaron tesoros donde podían ser robados por manos humanas, pero yo los almaceno donde mano alguna puede obtenerlos, porque está escrito: *Derecho y justicia son la base de tu trono* [Salmos 89:15]». Mis antepasados almacenaron tesoros por los que hoy no reciben interés y yo los almaceno para que lo den, porque está escrito: *Decid al justo que le irá bien, porque comerá del fruto de su trabajo* [Isaías 3:10].

»Mis antepasados almacenaron su dinero en cajas fuertes y yo almaceno el mío en almas que han sido salvadas, porque está escrito: *El fruto [dinero en efectivo] del justo es un árbol de vida y todos los que ganan almas [que testificarán a su favor] son sabios* [Proverbios 11:30].

»Mis antepasados almacenaron tesoros para sus descendientes y yo los almaceno para mí mismo, porque está escrito: *Porque la justicia debe ser acreditada ante Dios* [Deuteronomio 24:13].

»Mis antepasados almacenaron tesoros en este mundo, pero yo los almaceno en el mundo venidero, porque está escrito: *Te precederá tu justicia* [para interceder en tu favor en el mundo venidero] [Isaías 58:8]».

Debemos aprender del mercado, para ser verdaderas criaturas de *gesheft*, cómo invertir y ahorrar en todas las dimensiones. Si pasamos nuestro tiempo aquí coleccionando sólo bienes de naturaleza material, no seremos capaces de llevarlos como nosotros a la próxima parada, porque lo único que sabemos de la próxima parada es que no da entrada a nada material. El cuerpo que queda aquí, como una cascara vacía, se aferra a todo a lo que perteneció. Si dedica todos sus esfuerzos a ello, ¡tenga cuidado! Llevará poco equipaje.

El rabino de Mezeritz solía contar la siguiente historia:

Un rey envió a sus dos hijos a un país lejano para aprender sobre su cultura y finanzas. De camino, el barco naufragó y llegaron sin nada. Los dos príncipes empezaron a trabajar para ganarse la vida y todo lo que ganaban lo gastaban en mantenerse. Uno de los príncipes hizo un gran esfuerzo para llevar una vida sencilla de modo que todavía tuviera tiempo para estudiar la cultura y economía del país. El otro príncipe trabajaba sólo para pagar sus propios gastos. Cierta tiempo después, el primer príncipe volvió con su padre con muchas novedades y mucho conocimiento. El segundo príncipe también

volvió, pero era incapaz de llevar con él sus riquezas. Este príncipe volvió con poco conocimiento y las manos vacías, y no recibió la atención de su padre.

Los príncipes representan las almas que son enviadas a este mundo para reunir conocimiento y actos de amabilidad. Si somos inteligentes, no desperdiciaremos todos nuestros esfuerzos en este mundo en actividades «infructuosas» y haremos un esfuerzo para llevarnos muchas novedades. Sólo el insensato regresa con las manos vacías.

Los que entienden esto buscan un tipo de cambio para sus posibilidades que les permita llevar una vida de santidad. Por este motivo, el buen *gesheft*, el buen trato, se dirige no sólo a nuestro propio sustento, sino también a generar sustento para todos los que interactúan. En esta dimensión, somos responsables de todo aquello de lo que tomamos conciencia. Cuanto más vemos, más responsables somos. Ésta es una actitud muy costosa, ya que para descubrir caminos de circulación entre los distintos mundos debemos encontrar caminos de entregarnos y confiar en el mercado. ¡Y esto es extremadamente difícil!

Rabí Uriel explicó una leyenda que describe cómo Abraham, cuando era joven, rehusó inclinarse ante los ídolos y como castigo fue lanzado al fuego; sin embargo, por increíble que pueda parecer, no se quemó: «Abraham pensó "si quiero que los ídolos sean arrojados al fuego, yo mismo debo ser arrojado al fuego". Por eso sobrevivió. Su hermano Harán, sin embargo, cuando vio que a Abraham no le había sucedido nada, también saltó al fuego y se quemó vivo».

Nuestros ídolos están tan profundamente arraigados que la única manera en que podemos purificarnos es caminar por el fuego. Éste es un proceso interno que Abraham conocía bien y sabía que no es suficiente con reconocer a los ídolos; es necesario arrojarlos al fuego. Los ídolos son nuestros apegos a este mundo material, las necesidades de la existencia física. El fuego es la capacidad de evaluar precios y costes simultáneamente en todos los mundos: material, emocional, intelectual y espiritual. Así es como adquirimos moneda en circulación, efectivo que tiene valor real y puede convertirse en divisa en todos los mundos.

Cuando internalizamos ídolos, estamos empobreciéndonos de una manera muy real. En consecuencia, deberíamos ser muy cuidadosos en nuestras actividades diarias que apuntan al sustento en el mundo material. Al tratar con este mundo, podemos asumir tantísimos costes inesperados que nuestro negocio fracasa en generar cualquier beneficio real. Baal Shem Tov advirtió sobre este peligro haciendo la siguiente comparación:

«Cuando un submarinista se zambulle en el océano buscando perlas, debe aguantar la respiración y concentrarse en la tarea. Esto es lo que deberíamos hacer cuando nos zambullimos en el mundo material buscando la Tora [santidad]. Deberíamos procurar no perder nuestro sentido de lo sagrado y ser seducidos por las cosas, ya que si esto sucede la presión destruirá nuestra vida espiritual, de la misma manera que la presión del agua puede matar a un submarinista trastornado».

Para ser submarinistas cuidadosos, debemos entender que llevamos mucho con nosotros. Deberíamos intentar actuar como lo haríamos en el mercado terrestre. Sabemos que los grandes inversores con frecuencia invierten en bancos extranjeros como protección contra la desestabilización en su propio país. De la misma manera, no deberíamos tener todo nuestro capital de vida en una sola «divisa», especialmente si es una inversión en algo tan efímero como nuestra propia vida. Si invertimos sólo en nosotros, perderemos todas nuestras riquezas cuando muramos. Sin embargo, si nos damos cuenta de que no tenemos que invertir sólo en nosotros mismos, las oportunidades del mercado se multiplican por diez. Para hacer este tipo de inversión, debemos empezar por descubrir al otro, a nuestro vecino, a la persona más cercana a nosotros en

este universo. Invirtiendo en otros vamos más allá de las limitaciones de lo que podemos llevarnos con nosotros de este mundo. Nuestro vecino es nuestro primer objetivo al intentar unirnos con el Uno. Él o ella es la clave para eliminar la influencia del otro lado porque cuando nos identificamos con nuestro vecino, el elemento externo se convierte en una parte de nosotros, y todos los «lados» se juntan como uno.

El libro de los Proverbios (27:19) dice: «Como en el agua un rostro refleja otro rostro, así el corazón de un hombre refleja el de otro hombre». Los comentaristas rabínicos preguntan: «¿Por qué el agua y no un espejo?». Y responden: «Porque para verse en el agua, uno debe arrodillarse y acercarse». ¿Y qué es la proximidad sino un *gesheft*, un negocio y una interacción? Es en este mismo mercado diario de intercambios en el que invertimos en otros mundos y en el gran mercado. De nuestros actos cotidianos, surgen constantes depósitos para nuestras cuentas de ahorro en los mundos inmateriales. Estos son los mundos que interactúan con el nuestro y los lugares en los que estableceremos residencia cuando ya no seamos seres materiales.

Inscribámonos en el Libro del Sustento y disfrutemos de un equilibrio positivo que nos permitirá operar en el mercado durante todo el tiempo.

## 10

### Dinero en el mundo venidero

Se cuenta una historia sobre un rey que envió a buscar a un campesino, que estaba muy asustado por esta citación. Se preparó y se dispuso a ir al palacio. Sus amigos, por solidaridad, le acompañaron hasta las murallas de la ciudad, y su familia fue con él hasta las puertas de palacio. De ahí en adelante, sólo los méritos del campesino y su capacidad de cuidarse le seguirían.

Los rabinos consideran esto una parábola de la vida. Algunas veces seremos llamados a palacio. «Este mundo es como un corredor al mundo venidero; prepárate en el corredor para que puedas entrar al salón de banquetes» (*Ética de los Padres* 4:21). Nuestras pertenencias y nuestra propiedad —que aquí se llaman «amigos»— nos seguirán hasta las afueras de la ciudad. En otras palabras; podemos disfrutarlas hasta nuestro último aliento: Nuestra familia nos seguirá hasta nuestro entierro, la entrada a palacio, pero no irá más allá. En el palacio, y en el salón de banquetes, sólo nuestras buenas acciones pueden seguirnos.

Cuando nos enfrentamos al rey, llevamos sólo las elecciones que hicimos por la vida, nuestros buenos tratos, que se convierten en crédito.

Hasta hace poco, el único aparato disponible para medir y evaluar este aspecto de nuestras vidas era una intuición pragmática: «Sé "bueno" y luego ello te traerá recompensas». En nuestro tiempo, la ecología ha sido un pequeño pero a la vez enorme paso para proporcionar mejores recursos para esta evaluación. Hay un mercado de interconexión donde ciertas actitudes son «buenas» o no. Me refiero a actitudes que dan apoyo a un sistema que quiere ser apoyado, frente a actitudes que amenazan este sistema. Hay algo más allá del placer y la huida del dolor que es muy importante. Es como si hubiéramos descubierto un interés real fuera de nuestros propios cuerpos, fuera de nosotros mismos.

Los rabinos lo vieron. No porque fueran magos, sino porque entendieron la lente por la que miramos las cosas. Solían decir que, cuando se mira un cristal, se puede ver a través de él. Ponga un poco de plata en el cristal y se convierte en un espejo, de modo que lo único que vemos es a nosotros mismos. Con un poco de dinero, lo que una vez fue transparente se convierte inmediatamente en oscuro y ya no podemos intervenir en una

realidad externa.

Los hombres cultivados de Israel creían que hay sólo tres maneras de intervenir en esta dimensión más allá de la materia, y mirar a través de un cristal y no de un espejo. El estudio, la oración y las buenas acciones son los tres procesos que nos remiten de nuestro mundo material a una dimensión superior.

Si pasamos por alto la vulgarización que estas palabras han sufrido con los años, nos daremos cuenta de que son las herramientas que utilizamos para localizar otras dimensiones y otras realidades. El difunto profesor Saúl Liberman, del *Jewish Theological Seminary*, solía decir que la oración es cuando hablamos al Creador, y el estudio es cuando el Creador nos habla a nosotros. Nuestras meditaciones, la manera en que miramos a los Cielos, nuestros rituales, nuestras oraciones pronunciadas en soledad, todo esto refleja nuestra creencia de que hay algo al otro lado del espejo. Cuando estudiamos las tradiciones y enseñanzas extraídas en cada generación como si miráramos más allá del espejo, estamos recogiendo mensajes de un medio que se nos ha hecho transparente.

Las buenas actitudes que afirman la vida (*le-jáyyim*, por vida) son las que llevan al otro, a nuestro vecino, a consideración y trascienden nuestros cuerpos individuales. Estas actitudes son los límites de nuestra materialidad. Si internalizamos cada momento por medio de un buen *gesheft*, estaremos mirando la vida utilizando un cristal y no un espejo, de modo que nada nos separa de la propia experiencia. Esto es difícil de captar, especialmente cuando nos acercamos a la muerte y a la renuncia de todas nuestras pertenencias terrenas. Los maestros *jasídicos* solían decir: «En nuestras últimas tres horas antes del mundo venidero, es tan difícil agarrarnos a la vida como escalar una pared de hielo. Por eso, repetimos las palabras "ayúdanos en las tres horas" en nuestras oraciones».

El énfasis de los rabinos sobre los buenos tratos nos enseña que es más fácil alcanzar entendimiento por medio del comportamiento que modificarlo basándonos en el entendimiento. Así pues, si nuestra principal ocupación en el mundo venidero será estudiar, escuchar directamente al Creador y entender, lo importante mientras estamos aquí es estar constantemente implicados en buenos *gesheftn* o en cualquier estudio para ser libres de practicarlos con mayor frecuencia. Los buenos tratos nos llenan de esperanza y hacen del sustento nuestra mayor conexión con la fe.

Lo que aquí es comportamiento, más adelante es consciencia. El dinero en este caso es estudio y comprensión más adelante.

Y cuando digo dinero, quiero decir el verdadero dinero generado en buenos *gesheftn*. El dinero por sí mismo no es una divisa que realmente circule; es sólo una ilusión, un fenómeno del espejo.

Rabí Yosef, hijo de rabí Yoshúa ben Leví, estaba muy enfermo y cayó en coma. Cuando mejoró, el padre le preguntó: «¿Qué has visto?».

«Vi un mundo al revés, un mundo borroso en el que todo estaba invertido», respondió. «Las mayores personas en la tierra eran ahí las más desfavorecidas, y las personas más desfavorecidas en la tierra eran las más elevadas allí».

«Hijo mío», dijo el padre, «no viste un mundo borroso, viste un mundo muy claro».

(*Pesajim* 50a)

Es el momento de reconsiderar sus cuentas de ahorro e incluso la naturaleza de sus negocios. Mire cuidadosamente las necesidades del mercado en el que se encuentra.

Los judíos, a causa de las persecuciones que sufrieron y porque con frecuencia han tenido que huir de sus hogares, tuvieron cuidado de no tener nunca su dinero inmovilizado. ¿Quién sabía? Podían tener que abandonar la ciudad en cualquier momento. Algunos eligieron dólares o joyas en las que invertir, pero los que entienden la parábola

de su experiencia en este mundo mantienen su capital completamente realizable. Tienen su dinero disponible sin problemas por medio de «verdaderas interacciones» .que llevan a cabo en sus vidas y en momentos en los que cumplen el mandamiento de ser santos. Así pues, cuando tienen que irse, no llegarán a la otra orilla con las manos vacías. Tendrán, por lo menos, el mínimo necesario para poner un pequeño negocio en el mundo venidero, obtener su sustento de él y, ¿quién sabe?, incluso prosperar.

Terminado el año 5751 del calendario judío, durante la semana en que leemos en la sinagoga el pasaje que dice:

*Qedoshim tihyú ki qadosh ani YHWH, vuestro Dios.*

Debéis ser santos porque yo soy Dios, vuestro Señor, y yo soy santo.

*(Levítico 19:2)*